

## REVISTA

DE LA

## BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO X

ABRIL, 1933

NÚMERO 38

EL BANDO DE POLICÍA DE 1591 Y EL PRE-  
GÓN GENERAL DE 1613 PARA LA VILLA  
DE MADRID

A principios de 1594 vino a Madrid, enviado por el papa Clemente VIII, como nuncio extraordinario cerca de la majestad de Felipe II, monseñor Camilo Borghese, auditor de la Cámara apostólica, quien años más tarde ocuparía a su vez el solio pontificio con el nombre de Paulo V. Entre las personas de su séquito figuraba un secretario o auxiliar, cuyo nombre no ha llegado a nosotros, pero italiano como él, y al parecer eclesiástico asimismo, hombre de letras y ducho observador, quien tuvo la curiosidad de ir anotando ora las principales particularidades y sucesos de su viaje, ora las impresiones personales de su estancia en la corte, que, junto a otras noticias y estadísticas de orden general, hacen muy valioso e interesante su *Diario*. Al anónimo italiano debemos una de las primeras descripciones que de la villa de Madrid entonces se escribieron, la cual, dada la escasez del libro de Morel Fatio, donde por vez primera se publicó, merece reproducirse. Dice, con efecto, así:

«La Villa dei Madrid... è assai grande, piena di popoli, che profesano che faccino 50 m. fuochi. Ha le strade larghe, le quale sariano belle, se non fusse il fango e la sporcità che hanno. È situata in poggio, che da pochi luoghi in poi è quasi piena. Le case sono cattive et brutte et fatte quasi tutte di terra, e, fra le altre imperfettioni, non hanno camini ne cessi per lo che fanno tutti il loro bisogni





ne i vasi, quali votano poi nella strada, cosa che rende un fetore intollerabile; et ha operato bene la natura che in quelle parti le cose odorifere sono in abundanza, che altrimenti non si potria vivere; onde se non si usasse diligenza di nettare spesso le strade, non vi si potria andare, benchè con tutto ciò non è possibile andarvi a piede» (1).

Ninguna exageración había ciertamente en la anterior pintura, tan desfavorable para nuestra corte. Cuantos extranjeros vinieron años después a ella hubieron de dejarnos testimonios y juicios semejantes sobre su inmundicia y desaseo, que hacían de Madrid una de las ciudades más típicamente sucias de Europa. Aparte sus condiciones físicas y climatológicas, tan propicias para ello (escasez de arbolado, suelo arenoso, que, con los calores excesivos del verano, deshaciase en polvo, para que las lluvias invernales lo convirtiesen después en lodos abundantísimos e insufribles), hay que confesar también que la ciencia del urbanismo no se conocía entonces, al menos en España. Este hecho, aunque lamentable, tenía, empero, una lógica y harto sabida justificación. Durante los dos primeros tercios del siglo xvi no había habido una corte asentada y fija; las continuas andanzas y viajes de Carlos V llevaban al monarca, a sus Consejos y palacios, de unas ciudades a otras; y tan poca importancia se concedía entonces al título de corte, que, cuando Felipe II, su hijo, acordó establecerla en Madrid, hízolo sin ningún aparato o solemnidad, prescindiendo también de aquellas mismas formalidades administrativas, como consulta a los Consejos, nombramiento de juntas especiales, etc., que años más tarde, en 1601, al mudar la corte a Valladolid, se consideraron necesarias y obligadas para un acto de tanta trascendencia. Ello explica que modernamente, y a pesar de búsquedas insistentes, no haya habido modo de encontrar el decreto o disposición regia que autorizó el traslado desde Toledo a Madrid, ni se conozca siquiera el mes del año 1561, en el que conjeturalmente colocan los historiadores de la villa el asiento definitivo de la corte en ella (2).

Durante el resto de aquel siglo xvi toda la ciencia urbanística se encierra en los autos de la Sala de Alcaldes y en los acuerdos de la Junta de Policía, de que hablaré luego; pero sin que los escritores particulares sintiesen apetencia alguna por los problemas sanitarios e higiénicos que la convivencia de una población numerosa plantea en cualesquiera tiempos y en todas las ciudades a cuantos la rigen o habitan.

Hay que llegar casi a la centuria décimoséptima para encontrarnos

---

(1) *Relation du voyage en Espagne de Camillo Borghese... en 1594.* Apud Morel Fatio, *L'Espagne au XVI<sup>e</sup> et XVII<sup>e</sup> siècles...* Heilbronn, 1878, pág. 177.

(2) Parece que debió de ser hacia 11 de junio de 1561. Vid. los interesantes datos recogidos por el conde de Cédillo en su *Toledo en el siglo XVI*. Madrid, 1901, págs. 169-190.



con un escritor en quien se apuntan ya las calidades y circunstancias del moderno urbanista; tal fué el doctor Cristóbal Pérez de Herrera, afamado galeno, docto en otras muchas disciplinas, espíritu caritativo y generoso, que consagró gran parte de su dilatada vida al remedio de los pobres, enfermos y desvalidos, granjeando la singular estima del rey Don Felipe II, que llegó a poner en ejecución algunos de sus arbitrios, y quien merece con plena justicia el título de verdadero precursor del urbanismo madrileño; como cumplidamente lo acreditan las ideas y reformas que en sus obras y opúsculos propuso, con más gloria, ciertamente, que éxito y provecho personal; pero dignas por lo mismo de su exhumación y noticia.

Cuando Felipe III, a instancias de su valido el duque de Lerma, proyectó el traslado de la corte a Valladolid, el doctor Pérez de Herrera, que, aunque nacido en Salamanca, sentía un gran afecto por Madrid, donde había pasado gran parte de su vida, combatió cuanto pudo el disparatado acuerdo, elevando para ello al monarca no menos de tres memoriales nutridos de razones de mucho peso y prudencia; y como en su experto juicio y ciencia médica conocía que la villa estaba muy desatendida y descuidada en lo que hoy llamaríamos *servicios municipales*, dando con ello pretexto y apariencia a la mudanza, tiró a corregir estas faltas con muy felices sugerencias y propuestas, que, a haberse admitido entonces, hubieran salvado a Madrid, si no de su pasajero eclipse, cuando menos de los dictorios, críticas y burlas que en años sucesivos acumularon contra ella extranjeros visitantes y nacionales residentes.

Aunque en todas las obras del doctor Pérez de Herrera se tocan cuestiones de urbanismo, hay una en que de modo especial desarrolló este tema, a saber, el *Memorial*, en que, resuelta ya la mudanza de la corte a Valladolid y en suspenso por unos meses su ejecución, quiso el buen doctor hacer el último esfuerzo en pro de la villa, representando al monarca los remedios más convenientes para evitar aquella catástrofe (3). Cuatro eran en su experto entender los más principales: sanear moralmente la corte, expulsando de ella a cuantas personas escandalosas y superfluas la llenaban de vicios y pecados, con otras medidas y prevenciones para impedir su vuelta; proponer la forma para que los mantenimientos, la leña, el carbón y demás cosas de mercaderías, vestidos y sus hechuras y todas las necesarias para el vivir pudiesen adquirirse en lo sucesivo en mayor cantidad y

---

(3) *A la Católica Real Magestad del Rey Don Felipe III, nuestro Señor: cerca de la forma y traza, como parece podrían remediarse algunos peccados, excesos y desordenes, en los tratos, vas-  
timentos y otras cosas, de que esta villa de Madrid tiene falta... El D. Chirstoval (sic) Pérez de  
Herrera...* [Madrid, s. l. n. a., 1600]. Véase su descripción íntegra en P. Pastor, *Bibliografía madri-  
leña*, tomo I, núm. 708. Yo me he servido del ejemplar que conserva nuestra Biblioteca Nacional  
en su sección de Varios. De este y de los otros *Memoriales* a que aludo en el texto me ocupé de-  
terminadamente en capítulo I de mi introducción a la edición crítica de *El Casamiento engañoso y el  
Coloquio de los perros*, Madrid, 1912, al historiar la mudanza de la Corte de Madrid a Valladolid.



a más moderados precios; dar traza fácil a fin de que las calles de la villa estuviesen limpias con particular cuidado, diligencia y perseverancia, «de manera —decía— que se mejoren mucho la preservación y conservación de la salud y purificación de aire y aguas della»; y por último, hallar el modo con que los ministros, consejeros y criados del rey, esto es, las personas obligadas por sus cargos a asistir en la corte, tuvieran casas donde aposentarse con comodidad y gusto, atajando con ello una de las causas con que los partidarios de Valladolid hacían más fuerza para decidir el temido traslado (4).

En todos estos puntos discurre la pluma del doctor Pérez de Herrera con prudencia y tacto; no es el vulgar arbitrista, a imitación de tantos otros de su tiempo, fatuo y ridículo propugnador de descabelladas y absurdas invenciones: es el hombre de ciencia, observador sensato y político integro, que diagnostica los males con imparcialidad y receta con mano firme los remedios más adecuados para su curación. ¡Cuántas de las propuestas suyas, recibidas por sus contemporáneos con incredulidad o indiferencia, llegaron a ejecutarse años o siglos después con aplauso de todos! Preocupado justamente del ornato y policía de la corte, y con formales atisbos de las modernas teorías microbianas, para Pérez de Herrera dos eran las cosas más necesarias en orden a la conservación y seguridad de la salud de las ciudades: la bondad del agua y la purificación del aire; y como Madrid tenía tantos puntos vulnerables en ambos extremos, esfuérsase el buen doctor en proponer las oportunas soluciones, tanto en evitación de que las aguas se contaminasen —como ocurría con las de los Caños Viejos y las del Peral, «que por pasar por lugares inmundos tienen tan mal olor y sabor que no se puede beber dellas»—, como pidiendo que «no se consintiesen muladares ni basuras encima de las partes por donde pasan los manantiales del agua de las fuentes, corrompiéndose, como acontece de ordinario, con lo que llueve», con otras medidas que acertadamente indica en defensa de la pureza de las de Leganitos, Lavapiés y restantes de Madrid (5).

No menos notables y progresivas son las reglas que propone sobre «el orden que parece a propósito para la limpieza de las calles desta villa con cuidado y perseverancia». Las limitadas proporciones de este artículo no nos consienten enumerarlas todas, como quisiéramos. Quédese para cuando algún erudito madrileñista, nuestro Concejo o la Academia de Ciencias Morales y Políticas sientan la feliz idea de sacar de nuevo a luz todos los hoy ya muy raros opúsculos del doctor Pérez de Herrera, tan interesantes y valiosos para la historia de las costumbres en general y la particular de la

(4) Memorial citado, folios 1 y 2.

(5) Memorial citado, folios 18 a 20.



villa; mas, entretanto, aplaudámosle sinceramente cuando proponía aumentar hasta cuarenta el número de carros que el Concejo tenía para la recogida de lodos y basuras; elegir a un regidor como «sobrestante mayor de la limpieza de las calles, teniendo libro y razón del repartimiento que a cada vecino, de los que no fueren muy pobres, les cupiere, así de la costa para los carros añadidos, como del empedrado de las dichas calles, en cuyo repartimiento y gasto —dice— hay gran desorden al presente; procurándose de aquí adelante mejorar el orden dél, poniéndose en cada tapia por lo ancho y largo alguna hilera de piedras gruesas que hagan fuerza, defendiendo que los guijarros menudos no se desbaraten tan presto y se hagan hoyos, que causan mucha costa, pues por hacerse así en otros lugares grandes destos reinos dura mucho el empedrado». Estos carros «podrían regar en las tardes del verano, con los cubos que suelen, los cuarteles de su repartimiento, y principalmente en las calles principales dellos, excusándose con ello el polvo tan excesivo y daños para la salud que en este lugar los más días de verano se levanta por el mucho número de gente, coches y carros dél». A todo ello debía preceder el mandato de que cada vecino barriese y regara la parte de calle correspondiente dos veces al día, una a las seis de la mañana y otra en la tarde, amontonando la basura en medio de la calle para su recogida y acarreo por los chirriones de la limpieza, cuyo gasto y conservación corría de cuenta de la villa.

Otras particularidades muy curiosas sobre derecho y administración municipales podrían sacarse de este arbitrio, que, más que tal, es un verdadero programa de urbanismo, de ornato y policía de Madrid, adelantadísimo y progresivo por demás para su tiempo, y que, aunque sea en brevísimo extracto, no me resisto a callar, por ejemplo, la institución de los alcaldes de barrio, que Pérez de Herrera propone con el nombre más propio de «sindicos de la vecindad»; el empadronamiento general, mediante cédulas o pólizas, «las cuales, para menor embarazo, puedan ser impresas, dexando en blanco los nombres para incluir»; la construcción de sendos mercados o alhóndigas por grupos o clases de mantenimientos (cereales y legumbres secas; aceites, vinagres, escabeches, tocinos y quesos; fruta verde y seca; vino; leña y carbón, con una *gallinería* para la venta de aves y dos tablas o mataderos para carnero y vaca; la habilitación de una lonja para los hombres de negocios, y la fabricación de pan en cien atahonas de pan y molletes en abundancia. Por proveer a todo llega hasta proponer la construcción de «doce molinos de viento en los lugares y sitios más altos de los confines de Madrid, por ser lugar ventoso y no tener esto costa de consideración, sirviendo también de ornato de esta villa para los que entraren en ella de fuera». ¡Lástima de campo de proezas que se perdió para Don Quijote! Notables y acertadísimas, finalmente, son las reglas que apunta para mejorar la edificación en Madrid, pidiendo que en las calles principales se labrasen las delanteras o fachadas de las casas de una mis-



ma manera o igualdad de estilo (6). En suma, que Madrid pudo tener en el doctor Pérez de Herrera su verdadero reformador y urbanista, aunque, por desdicha, muerto Felipe II, su protector, hicieran tan poco caso de él y de sus servicios al bien público los torpes gobernantes que le sucedieron (7).

Por los mismos años de Pérez de Herrera, otro escritor jurisperito, el licenciado Castillo de Bovadilla, autor de una monumental *Política para corregidores y señores de vasallos en tiempo de paz y de guerra*, vasta enciclopedia jurídico-administrativa, consignaba entre las obligaciones propias de aquéllos la limpieza de las calles, dando detalles muy curiosos sobre la forma y estilo con que se hacía en algunas ciudades de España: por ejemplo, Badajoz, donde era costumbre que el servicio se arrendase, dando vara de justicia al rematante, con facultad de exigir y cobrar las penas estatuidas a los vecinos que infringiesen las ordenanzas publicadas. Con ello se conseguía que estuviesen limpias y se extirpasen de raíz las causas del mal olor, corrupción del aire y peligro de peste, entre las que enumera Castillo de Bovadilla como más principales: la falta de limpieza de los albañales particulares y públicos; el no llevar a las afueras de cada lugar aquellos oficios que de suyo producían hedores y fetidez insoportable, singularmente en el verano, como eran el Rastro, las tenerías, las casas donde se labraban las velas, se remojaban los pescados y se trabajaba el azufre, así como los molinos de aceite, pozas de cáñamo, tejares, hornos de ladrillo y alcallería y tiendas de herradores. Confirmaba finalmente Castillo de Bovadilla que todas estas medidas eran más necesarias en Madrid que en ciudad o lugar alguna del reino, por ser los lodos tantos en invierno, y el polvo en verano tan insufrible, que, parodiando la frase cervantina, hubiera podido decirse que en ella toda suciedad tenía su asiento y todo olor fétido o desagradable su habitación (8).

(6) Memorial citado, folios 22 a 24, 6, 11 a 17 y 26 a 28.

(7) Del favor y valimiento singulares que el Dr. Pérez de Herrera gozó de Felipe II habla el mismo doctor en su obra *Elogio a las esclarecidas virtudes de la C. R. M. del Rey N. S. Don Felipe II...* Valladolid, 1604, cuyo original autógrafo guarda nuestra Biblioteca Nacional en su sección de manuscritos, rotulado así: *Elogio breue y compendioso de las heroicas y preclarissimas virtudes de la C. R. M. del Rey D. Phelipe II S. N. y de su exemplar y xpianiss. muerte. Y carta oratoria al Poderosissimo Rey de las Españas y Nuevo Mundo D. Phelippe III N. S. su muy amado hijo. Por el Dr. Xpoual Perez de Herrera... natural de la ciudad de Salamanca. 1598.* (1 vol. de 16,5 X 11,5; 91 hojas, folio + 3 al principio + 1 al fin. Ms. núm. 7.499). Años más tarde lamentábase el mismo de la mala y pobre recompensa que habían tenido sus desvelos por el bien público en un rarísimo papel que no conoció Pérez Pastor: *Relacion | de los muchos, y | particulares servicios, que por espacio | de trenta y seys años el Doctor Chris | toual Perez de Herrera, Medico del | Rey N. S. y del Reyno, ha hecho a | la Magestad del Rey Don Felipe | III, nuestro señor, que Dios | nos guarde muchos años.* (19 hojas en folio, s. l. n. a. [1613]. Biblioteca Nacional, sección de Varios. Es un documento interesantísimo para la biografía del insigne urbanista y bienhechor de los pobres. Pérez de Herrera falleció en 9 de junio de 1620. Vid. Pérez Pastor, *Bibliografía madrileña*, II-149.)

(8) *Política para Corregidores y Señores de Vasallos, en tiempo de paz y de guerra. Autor el Licenciado Castillo de Bovadilla*, Madrid, 1597, tomo II, págs. 154 a 159.



Aparte Pérez de Herrera y Castillo de Bovadilla, y salvo alusiones pasajeras o ideas sueltas de algunos cronistas al tratar de Madrid, no conozco obras impresas en que formalmente se estudie el urbanismo hasta llegar al autor de un libro muy curioso, un tanto centonesco, pero en donde el tema se plantea ya de un modo deliberado, docente y metódico. Refiérome al presbítero tursiense Juan Antonio Brancalasso y a los dos tratados que compuso, los cuales, aunque escritos en lengua distinta y con rótulo propio cada uno, son en sustancia como una sola obra, acertadamente precedida por el título que encabeza el primero: *Philosophia regia medulla politicorum: Compendium artis catholicè regnandi* (9). Pero es en el segundo de ellos, en el que bizarramente apellidó *Labirinto de Corte con los diez predicamentos de cortesanos* (10), donde hallaremos una formal exposición de cuantos conocimientos entonces se tenían de la ciencia urbanística. El asunto del libro, tanto en su parte moral preceptiva como en la recopilación de máximas, apotegmas y consejos para sortear los peligros de las Cortes, era ya muy antiguo, y desde Antonio de Guevara hasta Alonso de Barros (11) y Suárez de Figueroa (12) había suscitado estudios y disertaciones abundantes dentro y fuera de España. En cambio, en su aspecto material y urbano es Brancalasso uno de los primeros escritores de aquellos siglos que siente los problemas que encierra una ciudad importante, y así en el capítulo IX de su obra enuncia el tema con estas precisas palabras: *Traza para fundar una Corte real*. «Dos cosas son necesarias para fundar Cortes —prosigue apotégmicamente—: *aire saludable y mantenimiento bastante*». Muy lejos me llevaría el extractar siquiera la forma en que Brancalasso desarrolló estos dos clarísimos principios, donde realmente se comprende el llamado urbanismo de hoy; bástenos decir que su visión de los problemas municipales era muy clara y completa para su tiempo, y que en la larga relación de propuestas sobre empedrado, limpieza y riego de las calies, construcción de lavaderos, baños y estufas, privadas y necesarias en las casas, pozos fecales, hospitales para enfermedades contagiosas y otras medidas semejantes, nada sustancial omite de lo que una ciudad de entonces requería, coincidiendo en casi todas con las más severas reglas de la ciencia urbanística moderna (13).

Con todo eso, tanto este libro como los que anteriormente hemos ana-

(9) *Neapoli. Ex typographia Joannis Gargani et Lucretii Nucii. Anno MDCIX*. (1 vol., 4.º, XX folios + 56 + 100 + IV págs. dobles + 52 + 144 + 56 págs.)

(10) *En Napoles. Fer Iuan Bautista Gargano y Lucrecio Nucii. Empresores. Año de nuestra salvación MDCIX*. (1 vol., 4.º, XIX + 1 folio en blanco + 120 + 240 + 36 págs. de índice. Ejemplar de mi librería.)

(11) En su *Philosophia cortesana moralizada*. Madrid, por Alonso Gómez, 1587; obra que no he visto ni pudo lograrlo tampoco Pérez Pastor, quien, no obstante, recogió algunas noticias muy curiosas sobre ella. (Vid. *Bibliografía madrileña*, I, núm. 251.)

(12) En repetidos pasajes de *El Passagero*. Madrid, 1617, y singularmente en su Alivio VI.

(13) Brancalasso, *Labirinto de Corte*, págs. 95 a 99.



lizado, escritos todos con muy buen sentido, notables acuerdos y sana intención, mirábanse entonces por los Concejos y autoridades públicas como puros arbitrios de gente desocupada y extravagante, y sin que sus propuestas y reformas, tan felices muchas de ellas, lograsen la acogida que merecían y que hoy justamente les hubiésemos concedido.

Poco antes de la obra de Brancalasso, y con ocasión de la mudanza de la Corte a Valladolid, habían compuesto otra sobre el mismo tema dos arbitristas españoles, Juan de Xerez y Lope de Deza, aunque, por causas que ignoro, quedó sin publicarse, permaneciendo inédita aún. Su título breve y conciso, *Razón de Corte*, preside a un largo estudio, donde, al gusto y estilo de la época, se toma pie del tema para ostentar primero una profusa e impertinente erudición, tachonada con toda suerte de citas de griegos y latinos, con ejemplos y concordancias para cada caso, bebidos en la historia de la clásica antigüedad (14).

De los cinco capítulos en que se subdivide esta *Razón de Corte*, los cuatro primeros tienen un carácter más bien académico y especulativo, analizándose en ellos, ora el punto tan controvertido entonces de «qué será más conveniente, si la mudanza o la estabilidad en las Cortes», decidiéndose los autores por lo segundo, ora los requisitos que han de concurrir en una gran ciudad cortesana, apreciando para ello el asiento y altura más convenientes para fundarla, con la concurrencia obligada de abundancia de aguas, aires puros, fértiles y deleitosas campiñas que proveyesen abundantemente de los mantenimientos y vituallas necesarios. Al comparar las ventajas e inconvenientes que para asentar una Corte ofrecían los puertos marítimos y las ciudades del interior, decídense también Xerez y Deza por las segundas, lo cual prueba que Felipe II no se apartó del parecer de los teóricos de su tiempo cuando prefirió a Madrid como Corte sobre Lisboa o Sevilla, aunque incurriese por ello en la censura de algunos historiadores modernos.

Los capítulos V y VI de esta curiosa obra, inédita todavía por desgracia, como antes dije, ofrecen un carácter más práctico y entran ya de lleno en nuestro asunto. Propónese en el V la tesis de «en qué parte de España concurren más requisitos para una gran ciudad y corte» (15). Para sus autores el caso no ofrece duda: es Madrid, sobre las restantes del reino, la ciudad que merece sus preferencias; conclusión esperada dado el sentir del tiempo; pero que ellos razonan, no sólo por un espíritu adulatorio al poder real, ya que cuando escribían este tratado estaba empeñada la controversia con Valladolid y en litigio la Corte, sino con abundantes argumentos

(14) *Razon de Corte*, por Juan de Xerez y Lope de Deza, 1 vol., fol., ms. de 114 folios. Biblioteca Nacional, ms. núm. 909. Es copia del original, que asimismo he manejado y guarda en su sala de Manuscritos bajo el número 6.549, en un volumen en folio, sin numerar, escrito todo en letra de Lope de Deza y con las firmas autógrafas de éste y de Juan de Jerez.

(15) Op. cit., folios 78 a 96.



demostrativos en su entender de las ventajas y cualidades de la afamada Mantua carpetana.

Mas cuando, dando de mano a estas disquisiciones y teorías dignas de un certamen o grado universitario, nos enfrascamos en la lectura del postero de sus capitulos, el VI, donde los autores proponen «los medios que la industria puede unir a la naturaleza para una gran ciudad cortesana» (16); advertimos, no sin sorpresa, el hallazgo de un verdadero tratado de urbanismo, con muy felices y progresivas ideas que revelan un positivo y notable adelanto para su época. Tales son, entre otras, la propuesta de una red general de alcantarillado; dar nombre a todas las calles o plazas, faltas entonces muchas de ellas de este requisito; instalar el alumbrado público, que hasta Carlos III no llegó a colocarse; poner rótulos a las calles de todas las personas que desempeñasen profesiones de carácter público, como médicos, abogados, escribanos, y que los individuos de los Consejos, así como los mercaderes y negociantes, viviesen en unos mismos barrios, para que las visitas y tratos se despachasen fácilmente, sin pérdida de tiempo. Otras novedades y apuntamientos contiene este tratado, por ejemplo la construcción del canal del Jarama (17), dando a la abundancia de aguas en una ciudad todo el valor esencial que el urbanismo moderno la concede. La misma crítica justa y severa que hace del derecho de aposento, causa patente en su entender de la edificación mezquina y ruin que entonces imperaba en Madrid «por introducirse así todas las casas pequeñas, bajas y maliciosas, más propias de aldea que de corte» (18), revela en los autores de este arbitrio una superioridad patente en tales materias sobre el común sentir de sus contemporáneos.

Merece, por último, mención especial, dentro del rápido análisis que venimos haciendo de los tratadistas antiguos de urbanismo, cierto arbitrio sobre la limpieza de las calles madrileñas que en 1613 escribió y presentó al Concejo de la Villa un Matheo Sanderio, a la cuenta flamenco o alemán, reproducción literal del que ocho años antes había dirigido con finalidad semejante a D. Diego Sarmiento de Acuña siendo corregidor de Valladolid (19). Las reglas que propone no revelan ninguna novedad, y vienen a ser sustancialmente las mismas que por entonces estaban ordenadas y se practicaban en Madrid. La sola innovación consistía en que los carros de limpieza no anduviesen de día, sino de noche, «dando alguna señal de campanilla o voz como agora los moços que recogen la basura para que cada casa entregase la suya, juntamente con los bacines [perdónese el vocablo,

(16) Op. cit., folios 96 a 112.

(17) Op. cit., folio 108.

(18) Op. cit., folios 97 a 99.

(19) *Los Discursos o advertencias con que serví al Sr. Don Diego Sarmiento quando fue Corregidor de la Ciudad de Valladolid, Corte de Su M., para la limpieza de las calles contenian en substancia las cosas sgles.* (2 hojas, folio. Original: Biblioteca Nacional, ms. núm. 9408.)



pero así, a la castellana, se llamaban entonces, estos imprescindibles, ad-minículos], y se detuviessen los carros lo menos que fuese posible».

Por su parte los vecinos debían contribuir con un tanto para pagar los barrenderos, «los cuales barriesen también las plazas y mercados públicos a boca de noche». Con ello se proponía el autor dos fines distintos: uno evitar el paro, encuentro y estada de los carros de la limpieza en las calles principales y concurridas de viandantes, sillas de manos, caballeros y coches, librándoles así del olor hediondo y pestilencial que de aquellos albañales ambulantes se desprendía; y otro, que, empleando tres horas tan sólo en la noche los carros de la limpieza, pudiesen quedar libres durante el día para otros servicios de transporte y seguramente entre ellos los de abastecimientos. ¡Verdaderamente que nuestros abuelos vivían de milagro!

Anticipándose en buena parte a muchas de estas teorías y opiniones, y para poner el orden posible y conveniente en la vida municipal madrileña, la Sala de los señores alcaldes de Casa y Corte publicó a fines de 1585 el «*Pregón general para la buena governación desta Corte*», que saqué yo a luz hace unos años con el título de *Las primeras Ordenanzas municipales de la Villa y Corte de Madrid* (20). Pero como ya dije en este opúsculo, no era la Sala la única competente para intervenir en la administración y gobierno de nuestra urbe en el orden que hoy calificaríamos de *municipal*; con ella compartían la ardua tarea dos organismos más: el Ayuntamiento o Concejo de la Villa, por propio derecho, y la Junta de Policía, creada por real cédula fecha 4 de mayo de 1590. Porque bien fuera debido a que aquellas *Ordenanzas* no diesen todo el fruto que de ellas se prometían los señores Alcaldes, que una cosa es legislar y otra conseguir su aplicación y cumplimiento; bien porque el crecimiento y ensanche de Madrid, cada vez mayores, engendrasen nuevos problemas y necesidades; bien, finalmente, porque el Municipio madrileño no estuviera afortunado en estudiarlos y resolverlos (21), fué el caso que Felipe II, gran ordenancista, espíritu de verdadero gobernante metódico y previsor, desconfiando, sin duda, de la labor tanto de la Sala como del Concejo, acordó crear un nuevo organismo, una de esas que modernamente llamamos Comisiones y nuestros antepasados apellidaban más propia y semánticamente *Juntas*. Púsose a esta nueva el apelativo de *Policía*, como si con ello se hubiese querido limitar en un principio su competencia y ejercicio al sentido y alcance que entonces tenía esta voz: «gobierno de las cosas menudas de la ciudad; adorno y

(20) Publicóse en esta misma REVISTA, año III, 1926, págs. 401-429. Hízose también tirada aparte de cien ejemplares.

(21) En nuestro Archivo Municipal consérvase, no obstante, un reglamento con diferentes disposiciones sobre salubridad y limpieza de la Villa de Madrid dictado en 1607, manuscrito que no extracto para no hacer más largo este artículo. Y ya que del Archivo Municipal hablo, no quiero callar mi gratitud a su digno jefe, Sr. Pérez Chozas, y oficiales Sres. Millares y Varla Hervías, excelentes amigos todos, por todas las amables facilidades que de ellos he recibido para la consulta y copia de los documentos que en este trabajo se insertan.



limpieza de ella», según definía nuestro gran lexicógrafo Covarrubias. Con efecto, para tales fines y usando estas mismas palabras, justificó su creación la real cédula de 4 de mayo de 1590, que por fortuna guarda nuestro Archivo Municipal (22). Pero, como podrá apreciarse de su lectura, sus funciones iban más allá, abarcando también «la guardia y custodia de la Villa en tiempo de pestilencia», «la cuenta y rraçón con la gente que entra y sale en esta corte, anssí para hechar della a los bagamundos y olgaçanes, que suelen haçer tantos hurtos y rrobos, como para no dejar entrar a los que fueren y poder conocer con más facilidad a los que siendo desterrados della quebrantan los destierros». ¡Buena previsión, porque, efectivamente, por estos mismos años Lope de Vega, condenado como tantos otros a destierro del reino y de la Corte, lo quebrantaba, no una, sino muchas veces! Otras particularidades y funciones atribuía a la Junta de Policía su real cédula creadora: vigilancia de lo que hoy llamaríamos «resguardo de consumos», cuidado de la higiene pública para la mejor conservación y defensa de la salud del lugar, etc.

La Junta la componían un miembro del Consejo Real, como presidente; el corregidor de la Villa y dos regidores, diputados por el Ayuntamiento

---

(22) Forma la cabecera de un cuaderno suelto, sin coser, en gran folio, que lleva por título *Origen de la Junta de Policía, limpieza, ornato y obras públicas*. Compónenlo 13 folios manuscritos de letra del siglo xvi, originales, comprensivos de su creación y funcionamiento. Por desgracia faltan los folios 4 al 9. En el primero obra la dicha real cédula, que por su importancia y valía para la historia de Madrid merece copiarse casi íntegra. Dice así:

«El Rey: El licenciado Ximenez Ortiz, del mi consejo: Saued que por lo que toca al beneficio y aumento desta Villa de Madrid, y para que en ella aya la linpieza, hornato y policia que combiene, me a parecido diputar personas particulares de quien se tenga sastifacion (*sic*) que lo tratarán y probeherán como combenga, con mucho prouecho y vtilidad que destas cosas resultará para la salud y perificación (*sic*) de los ayres, que con la basura, lodo y poluo en ymbierno y berano, y con los muladares que suelen corronper y ynfiçonar, y para su guarda y custodia en tiempo de pestilencia, en lo qual y en la dicha linpieça se suelen gastar y gastan mucha suma de marauedis en cada un año, y en cada ocaçión de peste, lo qual se escussaria si de vna vez se hiciere lo neçessario; y que también rresultaría mucha ccaçión para tener mejor cuenta y rraçón con la gente que entra y sale en esta Corte, anssí para hechar della a los bagamundos y olgaçanes, que suelen haçer tantos hurtos y rrobos, como para no dejar entrar a los que fueren y poder conoçer con más facilidad a los que, siendo desterrados della, quebrantan los destierros; y para que aya mejor rrecaudo para los arrendadores de mis rrentas rreales auiendo puertas çiertas por donde ayan de entran y salir las cosas que entrar, para bender, de todo lo qual nuestro señor será muy seruido y nacerá la conseruación de la salud que tan neçessaria hes, por la hordinaria asistencia de mi rreal perssona en esta uilla y de los sereníssimos príncipe ynfanter, mis muy caros y amados hijos, y de todos los que rresiden y sean y bienen a ella. Y por ser todo esto de general importancia y en que conuiene poner mucho cuidado y diligencia, anssí para tratar e conferir todo lo que sobre hello se deua hordenar, y proueer como la buena y breue execución de lo que se probeyere y ordenare, comiando (*sic*) de vuestra rectitud, diligencia y cuydado, e acordado de os lo encomendar y cometer, y os mando que juntando con nos a Luis Gaitán de Ayala, de mi Consejo de Haçienda y corregidor desta uilla de Madrid, y, acauado su offfizio, en su lugar a los corregidores que por tiempo fueren después dél, y juntamente dos rregidores desta uilla que sean diputados para entender de lo susodicho, nombrados y señalados por el ayuntamiento con vuestra aprobación... llamados... para las dichas juntas, en las quales tratareis de todo lo susodicho y de lo demás que os pasçiere... Y todo ello lo platicado... llamando, quando os pareciere, personas expertas y prácticas de semejantes materias, y auriendolos oydo... me yreis dando cuenta, para que... mande se



to; sus facultades eran amplias, y su régimen autónomo, pudiendo tomar el parecer de aquél «en las cosas que os paresciere», lo cual da a entender que les estaba permitido prescindir de su informe siempre que lo tuvieran por bueno, como, en efecto, lo hicieron muchas veces, provocando las protestas del Concejo que veía invadido su fuero y cercenados sus antiguos derechos con la creación y funcionamiento del nuevo organismo. Con todo eso, acatando la voluntad regia, tres días después de firmada esta cédula, reuníase el Ayuntamiento bajo la presidencia de D. Luis Gaytán de Ayala, corregidor de la Villa, y con la asistencia de numerosos regidores, para la elección de los dos comisarios que habían de formar parte de la Junta en representación del Concejo, recayendo la designación en D. Pedro Zapata y en Gabriel de Galarza, «a los quales dieron poder y comisión en forma como es neçessario y en tal caso se requiere para que desde aquí al primero Ayuntamiento del mes de mayo del año de noventa y uno usen y exerçan el dicho ofiçio y como tales comisarios hagan todo lo a la dicha comisión anexo y dependiente, conforme a la dicha cedula rreal de su magestad» (23).

Constituida la Junta, comenzó a funcionar, para lo cual se reunía tres

ponga en execución lo que al seruicio de Dios y mio y... desta uilla conbiene. Y en las cosas que os paresciere, tomar el parecer del ayuntamiento... y lo que a todos o a la mayor parte paresciere lo traigan a la dicha junta, para que... se tome la rresolución conuiniente. Y de las cosas que... os paresciere ser de mucha ymportancia... dareis notiçia al conde de Barajas, presidente de mi Consejo... Es mi boluntad y mando que si alguna o algunas personas se sintieren agrauiadas de lo que se hordenare..., hordenéis y mandéis... que den petición en ella del agrauio... y en ella se trate y confiera del rremedio que podrá auer..., y si... fuere necesario que el dicho agrauio se determine por tela de juicio, vos el liçenciado Ximénez Ortiz sustanciareis los procesos... hasta concluirlos..., sin que de los autos ynterlocutorios que diéredes se pueda apelar, y estando conchlussos para dar sentencias, se verán y determinarán en ella juntándose con nos y con el dicho corregidor, sin los diputados, el doctor Parexa de Peralta, alcalde de mi casa y corte, y lo que por la mayor parte de los tres fuese determinado y sentenciado, se guarde y... no pueda auer... apelación... Y porque para que aya... hefecto lo que ansí se hordenare... será menester alguna cantidad de dineros, y para hello será neçessario haçer algunos rrepartimientos... comberná que en la dicha junta tratéis... la horden y traça que se podrá tener en los dichos adbitros (*sic*)... Y todos los autos... es mi voluntad... qué se hagan y passen ante Francisco Martínez, escribano del rregimiento desta villa..., y por ante Hernando Delgadillo, al qual nombro y señalo por contador de las dichas obras... Y mando y encargo a los dichos corregidores diputados tengan gran quenta y rraçón en visitar y ver las dichas obras y acudir a la buena execución dellas, de manera que se hagan con la breuedad, bondad y perfection que conbiene... Dada en El Pardo, a quatro de mayo de mili y quinientos y nouenta años.—Yo el Rey.—Por mandato del Rey nuestro señor, Mateo Vázquez de Leca.»

(23) También aparece el acta de esta reunión en el dicho cuaderno, con este texto: «En la villa de Madrid, a siete días del mes de mayo de mill e quinientos e nouenta años, lunes por la mañana, se juntaron en el ayuntamiento de la dicha Villa los señores Luis Gaitán de Ayala, del Consejo de Hacienda de su Magestad, y su corregidor en esta Villa y su tierra, y don Pedro de Bozmediano, y don Joan de Vitoria, y Gabriel de Galarça, y don Íñigo de Mendoça, Francisco del Prado, Diego López de Ribadeneira, Melchor de Matute, Don Gonçalo de Monçón, Leandro Hurtado, Don Leonardo de Cos, Don Jerónimo de Barrionuevo, Don Joan de la Barraca, Gaspar de Medina, Don Diego de Oliuares, Gregorio de Vsategui, don Francisco de Alfaro, Diego de Urbina, el contador Nauarrete, Diego de Chaves Bañuelos, Don Francisco de Herrera, don Pedro Çapata, el contador Sardaneta, rregidores. En este ayuntamiento se leyó la çedula rreal de su magestad suso



veces por semana, los lunes, miércoles y viernes, tomando acuerdos de muy distinto orden, que constan en las actas, muy breves y concisas, redactadas por su secretario Francisco Martínez, escribano del regimiento de la Villa: apertura y ensanche de calles, limpieza de estercoleros, reglamentación de bodegoneros y otros oficios, posturas del pan, arreglo del Puente de Leganitos, construcción de fuentes y lavaderos, etc. Aun dentro de la parvedad de los llegados hasta nosotros, todavía podemos leer algunos muy curiosos e interesantes, tanto para la historia de Madrid como para el conocimiento de sus costumbres, por ejemplo el de los coches, el del correo (24), el ensanche de la Puerta de Guadalajara y el del nombramiento de Francisco de Mora por «Maestro mayor de las obras que se hicieron en esta villa» (25) y otros.

Pero la actividad administrativa y legalista de la Junta no podía contentarse con estos acuerdos esporádicos y parciales: percatada de su importancia y personalidad, aspiró lógicamente a más. Madrid continuaba creciendo día por día; las construcciones de casas y palacios multiplicábanse en cada año, haciéndolas sus dueños o promotores a capricho, sin asomo de intervención municipal alguna, la cual hasta entonces tampoco había existido; y como la Junta advirtiera sensatamente que éste era un punto de mucho interés, y que debía poner coto a la anarquía reinante en él, acordó reglamentarlo en unos capítulos especiales, junto con otros de policía urbana que pedían también su ordenación, publicando el Bando de Policía de 28 de enero de 1591. Como a continuación veremos, por él creóse la llamada «licencia municipal», que tanta importancia habría de alcanzar en lo futuro, con características, por cierto, muy semejantes a las que hoy rigen.

La extremada rareza del impreso que lo contiene —desconocido a todos

---

incorporada, y vista y leída y entendida por la dicha Villa, y platicado y conferido sobre la elección de los dos comisarios rregidores que en virtud della se an de nombrar, nombraron por comisarios, como su magestad por su rreal cédula manda, a los señores don Pedro Çapata y Gabriel de Galarça, rregidores desta Villa, a los quales dieron poder y comisión en forma como es necesario y en tal caso se requiere, para que desde aquí al primero ayuntamiento del mes de mayo del año de nouenta y vno, vsen y exerçan el dicho offiçio y, como tales comisarios, hagan todo lo a la dicha comisión anexo y dependiente conforme a la dicha cédula rreal de su magestad.—Ante mí, Francisco Martínez.» (*Rúbrica.*)

(24) «Que se libren a vn correo para que se despache a las quinze leguas al licenciado Lobo lo que hubiere de haber por su biaje y con el se le escriua auise con toda puntualidad que pan tiene comprado y en que lugares y de quien y quantas leguas ay a esta villa» (folio 12 v.) Pasaje muy oportuno que pone en claro de nuevo, como ya lo hizo primero Rodríguez Marín, otro del *Quijote*.

(25) «3 de junio de 1592. Que se nombre a Francisco de Mora por maestro mayor de las obras que se hiciessen en esta Villa por orden de la junta, y se le den de salario tresçientos ducados cada vn año, y este salario corra desde primero de henero deste año de nouenta y dos; el qual tenga a su cargo y haga las traças, montas y condiciones y modelos, y tenga cuidado de ver y visitar las dichas obras y lo que más fuese necesario para que vayan con el ornato y perpetuidad que conbiene y como su magestad más se sirba, por cuya orden se haze este nombramiento; y lo que a hecho hasta agora en este ministerio se entienda entra en este salario, sin que pueda pedir ni pida otra ninguna cosa.»



nuestros bibliógrafos y cronistas de la villa — aconseja su íntegra reproducción, poniendo a cubierto de toda destrucción fortuita a uno de los documentos más antiguos y curiosos de la historia de Madrid. Dice así:

«LOS SEÑORES QUE por mandado y comisión del Rey nuestro señor se juntan a proveer y ordenar, y a cuyo cargo está el ornato y pulicia desta Villa y Corte, y a las cosas tocantes a ello, y a la salud y limpieza della, Ordenan y mandan a todos los vecinos y moradores y estantes en esta dicha Villa y Corte, de cualquier estado, calidad y condición que sean, que guarden y cumplan lo que en estos capítulos irá declarado, so las penas en ellos y en cada uno dellos puestas, en las cuales los dan por condenados, lo contrario haciendo, aplicadas la mitad para los gastos de las obras públicas y de la dicha Junta, y la otra mitad para el denunciador.

1 PRIMERAMENTE, que esta Villa, Justicia, y Regimiento della, ni otra ninguna Universidad, ni persona particular, de cualquier calidad que sea, de hoy en adelante no edifiquen, ni labren, ni vendan, ni den a censo para edificar ni labrar ninguna tierra, ni solares yermos fuera desta Villa, aunque estén conjuntos a las casas y población della, sin pedir primero licencia, y presentar y mostrar ante los dichos señores la planta e intento que tienen de edificar, para que se les dé por ellos licencia, y la orden y traza que han de guardar, y para que los dichos edificios nuevos no salgan, ni ecedan de los límites que ha de haber en la población desta Villa, ni perjudiquen al ornato y pulicia della, so pena de que dichas ventas, censos y enajenaciones serán y desde luego se dan por ningunas, y de ningún valor y efeto, y los edificios que se hicieren se mandarán derribar y deshacer a costa de los dueños dellos. Y demás de lo dicho, incurran en pena de diez mil maravedís por cada posesión, sitio o solar que se vendiere, o edificare contra la dicha orden.

2 Que en todas las casas y edificios desta Villa y sus arrabales, aunque sea en partes muy remotas, en que hubiere texarozes, aleros o texadillos, mostradores, o perchas, o cubiertas de tiendas o de ventanas, o de bóvedas, o entradas de caballerizas, escritorios de escribanos, tabladillos, poyos, escalones, lumbreras o otra cualquier cosa fixa, que volare o saliere de las paredes, y no estuviere más alto que once pies del suelo de la calle, dentro de quince días, contados de en que se pregonaren estos capítulos, lo quiten y derriben todo ello, sin dexar cosa ninguna que salga a fuera del pañeo de las paredes, sino fuere tan solamente en los dichos aleros y texaroces medio pie que se permite que buelen las téxas de las canales, aunque estén más baxo de los dichos once pies, y dende ellos arriba puedan volar y salir afuera de las paredes todas las dichas cosas pie y me-



dio, so pena de seis ducados, y que se quite y derribe a su costa del dueño de la casa donde estuviere.

3 Y so la misma pena se les manda que quiten y deshagan cualquier chimenea que volare y saliere de las dichas paredes y del paño de ellas, saliendo a cualquier calle pública, aunque estén las dichas chimeneas más altas que los dichos once pies en cualquier alto que estén en cualquier cantidad que salieren afuera.

4 Que en todos los portales de la plaza y calle Mayor y calles de Toledo y de Atocha, y las demás desta Villa, donde hubiere pilares de madera, los dueños dellos dentro de [*roto el original*] meses, contados según está dicho, los quiten y pongan en lugar dellos otros de piedra, con sus basas y capiteles de lo mismo, so la dicha pena de los dichos seis ducados por cada casa donde los hubiere, pasado el dicho término, y que se quiten y muden a costa de los dueños dellos.

5 Que todos los bodegoneros, así hombres como mujeres, que tienen trato de guisar, o vender cosas de comer, no guisen ni tengan braseros, tiendas, ni mesas de los dichos mantenimientos en las plazas ni calles públicas, aunque sea con consentimiento de los dueños de las casas adonde arriman y tienen las dichas tiendas, como estén en las dichas calles y pasos públicos, sino que todos las tengan y pongan en las plazas y partes que les serán señaladas por los señores de la dicha Junta; de la cual han de tener y guardar licencia por escrito, y se les mandará dar, sin que paguen por ella derechos ningunos, so pena de perdidos los mantenimientos que vendieren, y cuatro ducados. Y so la dicha pena guarden y cumplan lo mismo todos los demás que en las dichas calles públicas tienen tiendas de sastres, calceteros de ropa vieja, zapateros, cerrajeros, y otros oficios semejantes, y tenderos que venden pan, fruta verde y seca y otros cualesquier mantenimientos.

6 Que todos los vecinos o forasteros que vendieren carbón, y leñas de cualquier género que sea, paja larga o corta, en cargas, carros, carretas, lo traigan derechamente a vender, y lo vendan en la plaza que dicen de la Madera, que es en la calle de Toledo o en la calle de Alcalá, dende el Monesterio de nuestra Señora de Vallecas adelante, o en la plaza de Santo Domingo, y en cualquiera destas tres partes que quisieren, y no en otra ninguna calle ni plaza, ni se paren ni detengan en ellas, so pena de cuatro ducados por cada carretada, y un ducado por cada carga.

7 Y so la misma pena, todos los que truxeren o sacaren a vender piedra cal o yeso, lo venda en la calle que hay desde la puerta acesoria del hospital de Antón Martín, hasta las casas de Antonio Pérez, pasado el dicho hospital, y no antes, ni frente dél, ni en otra plaza ni calle desta Villa.



**8** Que todos los que hicieren, o vendieren, o sacaren a vender cualesquier obras de madera, hierro, o cobre, o acero, o otro qualquier género de madera, y metal viejo o nuevo, lo vendan en sus casas y tiendas, y no lo saquen a vender a las dichas plazas y calles públicas, sino fuere en tiempo de feria, so pena de tres ducados; lo cual no se entienda con los forasteros que trujeren a vender las dichas obras y mercaderías de fuera parte, y posaren los dueños en los mesones desta Villa.

**9** Que todos los carpinteros, silleros, ensambladores, entalladores, cocheros, carreteros, rejeros y herreros no tengan ni saquen a las dichas calles sus oficiales, materiales, herramientas, bancos de sus oficios, ni otra ninguna cosa que ocupe las dichas calles, ni salgan a trabajar a ellas fuera de sus tiendas, sino que los recojan y tengan en ellas, so la misma pena de los tres ducados; lo cual todo no se entienda con los que viven o tienen tiendas debaxo de los portales de la plaza y calles donde hay los dichos portales, que a los que están debajo dellos se les ha de dar la orden y límite que han de guardar.

**10** Que todos los maestros y oficiales de espartería, así los vecinos como forasteros, vivan y moren y vendan la dicha espartería en las calles y partes que por los señores de la dicha Junta les será señalado. Y lo mismo hagan y cumplan los tintoreros, alfahareros y alcalleres, y no en otra parte alguna. Para cuyo efeto se les manda que dentro de diez días presenten en la dicha Junta memorial de sus nombres y de sus casas y moradas, y si son propias o alquiladas. Y lo mismo se ordena y manda a todos los herradores que tienen bancos de herrar, en las plazas y calles públicas, aunque los tengan frente de las puertas de sus propias casas, para que, hecho número y registro de todos ellos, se les dé y reciban la orden que han de guardar y tener en los sitios donde han de usar todos los dichos oficios.

**11** Que todos los mercaderes de sedas, paños, lienzo, y los freneros, guarnicioneros, espaderos, silleros, tundidores, doradores, roperos, jubeteros, corredores, cabestreros, y cajeros, carpinteros, torneros, y otros qualesquier oficios que tienen tiendas debajo de los dichos portales de la dicha plaza mayor, y calles Mayor, de Toledo y de Atocha, dentro de los dichos diez días parezcan en la dicha Junta dos personas de cada uno de los dichos oficios a recebir la orden, límite y medida que han de guardar en el aprovecharse y ocupar los dichos portales, dejando por ello paso público, con apercebimiento que, pasado el dicho término sin los más citar, llamar, ni oír, se les dará y publicará la dicha orden.

**12** Que todas las personas que labraren y edificaren, o repararen, o hicieren otra cualquier obra en cualquier casa desta Villa, de cualquier calidad y dueño que sea la dicha casa y obra, no ocupen ni



echen en las dichas plazas y calles públicas la tierra, cascote, arena, y las demás inmundicias que sobren de las dichas sus obras, sino fuere para hacerlo llevar luego al campo, para cuyo efeto, y para buscar quién se lo lleve, lo puedan tener en las dichas calles públicas diez días, y no más, so pena de dos ducados, y que a su costa el alguacil que por esta Villa está nombrado para hacer quitar los dichos terreros los pueda hacer quitar a su costa, y buscar y concertar quien los lleve, citando el dueño de la dicha obra para el dicho concierto; el cual les pare perjuicio, como si ellos mismos lo hiciesen, precediendo la dicha citación; y el dicho Alguacil les pueda sacar y vender bienes, para hacer pagar la costa del llevar los dichos terreros: demás de la pena en que fueren condenados, según dicho es.

Y porque venga a noticia de todos, lo mandaron pregonar públicamente en esta Villa, y lo firmaron de sus nombres. En la Villa de Madrid a veinte y nueve días del mes de Enero, año del Señor de mil y quinientos y noventa y uno.—El *Licenciado Ximénez Ortiz*.—*Luis Gaytan de Ayala*.—Por su mandado, *Francisco Martínez*» (26).

Pregonóse el *Bando* en la forma y con las solemnidades que antaño se estilaban para estos casos (27), como luego veremos; pero los graves señores de la Junta no pudieron sospechar que con él daban involuntaria, pero real ocasión a muy graves y lastimosos sucesos. La falta hasta entonces de toda ordenación sobre el modo de trabajar y vender sus productos aquellos oficios más propensos por su naturaleza a suciedad, ruidos, malos olores, embarazo del tránsito y otras molestias al vecindario, tenían convertido a Madrid realmente en un extenso y desaseado corralón, donde cada gremio campaba por sus respetos, y, ocupando la vía pública, hacía de ella apéndice caprichoso y abusivo de sus respectivas tiendas y talleres. Con ello la limpieza de las calles nunca podía ser completa; interrumpíase la circulación de los viandantes, y Madrid semejava un confuso mercado, con todos los inconvenientes anejos a este servicio, cobrando mala nota y

---

(26) Son cuatro hojas impresas en tamaño de 4.º mayor, sin lugar ni año; pero indudablemente salidas en 1591 de las prensas madrileñas. Pérez Pastor no lo conoció, y creo no exista otro ejemplar que el que conserva nuestro Archivo Municipal. Es pieza, pues, rarísima. Por tratarse de un impreso, he deshecho las abreviaturas y restablecido la grafía moderna.

(27) Consta el acuerdo de la Junta para ello, con fecha 28 de enero de 1591, en el mismo cuaderno antes citado (folio 3 v.), donde también se transcribe el Bando, siendo su texto idéntico al del impreso. El acuerdo dice así:

«Los señores que por mandado y comisión del rey nuestro señor se juntan a proveer y ordenar y a cuyo cargo está el ornato y pulgía desta villa y corte y las cosas tocantes a ella y a la salud y limpieza della, ordenan y mandan a todos los vezinos y moradores y estantes en esta dicha villa y corte, de qualquier estado, calidad y condición que sean, que guarden y cumplan lo que en estos capítulos yrá declarado, so las penas en ellos y en cada vno dellos puestas, en las quales les dan por condenado lo contrario haciendo, aplicadas la mitad para los gastos de las obras públicas de la dicha junta, y la otra mitad para el denunciador.»



peor opinión de cuantos extranjeros venían a él. Todos estos males reclamaban un pronto y enérgico remedio, y a él tiró la Junta con la publicación de los capítulos V, VI, VIII, IX, X y XI del Bando transcrito. El efecto que su pregón causó en los gremios de bodegoneros, carpinteros, rejeros, herradores y otros, a quienes la reforma cogía de medio a medio, fué violentísimo y fulminante: surgieron primeramente los comentarios, encendiéronse luego unos a otros con sus propias y acaloradas protestas, y desatados los ánimos, de las palabras pasaron a los hechos, acabando todo en un franco motín o sedición. Los historiadores de aquel reinado recogen su noticia, pero dándola dos versiones distintas. El padre fray Jerónimo de Sepúlveda, monje jerónimo, relató este suceso como si se tratara realmente de una rebelión política, a imitación de las Comunidades castellanas, atribuyéndola a gente perdida, que, después de levantar bandera y con atambor, habían ido en busca del Condestable de Castilla, pidiéndole que se hiciese protector y cabeza suya. Y como el Condestable, prudente y discreto caballero, intentara disuadirles y acallarles, ellos, apartándose de él, salieron de Madrid convirtiéndose en salteadores de caminos. Todo lo cual tuvo por paradero que, avisado el rey, ordenó que los prendiesen, como al fin se hizo con muchos de ellos, ahorcando a una docena de los más culpados y desapareciendo los restantes (28). Pero fray Jerónimo de Sepúlveda vivía en El Escorial, adonde muchas veces llegaban las nuevas de la Corte confusas y equivocadas, y así acaeció en esta ocasión. La verdad de lo ocurrido dióla Cabrera (29), mejor informado como residente en Madrid y asiduo a Palacio, en su *Historia de Felipe II*, con estas palabras: «Pregonáronse reformationes cerca del ornato y policía de Madrid por los de la Junta della, y mandaban retirar de las esquinas, calles y plazas los oficios viles dentro de sus moradas y portales o en los puestos que se les señalarían. Ofendidos desto los oficiales, como desta Junta no hay recurso para ningún Tribunal (30), se ampararon del Condestable, a título de Justicia mayor de Castilla y por la calidad de su persona, para que los favoreciese con el Rey. A las dos de la tarde fué a Palacio seguido de más de 200 oficiales, sin valer con ellos ruegos ni amenazas para que se volbiesen, y pudo tanto que, al entrar de la puerta, eran ya 400, unos como interesados, otros por curiosidad. Habló a Don Cristóbal de Mora en el negocio y dixo daría cuenta al Rey dello en buena ocasión, con lo cual y su parecer fué el Condestable a tratar de la materia con el Presidente de Castilla. Enfadóse mucho de verle ir con tanta canalla, orgullosa y desenfrenada ya

---

(28) *Historia de varios sucesos y de las cosas notables que han acaecido en España y otras naciones desde el año de 1584 hasta el de 1603, escrita por el P. Fray Jerónimo de Sepúlveda... y publicada por el P. Fray Julián Zarco Cuevas...* Madrid, 1924, págs. 129-130.

(29) Cabrera, *Historia de Felipe II*. Madrid, 1876-1877, tomo III, pág. 472.

(30) Estaba en lo cierto Cabrera. Véase el final de la cédula real de 4 de mayo de 1590; antes copiada, donde se ordena que de los acuerdos de la Junta no pudiera haber apelación.



con el amparo del Condestable, encaminada a motín, diciendo unos a otros cerca del suceso que tendría si no remediaba su pretensión el Rey; y así los trató de palabra ásperamente, y mandó que el Alcalde Pareja prendiese las cabezas de aquella junta, y luego se deshizo con la prisión de treinta y el castigo público y afrentoso de cuatro». Tal fin tuvo esta huelga, que hoy hubiéramos llamado revolucionaria y subversiva, pero a la que le faltaba la verdadera base para triunfar, que era la justicia.

Sostenida, pues, la Junta en su autoridad, siguió reuniéndose y laborando por los necesarios y útiles fines para que había sido creada, ampliándose a otros nuevos tocantes al estado un tanto precario y apurado de la hacienda de la Villa, para lo cual, por una nueva cédula real, fecha 4 de marzo de 1592, se creó dentro de la misma Junta una Comisión especial que entendiera en el remedio de estas necesidades financieras del Concejo (31).

Reincorporada la Corte a Madrid en 1606, debió de continuar funcionando la Junta de Policía, aunque en el Archivo Municipal no se conser-

---

(31) Aunque es bastante extensa, como contiene muchas noticias curiosas para la historia de Madrid y confirma las deudas y empeños que la Villa contrajo por entonces con diversos fines, páreceme oportuno reproducirla casi íntegra, copiándola del citado legajillo o cuaderno de nuestro Archivo Municipal donde se conserva (folio 5).

«El Rey: Considerando que el bien y beneficio público desta uilla de Madrid y de las personas que rresiden de asiento y bienen a ella destos rreynos y fuera de ellos ynporta mucho que aya en ellos toda linpieça, policía y ornato para que se purifiquen los ayres y se conserue la salud a que se deue tener tanta atención por lo que toca a mi ordinaria asistencia y de mi casa y corte en ella, y para que se ennoblezca con nuevas obras públicas y hedifícios particulares, y que los oficiales, menestrales y personas que bienen a bender y benden en ella mantenimientos, estén rrepartidos en los lugares y partes que conbiene y las calles y plaças con buen conçierto, ornato y puliçia, por vna mi cédula, firmada de mi mano [es la 1.<sup>a</sup>]... cometí y encargué todas las cosas de suso rreferidas a el licenciado Ximénez Ortiz, etc... Y auiendo en virtud della ordenado y preuenido algunas cosas tocantes al ornato y puliçia y obras públicas, a rresultado questa uilla de Madrid está muy empeñada por algunas de las dichas obras, públicas que se an echo y suelos y casas y sitios que se an tomado para ellas y para ensanchar la plaça mayor y la que llaman de Santa María, de que se deuen muchos dineros y çensos y se me a echo rrelaçión de su parte que demás de las dichas deudas tienen enpeñados sus propios y rrentas en mucha suma de maravedís que se an tomado a çenso... para el rreçuiimiento de la serenissima Reyna doña Juana... quando entró la 1.<sup>a</sup> vez en esta uilla, y por los daños que ha padescido en la prouisión del pan del pósito, vendiéndole a mucho menor preçio de lo que costaua, comprándole fuera de doze leguas alrededor desta uilla, lo qual se auia hecho con orden de mi consejo... de todos los quales çensos paga muchos réditos; y aunque con licencia del dicho mi consejo para la paga dellos se echaua sissa en algunos mantenimientos no hera bastante para la paga de tan grande deuda, que en todas las casas de suso rreferidas llega a ser de quinientos mill ducados de principal en questauan obligados sus propios y las haçiendas de algunos particulares y el daño yba creçiendo cada día, suplicándome lo mandasse prouehier y rremediar de manera que çessasse y se buscasen medios y adbitrios para el desempeño de la dicha deuda... y abiendo visto por ynspiriencia que de muchos años a esta parte en algunos tiempos del año an suçedido y suçeden grandes faltas de pan coçido... de manera que muchas vezes... han rresultado rrebueeltas y pendençias por querer tomar el que viene de fuera para benderse y para prouisión de casas particulares, y que con el rregistro que se suele haçer por los alcaides... en los lugares del contorno desta uilla... para traher pan coçido a esta corte, los dichos lugares y veçinos particulares... son bexados...; y ansy mismo suçede... auer falta de otros mantenimientos... assi por los malos temporales de aguas y niebes como por no tener rrecuas y muchas veces por la moliçia de los tratantes y rrecatones, los quales también he sido ynformado que suelen haçer de ordinario mezclas en los mantenimientos corrompiéndolos y dañándolos, y muchos fraudes en los



ven otros papeles relativos a ella que los ya extractados. Tengo, no obstante, por seguro que a su intervención e iniciativa obedecieron ciertas disposiciones de la Sala de Gobierno del Consejo Real, que, con fecha 26 de mayo de 1612 se pregonaron, y que algún autor moderno reputa como las primeras Ordenanzas madrileñas de policía urbana, con vigencia, en su entender, hasta 1865 (32). Sustancialmente reproducen también el Bando antes copiado, con algunas adiciones impuestas por las nuevas necesidades de los tiempos, y entre ellas tres de algún interés tocante a la limpieza de las calles: una, la evacuación de las inmundicias y basuras caseras, punto sobre el que ni las primitivas *Ordenanzas* de 1585 ni el *Bando* de 1591 daban reglas concretas; en segundo lugar, el nombramiento por el Corregidor de la Villa de 12 porteros de policía «y no más, los quales hayan de poder denunciar de todos los que contravinieren a este auto»; señalando, por último, un procedimiento administrativo, rápido y expedito para sustanciar las causas que se incoasen en este particular; innovación que tiene

---

preçios, pesas y medidas y quebrantando la postura de los preçios. Y por ser el rremedio de todo esto de tanta consideración... conbiene... se atienda a ello... para que... se haga muy cumplidamente la prouisión para esta corte de pañ, binos, carnes, trigo y çeuada... Y porque es neçesario y forçoso tratar de las cosas de suso referidas... e acordado de nonbrar... a los liçenciados Ximénez Ortiz, Balladares Sarmiento del mi Consejo y al licenciado Gudiel y el doctor Parexa de Peralta, alcaldes de mi cassa y corte y al mi corregidor ques o fuere... de Madrid, para que los susodichos o la mayor parte dellos por ausencia o enfermedad o justo impedimento de algunos de ellos, asistiendo... con ellos D. Pedro Çapata y Gabriel de Galarça rregidores desta villa, para que tengan cuidado en la execución de lo que en la dicha junta se acordare... y es mi boluntad que... en quanto al desempeño de lo que esta Villa pareçiere deuer... entiendan la verdad... y si lo que se a gastado a sido para los dichos efectos... mando rreveher todas las quantas... de los propios y rrentas, rreçepçoria y pósito desta villa y sissas que se an echado... o mandándolas tomar de nuevo... Y para la rredención de los dichos çensos y pagas de las dichas deudas puedan usar... de los medios... que... les pareciere, consultándolo primero conmigo..., y de lo que así se rresoluiese puedan librar las çédulas neçesarias firmadas de mi mano para la ynpuición y execución de los dichos adbitrios... y de lo que proçediese dellos y de la sissa que está concedida y al presente corre en algunos mantenimientos... y ansimismo de lo que sobrase de la que se ha echado de nuevo por esta Villa sobre las carnes para la paga de los ocho millones... Y de lo que proçediese del dicho pósito y de los propios de la dicha Villa y sobras de rrentas y de todo lo demás harán quitar los çensos questa dicha Villa deue... ynpuistos con nuestra liçencia para la prouisión del pósito y para el dicho rreçibimiento y obras públicas que se obieren echo y suelos y sitios que se obieren tomado... hasta tanto que... la dicha Villa esté desenpeñada... sacando ansimismo en cada un año de lo que proçediese de la sisa de la carne los diez mill ducados que por cédula mía están mandados librar para las obras, ornato y pulçia desta villa... Fecha en Madrid, a quatro de março de 1592 años Yo el Rey. — Por mandado del Rey nuestro Señor, Gerónimo Gasol.

(32) Reprodújolas el finado e ilustre arquitecto municipal D. José López Salaberry en su Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes (Madrid, 1904, págs. 43-48), sirviéndose de una copia encontrada en el Archivo de la Contaduría del Ayuntamiento de Madrid. Comienzan: «En la Villa de Madrid, a 26 de Mayo de 1612, los Señores del Consejo de S. M. y Sala de Gobierno, habiendo visto el desorden que hay en esta villa sobre lo tocante al ornato y policía della y proveer de remedio conveniente en ello, mandaron que de aquí en adelante se guarde y cumpla lo siguiente.» Son XXV reglas, incluído el acostumbrado pregón, todas sobre materia municipal de abastos, policía urbana, construcciones, venta de leña, figones y restantes puntos tocados en el texto. El estar impresas ya en publicación moderna me excusa de hacerlo, pudiendo consultarse fácilmente el citado Discurso.



su mérito, conociendo la lentitud y complejidad que entonces caracterizaba al derecho procesal común.

A todo esto, y como en otro lugar expliqué (33), Madrid crecía y crecía más aún, ensanchando sus linderos por los extensos campos que le rodeaban, tan propensos a la edificación; y como por la gabela del derecho de aposento a nadie convenía labrar casas de más de dos *altos* o pisos, la codicia por un lado y la necesidad de nuevas viviendas, fueron poblando la Villa de casas bajas, pequeñas y terrizas, ganando, sí, la Corte en amplitud, pero a costa de su hermosura, aseo y monumentalidad (34). La vida regalona y pacífica de la metrópoli castellana atrae, como en el mismo lugar dije, a ociosos, pretendientes y vagabundos, gentes todas inclinadas a irregularidades y licencias. Para ordenar toda esta bulliciosa colmena humana, donde a las escasas y solícitas abejas inquietan y acosan los zánganos viciosos y muchos, la famosa Sala de Alcaldes no da paz a la pluma, y sus autos y acuerdos pregónanse día tras día, llenando después los voluminosos *infolios* de sus *Libros*, hoy venturosamente conservados. Ya las primitivas *Ordenanzas de 1585* se han hecho viejas; nuevos usos y costumbres surgen cada día: los soldados veteranos ya no están de paso en la Corte: avécínanse en ella para importunar todas las mañanas a los Consejeros de guerra que acuden a Palacio; la riqueza de los tiempos, la holganza y el lujo crean figuras y tipos que los contemporáneos de Felipe II no conocieron, y aunque la literatura los recoja y confine por la péñola y en las obras de Salas Barbadillo, Castillo Solórzano y Quevedo, inmortalizándoles para la posteridad, vivos y bulliciosos, proporcionan empero no escasos quebrantos y constantes preocupaciones a los alcaldes del rey, celadores obligados del bien público. Así, de 1606 a 1613, pululan un gran número de autos y acuerdos sobre las materias y casos más distintos, tocantes todos a la mejor gobernación de Madrid: alguaciles y escribanos; pobres y vagabundos; tabernas y figones; armas y pistoletes; criados y esclavos; carnestolendas y músicas; coches y sillas de manos; rondas y juegos; damas cortesananas y hembras cantoneras; procesiones de disciplinantes y corrales de comedias; toda la espectromía de la variada y rica vida de entonces. Los autos se repiten, idénticos casi, un año tras otro, con la paciencia del confesor que absuelve siempre unos mismos pecados; parece que las severas penas con que los diligentes alcaldes amenazan convertíanse en cosa de burla o de nonada llegado el momento de aplicarlas, como si la rígida vara se torciese por el peso de la dádiva oculta o la presión de la

(33) *La novela cortesana*. Madrid, 1929, págs. 27 a 33.

(34) A las muchas noticias dispersas en los libros antiguos e historias de Madrid sobre las casas a la malicia y derecho de aposento, deben agregarse una explicación muy completa de Pinheiro da Veiga, en su valiosísima *Fastiginia* (traducción Alonso Cortés. Valladolid, 1916, pág. 194), y los muy interesantes párrafos que Juan de Xerez y Lope de Deza dedicaron a esta perniciosa imposición en su citado arbitrio *Razón de Corte*, fols. 97-99.



mano influyente y poderosa. O los españoles somos de antiguo aficionadísimos por demás a reglamentar y condicionar las cosas, en la seguridad, también, de que las leyes que dictemos serán letra inerte a la larga, o nuestra ingénita independencia y africano individualismo harán baldíos e impotentes los esfuerzos de los gobernantes de siempre para sanear y dirigir la vida social. Como ocurre siempre también en la historia del Derecho, las leyes y reglamentos aislados preceden a los códigos, limitándose a recoger y ordenar el caso de cada día; pero llega uno en que son tantos, que, amontonados, hácese embarazosa su busca y consulta; en que se advierte la conveniencia de armonizar y coordinar preceptos sobre una misma materia, que, dictados en épocas distintas, se oponen y contradicen entre sí; y entonces surge el leguleyo, ora escribano ducho, ora rábula listo y vivaz, que, bien espontáneamente, bien a requerimiento de *sus señorías*, junta, ordena y armoniza lo legislado para recopilarlo con acierto en una disposición común.

Así debió de nacer el *Pregón general mandado guardar por los Señores Alcaldes de la Casa y Corte de Su Magestad para el buen gobierno della publicado en esta Villa de Madrid* (35), que, a imitación de las que yo intitulé *Primeras Ordenanzas de 1585*, aparecen en 1613. Su gran rareza, la variedad e interés de las materias que en él se tocan, tan ligadas todas con la historia de nuestras costumbres; su valor considerable para la buena inteligencia y comentario de numerosos pasajes y episodios de nuestras novelas y comedias antiguas; la conveniencia de ir sacando poco a poco del olvido estas primeras manifestaciones del Derecho municipal de la Villa, con otras consideraciones semejantes, invitan a su reproducción entera. Dicen, pues, así:

---

(35) Su descripción bibliográfica es como sigue: *Pregón | general | man | dado guardar por los señores | Alcaldes de la Casa, y Corte | de su Magestad, para el buen | gouierno della, publicado | en esta villa de Madrid.* (Escudo de armas reales.) En Madrid, por Cosme Delgado. Folio, 10 hojas impresas, incluida la portada. Archivo Histórico Nacional. *Libros de la Sala de Alcaldes*. Sig. 1.205, fols. 1-10. Otros ejemplares, aunque incompletos, de este *Pregón* se guardan también en los Libros de la Sala de 1615 (sig. 1.203 e, fols. 1-6) y en el de 1617 (sig. 1.204 e, fols. 1-9). El original, manuscrito figura en el Libro de 1613 (sig. 1.201 e, fols. 493-503).



PREGÓN | GENERAL MAN | DADO GUARDAR POR LOS SEÑORES |  
ALCALDES DE LA CASA, Y CORTE | DE SU Magestad, PARA EL  
BUEN | GOBIERNO DELLA, PUBLICADO | EN ESTA VILLA DE MA-  
DRID. | (*Escudo de armas reales.*) | EN MADRID, POR  
COSME DELGADO

Manda su Magestad, que todos los Obreros oficiales, Sastres, Cal-  
ceteros, Cordoneros, Plateros y Carpinteros asienten a trabaxar y  
trabaxen en casa de sus Maestros en los dichos sus oficios a justos y  
moderados precios, y no estén ni anden baldíos sin trabaxar y asen-  
tar a los dichos oficios, o salgan de la Corte dentro de segundo dia y  
no estén ni entren en ella, con cinco leguas por tiempo de dos años  
so pena de ser habidos por vagamundos, y de ser echados a las gla-  
leras como tales.

Que los oficia-  
les no anden  
baldíos.

Otro si mandan, que todos los maestros y oficiales que hay en  
esta Corte de cualquier gremio y oficio dentro de tercero dia se re-  
gistre en cada gremio ante los veedores del dicho su oficio.

Que los maes-  
tros y oficiales  
de cada oficio se  
registren ante  
los veedores.

Otro si mandan, que los dichos veedores de cada gremio hayan  
de tener y tengan obligación de registrar todos los maestros y oficia-  
les que hubiere del dicho su oficio, y tener lista y memoria dellos, y  
la quién sirven.

Que los vee-  
dores hagan re-  
gistro y lista de  
los oficiales.

Otro si mandan, que todos los maestros y oficiales de cada gremio  
que vinieren a esta Corte hayan de registrarse dentro de tercero dia  
de como entraren en ella ante los veedores del dicho su oficio, y to-  
mar amo maestro con quien trabajar, y los dichos veedores tengan  
obligación de hacerlo.

Que los oficia-  
les se registren  
y tomen amo  
dentro de terce-  
ro día.

Otro si mandan, que todos los maestros y oficiales que están en  
esta Corte y vinieren a ella que no estuvieren registrados y se re-  
gistraren, y no tuvièren amo maestro con quien trabajar de asiento,  
se salgan desta Corte dentro de segundo dia, so pena de vagamun-  
dos, y que serán castigados como tales.

Que los que no  
se registren y  
tomaren amo se  
salgan desta  
Corte.

Otro si mandan, que todos veedores de cada gremio, todos los  
martes de cada semana, acudan a la Sala de los señores Alcaldes a  
dar cuenta del registro que han hecho, qué Oficiales y maestros hay  
y han entrado en esta Corte, y con quién trabaxan, y a quién sirven,  
lo cual hagan y cumplan, sopena de quatro años de destierro desta  
Corte y cinco leguas, y veinte mil maravedis para la Cámara de su  
Magestad, gastos de justicia y denunciador por tercias partes, y de  
suspensión de sus oficios.

Que los vee-  
dores de cada  
gremio den  
cuenta cada se-  
mana del regis-  
tro que han he-  
cho de los ofi-  
ciales.



Oficiales de sastres y calceteros. Sus jornales y obras.

Otro si mandan, que los oficiales de sastré y calceteros no puedan llevar ni lleven por su jornal de cada día más de cuatro reales, sin pedir otra cosa, ni llevar recaudos demasiados para las obras que los dichos Maestros les dieren, sino que la reciban cortadas por los dichos maestros, sopena de vergüenza pública, y cuatro años de galeras, y so la dicha pena asistan a trabaxar todos los días, y no anden holgazanes y vagamundos. Y ansi mismo que los dichos Maestros y sastres y calzeteros den a los dichos oficiales las obras cortadas al justo de lo que han menester, y por su jornal de cada día no les den más de tan solamente a cuatro reales, y que los dichos maestros no puedan pedir ni sacar para las obras que les mandaron hazer más de tan solamente lo que fuere menester. Y den a los oficiales las obras cortadas, así para los árboles de los vestidos como para las guarniciones, y los dichos oficiales den conocimiento y firmen en el libro que el maestro les diere las obras que recibieren, y los dichos oficiales las acaben en toda perfección, sin dexarlas empezadas, so las penas que les van puestas; y para la averiguación dello sea bastante probanza el juramento del maestro solo, y los dichos mancebos hagan las obras que los dichos sus maestros les dieren de cualquier manera que sea, ora sea de paño, o luto, o seda, o de otra cualquier cosa, sin poner escusa alguna, so las penas que van declaradas.

Que ningún tabernero ni otra persona venda vino por mayor en su casa, ni los taberneros tengan mesas puestas.

Otro si mandan, que ningún tabernero de Corte y villa ni otra persona no venda vino por mayor en su casa, ni consientan en sus tabernas que ningunas personas así hombres como mugeres coman en ellas, ni para ellos tengan mesas puestas, ni que hagan juntas en las dichas tabernas, sino que en dándoles el vino se vayan luego, so pena de vergüenza pública, y cuatro años de destierro y de veinte ducados para la Cámara de su Magestad y denunciador.

Que en las tabernas no se vendan buñuelos ni cosas de comer.

Otro si mandaron, que ningún tabernero de esta Corte consienta que en las dichas sus tabernas se vendan buñuelos ni otra cosa de comer, sino que estén tres casas de por medio, so pena que el tabernero que lo consintiere pague veinte ducados, y los que lo vendieren de cuatro años de destierro de la corte y cinco leguas, y diez ducados para pobres y denunciador.

Que los taberneros no compren vino para revender a otros taberneros.

Otro si mandan, que los taberneros desta Corte que compraren vino por mayor no lo puedan vender ni vendan o otros taberneros desta corte ni otra persona alguna, sino que lo hayan de gastar y gasten en sus tabernas, so pena de cien azotes y cuatro años de destierro, y perdimiento del vino que así comprare.

Que los mozos de sillás se registren.

Otro si mandan que, dentro de tercero día, todos los mozos de sillás se registren en la Sala de los señores Alcaldes, y no puedan usar ni usen del dicho oficio sin tener licencia de los dichos señores Alcaldes, so pena de vergüenza pública y cuatro años de galeras.



Otro si mandan, que los mozos de sillas no puedan llevar ni llevar por cada persona que llevaren en silla dentro de la villa, de ida y vuelta de la parte donde la llevaren más de real y medio cada uno, so pena de vergüenza pública, y cuatro años de destierro, y veinte ducados para la cámara de su Magestad y denunciador; y so la dicha pena mandaron que no usen los oficios de mozos de sillas sino fueren los que están registrados y nombrados.

Otro si mandan, que ningún tratante en pescados frescos, esca-beche, perdices, y otro cualquier género de caza, desde hoy en adelante no sean osados en sus casas vender ni dar a ningún comprador ni despensero de cualquier persona de cualquier calidad y condición que sea, ni otros algunos en ninguna forma, ninguno de los dichos mantenimientos, sino que lo saquen y hayan de sacar a vender a la plaza pública y repeso della, a donde lo vendan a las posturas que se les hiciere, y en ella lo den a los dichos compradores y despenseros, y a las demás personas que fueren a comprarlo. Y así mismo mandaron que los dichos compradores y despenseros, ni otras cualesquier personas, no lo puedan tomar ni tomen en las casas de los dichos tratantes, aunque ellos mismos se los den, sino que hayan de ir y vayan a la dicha plaza y repeso della a comprarlo, so pena a los dichos tratantes de cuatro años de destierro, y de cien ducados, y a los dichos compradores y despenseros y otras personas de treinta mil maravedís, demás de que serán castigados con rigor, aplicadas las dichas penas para la Cámara de su Magestad y denunciador.

Otro si mandan, que ninguna persona salga fuera de las puertas del rastro a vender carne por cuartos, ni otra forma, sino que lo hayan de vender y vendan en sus escarpías, y las asaduras y cabezas de los carneros de la misma forma, sin venderlas a pedazos, sino enteras, y el dicho carnero por cuartos, so pena a los que lo vendieren de cien azotes, y los que lo dieren a vender cuatro años de destierro y veinte ducados para la cámara de su Magestad y denunciador.

Otro si mandan, que todas las personas que tuvieren sotos suyos o arrendados ellos y los dichos arrendadores no puedan vender ni vendan la caza a ningún despensero desta Corte ni fuera della, ni a bodegoneros, taberneros ni pasteleros, sino que lo hayan de vender y vendan a personas que lo traigan a esta Corte para el abasto della; entregándolo en el repeso della, so pena a los dueños de los sotos de duzientos ducados para la Cámara de su Magestad, y a los arrendadores de la caza de vergüenza pública y cuatro años de destierro, y de cien ducados para la Cámara de su Magestad; y so la misma pena mandaron que ninguno de los dueños de los dichos sotos ni arrendadores dellos no puedan vender ni vender cada cabe-

El precio que han de llevar los mozos de sillas.

Que ningún tratante en pescados, perdices, conejos ni otra caza lo vendan en su casa a ningún despensero, ni a otra persona, sino que lo traigan a la plaza.

Que ninguna persona pueda vender carne fuera de las puertas del rastro.

Que la caza que truxeren a vender la lleven al repeso sin darla a particulares.



za de conejo por mayor a más precio de a real y medio, y todas y cualesquier escrituras que estuvieren hechas y se hicieren en contrario desto se dan todas por ningunas y no otorgadas en cuanto ecedieren dél, para que a los dueños no le puedan aprovechar, ni los arrendadores las hayan de cumplir.

Que los despenseros ni otra persona, no salgan fuera desta Corte, ni a los caminos a tomar los bastimentos.

Otro si mandan, que ningun despensero, ni otra persona, no salga fuera desta Corte a los caminos, ni vaya a los lugares, ni a otra parte alguna a tomar los huevos, ni los demas mantenimientos que se traen a ella, sino que los dejen venir libremente a la plaza pública y repeso della, conforme los pregones desta Corte, para que allí tomen cada uno lo que hubiere menester, sopena de cien azotes, y cuatro años de destierro desta Corte y cinco leguas, y cien ducados para los pobres de la cárcel.

Que los despenseros no revendan.

Otro si mandan, que ningún despensero ni comprador sea osado de revender, ni comprar, ni revender cosa alguna de mantenimientos que hayan comprado en esta Corte, o dentro de las cinco leguas, ni lo dar ni repartir a otros despenseros ni a otra persona alguna por el tanto ni por más de lo que hubiere costado, salvo que compren solamente lo que hubieren menester para las despensas de sus amos, so pena de cada cien azotes, y perdimiento del dinero que hubieren recibido.

Que no comprén mantenimientos de casa de Embaxadores, ni otros señores.

Otro si mandan, que ninguna persona sea osada de ir á comprar en casa de los Embajadores, ni otras despensas de señores ningunos, mantenimientos de comer ni vino, so pena de vergüenza pública, y diez mil maravedis para la Cámara de su Magestad y denunciador.

Que no puedan llevar desta Corte a otras partes.

Otro si mandan, que ningun tratante en ella en mantenimientos de comer, no pueda llevar ningun mantenimiento a vender a los mercados y ferias que se hacen alrededor desta Corte, ni otra parte, sino que lo hayan de vender y vendan en esta Corte, so pena de de cuatro años de destierro, y cincuenta mil maravedis para la Cámara de su Magestad y denunciador.

Que ningun frutero salga a los caminos a comprar fruta.

Otro si mandan, que ningun frutero ni vendedero, ni otra persona que trata en frutas sea osado de salir a los lugares y caminos a tomar la fruta que se trae a esta Corte para el proveimiento della, sino que la dejen venir libremente a la plaza y mesón de la fruta desta Corte, á donde la hayan de comprar, y no en otra parte alguna, so pena de cien azotes y perdimiento de la fruta que así compraren; y los alcábaleros y corredores de la dicha fruta no traten en ella, so pena de cuatro años de destierro de la Corte y cinco leguas, y cincuenta mil maravedis para la Cámara de su Magestad y gastos de justicia, y no han de tratar por si, ni por interpósitas personas.



Otro si mandan, que todas las personas que trujeren a esta Corte para vender en ella pasas, alcaparras, higos, nueces, avellanas, lentejas, garbanzos, queso, y las demás frutas secas, estén obligados a tenerlo en el Meson que llaman de la fruta y plaza desta Corte, públicamente, hasta las doce horas de medio día, para que se provean los vecinos desta Corte de lo que cada uno quisiere, y pasada la dicha hora lo puedan vender por mayor a cualesquier persona que quisieren comprar, aunque sean de los tratantes en esta Corte, y que los corredores de la dicha fruta hasta la dicha hora no puedan llegar a ella, ni tomalla por memoria para vendella, sino que lo dejen a los dueños libre para el dicho efeto, so pena a los corredores de cuatro años de destierro desta Corte, y veinte ducados para los pobres de la cárcel y denunciador. Y los que trujeren las dichas frutas de veinte ducados aplicados en la misma forma.

Que los que trujeren fruta seca la tengan en el Meson hasta las doce del día.

Otro si mandan, que ningun alcaballero ni corredor sea osado de comprar en la villa de Torrejon de Velasco ningunos pescados, ni otros mantenimientos para tornarlos a revender en la dicha villa de Torrejon y su mercado, ni otros ningunos, sino que los hayan de sacar y saquen las personas que los compraren para traer a esta Corte, o a otros lugares para su provisión dellos, y los dejen vender libremente a los que los llevaren a las personas que fueren a comprarlos para esta Corte, o otras partes, so pena de vergüenza pública, y cuatro años de destierro desta Corte, y de la villa de Torrexon, y cinco leguas, y de duzientos ducados para la Cámara de su Majestad y denunciador.

Que ningun alcaballero ni corredor compre pescados para revender.

Otro si mandaron, que ninguna persona tratante, ni mercader, ni arrendador, de los que tuvieren sotos, ni rios arrendados de los que están dentro de las cinco leguas desta Corte, no puedan vender, ni vendan el pescado y conexos y otra caza de los tales rios y sotos en poca ni en mucha cantidad en ellos, ni dentro de las cinco leguas dellos, sino que lo traigan a esta Corte, para que los dichos señores Alcaldes les pongan los precios a que lo hubieren de vender, so pena de cien azotes y cinco años de destierro.

Que los arrendadores de rios y sotos no vendan pescado ni caza dentro de las cinco leguas

Otro si mandan, que ningun pesador de los de la red, ellos ni otra persona por ellos sean osados a entrar en el peso Real el día que hubiere pescados frescos que repartir hasta que estén repartidos y dada la memoria al que tiene el peso; y que como le llamaren por la memoria, vayan entrando uno a uno a ver pasar lo que se le da, y dentro del peso no haya mas que cuatro ganapanes para pesar lo que fuere menester, y estos que estén en cuerpo sin capas, so pena de suspensión de oficios, y dos años de destierro, y diez ducados para los pobres de la cárcel y denunciador. Y so la misma pena los pesadores en los pesos que fueren de los besugos y todos los de-

Los Pesadores del Peso Real.



mas pescados frescos, digan a los que lo compraren lo que pesa cada cosa de lo que así les dieren declarando las libras que lleva, y no se lo digan en dinero.

Que ningún pastelero, bodegonero no compren trigo dentro de las ocho leguas.

Otro si mandan, que ningún pastelero, molletero, panadero, ni bodegoneros no puedan comprar, ni compren trigo ni cebada dentro de las ocho leguas desta Corte, so pena de veinte mil maravedis para la Cámara de su Majestad. Y so la dicha pena mandaron, que dentro de cuatro días primeros siguientes las dichas personas, registren lo que trajeren comprado dentro de las dichas ocho leguas.

Que no hagan carraspadas ni vinos cocidos.

Otro si mandan, que ninguna persona sea osada de hacer vinos que llaman carraspadas e hipocrases y cocidos para vender, ni en otra manera, so pena de cuatro años de destierro de la Corte y cinco leguas, y duzientos ducados para la Cámara de su Majestad y gastos de justicia.

Que no haya vagabundos ni ladrones.

Otro si dijeron, que aunque por muchas veces se ha procurado remedio para que no haya vagamundos ni gente de mal vivir en esta Corte, si no que trabajen o sirvan, y se han dado algunas órdenes, visto que no ha aprovechado, se ha acordado para remedio de lo susodicho que se hagan dos sellos de fuego con unas señales. El uno para los vagabundos y gente ociosa. Y otro para los ladrones, que por el primer hurto no deben ser echados a las galeras, por no ser de calidad ni cantidad para que sean conocidos, por la primera vez se les eche el dicho sello debajo del brazo, o en las espaldas, o la parte que más conviniente pareciere para que sean conocidos, y se sepa han sido castigados por vagamundos y ladrones; y la segunda vez que los cogieren se pueda proceder contra ellos como tales, y se puedan echar a las galeras de su Magestad, para que en ellas sirvan por el tiempo que pareciere. Mandaban y mandaron, que todas las personas que estan en esta Corte vagabundos y ociosas de cualquier manera, dentro de tercero día se ocupen, sirvan, tomen modo y orden de vivir, o se salgan desta Corte y cinco leguas, y no entren en ella, so pena por la primera vez que serán sellados con los dichos sellos, y por la segunda de cien azotes, y cuatro años de servicio de galeras al remo y sin sueldo.

Que los que sirven a Titulos o Caballeros estén puestos en la nómina de los criados, y lleven ración y salario, y lo demás que han de guardar los que sirven.

Otro si mandan, que todas las personas que sirven en esta Corte a titulos o caballeros y otras cualesquier personas que assisten en ella hayan de tener y tengan obligación de estar en la nómina de tales sus criados, y de llevar ración y quitación, y los que de otra manera estuvieren en ella, y no llevaren la dicha ración y quitación, aunque estén en nombre de entretenidos, se salgan dentro de tercero día desta Corte, y no entren [en] ella, so pena de ser habidos por vagabundos, y que serán castigados como a tales, cada uno conforme a la calidad de su persona. Y que el criado o criada, de cualquier cali-



dad, ó condición que seâ, en cualquier servicio, o ministerio que sirva, que se despidiere de su señor o amo, no pueda asentar ni servir a otro señor ni amo en el mismo lugar o sus arrabales, ni otra persona alguna le pueda recibir ni acoger sin expresa licencia y consentimiento del señor y amo de quien se despidió; y que el criado o criada que lo contrario hiciere, y sin la dicha licencia y expreso consentimiento asentare con otro, esté preso en la cárcel por veinte dias, y seâ desterrado por un año del tal lugar, y el que le recibiere en su servicio caiga en pena de seis mil maravedis aplicado por tercias partes; pero que si el dicho criado o criada no se despidiere de su amo o señor, y fuere por él despedido, pueda asentar, y servir a otro en el mismo lugar, con que la persona que lo hubiere de recibir lo haga primero saber al señor o amo de cuya casa salió, para entender y saber si fué despedido, o se despidió él, sobre lo cual se esté al dicho y declaración del señor de cuya casa salió. Y que el criado o criada que se despidiere de su amo o señor pueda asentar a oficio o a jornal, en obras o labor del campo, o pueda servir a otro señor o señores fuera del dicho lugar, o sus arrabales, con que lo susodicho no lo hagan en fraude, y se entiendan ser fecho en fraude, si dentro de cuatro meses tornare a sentar en el mismo lugar con amo o señor, con que lo susodichó no se entienda en los que se fueron del servicio de su amo, habiendo recibido dineros adelantados, o habiendosele dado librea o vestidos, no habiendo acabado de servir el tiempo que pusieron, los cuales puedan ser compelidos a acabar de servir el dicho sueldo y tiempo, y yéndose antes se pueda contra ellos proceder a las dichas penas, aunque vayan fuera del lugar, o asienten en él a oficio.

Otro si mandan, que los ganapanes que son del número traigan las cédulas y licencia que tuvieren para serlo, y caperuzas azules para que sean conocidos, y otros no puedan usar el dicho oficio, ni ellos anden sin las dichas caperuzas y cédulas, y no traigan espadas, ni cuchillos con puntas, so pena de cada cien azotes y destierro desta Corte; y que los dichos ganapanes no salgan de las puertas desta villa a tomar el carbón, ni llegar donde se suele vender con diez pasos alrededor, sino fuere con los dueños que lo compraren para que se lo lleven a su casa, so la dicha pena.

Otro si mandan, que ninguna persona tenga en esta Corte esclavo que no sea cristiano bautizado, y los que lo fueren no puedan andar en anocheciendo sino fuere con sus amos, o con su licencia con persona de su casa, y el alguacil que lo prendiere después de ser anochecido, por la primera vez, se le den quince reales, y al esclavo cincuenta azotes en la cárcel; y por la segunda se le den al dicho alguacil mil maravedis, y al esclavo sesenta azotes en la cár-

Ganapanes no vayan al carbón, y traigan caperuzas azules.

Esclavos que no estén bautizados.



cel; y por la tercera vez se le den al dicho alguacil mil y quinientos maravedis, y al esclavo cien azotes públicamente, y sea desterrado desta Corte y cinco leguas, y no sea suelto de la cárcel hasta que la persona cuyo fuere el dicho esclavo pague la dicha pena pecunaria, y a su costa se le dé de comer y lo necesario hasta que salga de la dicha cárcel. Y los esclavos moros, o turcos, o de otra cualquier nación que no sean bautizados, dentro de quince días después de la publicación salgan desterrados desta Corte so pena de perdidos, aplicados la Cámara de su Majestad, y dellas se den al alguacil que prendiere el tal esclavo.

Para que de noche y de día no dejen andar lechones.

Otro si mandaron, que ninguna persona deje andar por esta Corte de día ni de noche ningunos lechones, so pena de tenellos perdidos, y se da facultad a cualquier persona que quisiere encerrarlos y cojellos, viniendo a manifestallos después de encerrarlos para que se le apliquen.

No se eche de noche por las ventanas agua ni inmundicia.

Otro si mandan, que ninguna persona desta Corte echen, ni consienta echar de día, ni de noche por las ventanas agua, ni inmundicia, so pena de cuatro años de destierro, y veinte ducados a los amos que lo consintieren, y de cien azotes, y seis años de destierro a los criados y criadas que lo echaren, y de pagar los daños que hicieren. Y que ninguna persona eche ni consienta echar inmundicia por las puertas hasta las diez dadas de la noche, so pena de cada veinte ducados y dos años de destierro. Y asi mismo que todos los vecinos y moradores desta Corte, cada uno dellos tenga bien limpia la pertenencia de su casa, y tengan por embargadas todas las fábricas de cantería, albañilería, enmaderamientos de casas y otras cualesquier obras que ocupare la calle. Y que nadie sea osado echar en ella piedras, cal, ladrillos, tejas, arena, maderos, ni ninguna suerte de material para obras sin tener licencia para ello del comisario de la limpieza, no pudiéndola proseguir ni comenzarse otra alguna sin la dicha licencia, so pena de seis ducados aplicados por tercias, que es la una para el gasto de la limpieza, y otra para el comisario, y la otra para el denunciador, incurriendo en ella el dueño de la obra y el maestro a cuyo cargo estuviere, cada uno dellos en la dicha cantidad. Y asimismo, que todos los vecinos y moradores no echen en ella cosa alguna, sino fuere la inmundicia de los servicios a las horas acostumbradas, y no antes, so pena de seis reales por cada vez aplicados en la misma forma. Y asimismo, que todos los que tuvieren en sus casas tierra que sacar, o hicieren cuevas, sea concertándose primero con los carreteros que la han de llevar, que desde sus casas la saquen al carro sin echarla en la calle, so pena de tres ducados, aplicados en la misma forma, y que se quitará luego a su costa. Y que nadie sea osado echar desde las ventanas aguas de



ninguna suerte, sino fuere desde la puerta de día. Y de noche desde donde pudiere, avisando primero tres veces con la seña de *agua va*, so pena de seis reales, aplicados como se ha dicho. Y asimismo, que no echen en la calle basura, tierra, trapos viejos, ni retazos, vidrios quebrados, cascotes, cascós de ollas, o tinajas, retazos de papel, esteras, o espuestas viejas, estiérco! de caballos ni otro animal, verduras, cáscaras de fruta, ni pluma de ave, ni otra cosa alguna de ningún genero que sea, ni cosa que pueda ensuciar la calle sino es inmundicia de los servicios, que no se puede escusar, la cual los peones de la limpieza cada mañana la quitarán, que las demas los vecinos la han de recoger, y recogida en espuestas o otra cosa, la han de dar a los peones de los carros de la limpieza sin pagar por ello cosa alguna, so pena de tres reales de cada cosa que echaren, aplicados en la misma forma, y al carretero dos ducados si no la quisiere llevar. Y así mismo que las casas que tuvieren muchos moradores podrán entre ellos concertarse por semanas, o meses, como mejor les pareciere a cumplir con la limpieza, so pena que en las faltas que en tal pertenencia hubiere se ejecutará la pena en el morador que se quisiere de la tal casa, sin más averiguación. Y así mismo que todos los cajones de las plazas, postes de piedra y de las verduleras tengan sus pertinencias como las demás, y las basuras que hubieren recogido las tengan juntas, cada uno a un lado de su pertenencia, para darlos al carro cuando pasare por ella, y no se entiende por basura los terreros de las obras, granzas, casca de vendimias, estiérco!, porque todo esto sus dueños lo han de hacer llevar a su costa.

Otro si mandan, que ninguna persona de cualquier calidad que sea, aunque sean soldados, sean osados de jugar en palacio a los naipes, ni a otro ningún juego, ni hacer juntas ni corrillos, so pena de vergüenza pública, y de cuatro años de destierro desta Corte y cinco leguas.

Que los soldados no juegen en Palacio, ni hagan juntas ni corrillos.

Otro si mandan, que ninguna persona haga baratillo en la Puerta del Sol, ni asista en ella a vender cosa ninguna, so pena de que los pondrán en la escarpia que está en el dicho sitio, y de cuatro años de destierro de la Corte, y cinco leguas, y de perdimiento de las cosas que vendieren en el dicho baratillo, aplicado para el alguacil o portero que lo prendiere.

Que no hagan baratillo.

Otro si mandan, que ninguna persona de cualquier estado y calidad y condición que sean sea osado de traer en esta Corte de noche ni de día broquel con otras armas, ni sin ellas, so pena los que fueren nobles de duzientos ducados para la Cámara de su Magestad, y las armas y el dicho broquel perdido para el alguacil denunciador, con la cuarta parte de la pena; y el que no fuere noble, de vergüenza publica, y cuatro años de galeras al remo y sin sueldo.

Que no traigan broquel en ninguna manera.



Que no traigan cuchillos ni otra arma encubierta.

Otro si mandan, que ninguna persona sea osado de traer en la Corte cuchillo ni otra arma ninguna oculta ni secreta, fuera de espada y daga, ni tampoco pueda traer la daga sola, so pena que el que trujere los dichos cuchillos, o otra qualquier arma, que no sea la dicha espada y daga de vergüenza pública con las armas al pesquezo, y cuatro años de destierro de la Corte y cinco leguas, demás de las penas contenidas en la Premática de su Magestad, lo cual se executará inremisiblemente. Y so la misma pena no puedan tener en sus casas las dichas armas puestas en sus personas.

Que no haya coche parado en la Puerta de Guadalajara.

Otro si mandan, que todas las personas que fueren en coches a la Puerta de Guadalajara no se paren en ella con ellos, sino fuere estando comprando en las tiendas, y puedan estar parados mientras estuvieren comprando, y no más. Y que ninguna persona tenga en la dicha Puerta de Guadalajara ningún coche para vender, sino que anden por las calles, y si quisieren estar parados sea en la plazuela de los herradores, so pena los unos y los otros de diez mil maravedis a las personas que estuvieren en los dichos coches, y a los dueños de los que se vendieren y al cochero que allí estuviere cien azotes.

Que no estén parados coches de diez a una, aunque sea comprando.

Otro si mandan, que ninguna persona de ningun estado y calidad que sea sea osado a estar con coche parado en la Puerta de Guadalajara desde las diez de la mañana hasta la una del dia, aunque estén comprando mercaderias. Ni ningun mercader sea osado de vender mercaderias ningunas a la dicha hora a personas que estuvieren en coche, so pena a los dueños de los coches y a los mercaderes cada veinte ducados para la Cámara de su Magestad y denunciador.

Que los zurradores no laven la colambre en el rio desta Corte, sino media legua rio abajo.

Otro si mandan, que ningun curtidor, ni zurrador, ni otra qualquier persona que treatre en colambre, no lo pueda lavar ni lave en el rio desta villa, sino media legua desviado della, y lo haya de hacer y haga rio abajo, y no rio arriba, so pena de perdimiento de la colambre, y de cuatro años de destierro de la Corte y cinco leguas. Y so la dicha pena ninguna persona pueda lavar en el dicho rio menudos de vaca, ni carneros, sino fuere en la forma que está dicho.

Que no haya Gitanos en esta Corte.

Otro si mandan que todos los Gitanos o Egizianos que hubiere en esta Corte dentro de segundo dia salgan della, y se vayan a vecindar veinte leguas desta Corte a los lugares de Castilla la Vieja, y en ellos tomen oficios, cada uno como mejor se acomodare, como los dichos oficios sean de labranza en el campo, so pena de que pasado el dicho término se ejecutarán en ellos las penas de las leyes, que son vergüenza pública y galeras.

Que hagan los cántaros de cinco azumbres.

Otro si mandan, que los que hacen y fabrican los cántaros de Alcorcón no puedan fabricar para los dichos aguadores sino fueren cántaros de cinco azumbres, los cuales hayan de vender sellados con el sello que se les ha dado y darán, y cada cántaro hayan de ven-



der a preço de veinte maravedis y no más, y los que fabrican el dicho barro lo vendan, y no por junto a otras personas para tornar a revender, so pena de vergüenza pública, y veinte ducados para la Cámara de su Magestad y denunciador.

Otro si mandan, que todas las personas de cualquier calidad que sean que se disciplinare, o fuere penitente en esta Corte, no puedan disciplinarse llevando túnicas colchadas, ni almidonadas, ni en otra forma, sino que las hayan de llevar lisas y llanas. Y todas las que las hicieren para vender, alquilar, prestar y dar no lo hayan de poder hacer ni hagan sino lisas y llanas, y no colchadas ni almidonadas, ni con otro género de invención ninguna, so pena que el que la sacare azotándose con ella, o yendo en penitencia, de veinte ducados para la Cámara de su Magestad y perdimiento de la túnica, y que se le quitará en la parte y lugar donde le toparen con ella, y los que las vendieren, alquilaran, prestaren y dieran de dos años de destierro de la Corte y cinco leguas, y veinte ducados, y perdimiento de las túnicas para la Cámara de su Magestad y denunciador. Y así mismo se manda, que los mayordomos de las cofradías no las den a los cofrades dellas, sino fueren lisas, llanas sin género de invención, so pena que se procederá contra ellos por todo rigor. Y así mismo mandaron, que ninguno de los que se disciplinaren y alumbraren, ni fuere en penitencia, no lleve, ni pueda llevar zapatos blancos, ni cintas, ni otra cosa mas de las túnicas llanas, y calzado ordinario, so pena de diez ducados para la Cámara de su Magestad y denunciador, y que le será quitado públicamente.

Túnicas de disciplina.

Otro si mandan, que todos los médicos, y cirujanos desta Corte, y otra cualquier persona que tomare la sangre, o curare cualquier herida a cualquiera persona, dentro de seis horas de como hiciere la primer cura, o tomare la sangre, vaya a dar cuenta al señor Alcalde del cuartel de la persona que ha curado, y la calidad de la herida. Y estando ocupado el señor Alcalde del cuartel para podérsela dar, la haya de dar y dé a uno de los alguaciles de Corte del dicho cuartel, para que la dé al dicho señor Alcalde y acuda a hacer la averiguación y saber quién es el tal herido, so pena de cien ducados para la Cámara de su Magestad y denunciador, y dos años de destierro de la Corte y cinco leguas, y de pagar los daños que se siguieren al tal herido.

Que los médicos y cirujanos declaren los heredos que hubieren.

Otro si mandaron, se guarden las premáticas y leyes que se han hecho y promulgado sobre los lutos y coches y cortesías, y todas las demás leyes y premáticas de su Magestad que están promulgadas, so las penas que en ellas se declaran. ¶ Y así mismo se guarde el auto dado por los señores del Consejo de su Magestad sobre los retraídos en casa de los Embajadores, so las penas que en él se declaran.

Que se guarden las premáticas.

Que se guarde el auto de los retraídos.



Y otro si mandan, se guarde el bando de su Magestad que se hizo en diez y seis del mes de Enero pasado deste presente año, y se publicó en veinte del dicho mes, que trata de la forma que se ha de conocer de los negocios y causas sobre la expulsión de los Moriscos, y las penas que se han de ejecutar contra los trasgresores de los dichos bandos, el cual se ejecute en todo y por todo como en él se contiene.

En la villa de Madrid a quince dias del mes de Marzo de mil y seiscientos y trece años, los señores Alcaldes de la casa y Corte de su Magestad mandaron que se guarden y pregonen este pregón general en todo y por todo, como en él se contiene, y lo señalaron.

### PUBLICACION

En la Villa de Madrid a quince dias del mes de Marzo de mil y seiscientos y trece años, por voz de Juan de Burgos y Toribio Fernández, pregoneros públicos desta Corte, se pregonó el auto atrás contenido, en altas é intelegibles voces, en la plazuela de San Salvador, y Puerta de Guadalajara, siendo presentes Sebastián García, García de Zaballos, Juan Martinez Cabrereros, Francisco Sanchez de la Costa, Alguaciles de la Casa y Corte del Rey nuestro señor, y otras muchas personas, y yo que de ello doy fee. —*Juan Enriquez*».

Si cotejamos este *Pregón* con las *Ordenanzas de 1585*, dictadas veintiocho años antes, hallaremos algunos acuerdos, pocos, repetidos; otros ampliados y acomodados a las nuevas exigencias de los tiempos; y otros, finalmente, de nueva institución. A esta última categoría pertenecen los primeros capítulos del *Pregón*, donde por vez primera se plantea municipalmente el derecho social. No hay tasas de trabajo todavía, ni el Estado pretende inmiscuirse en la cuantía de los salarios y jornales; mas, en cambio, señala las líneas directrices, reguladoras de aquél: el registro obligatorio ante sus veedores primero y después en la Sala de Alcaldes de cuantos viniesen a Madrid a servir o trabajar; la asociación forzosa, inexcusable, de todos los obreros oficiales en sus gremios respectivos; el trabajo en casa de sus maestros «a justos y moderados precios»; la expulsión de los baldíos y ociosos, disposiciones similares algunas de ellas a las correspondientes que prácticamente hoy rigen. Exceptuábase de este régimen de libertad económica a los sastres y calceteros, cuyos jornales y labores se tasan y condicionan; justa y merecida excepción, porque son tantas las quejas y denuncias que recibe la Sala de Alcaldes por los abusos y de-



masías del gremio de alfayates! ¿Quién habrá, mediano conocedor de nuestra literatura, que no recuerde las numerosas invectivas, censuras, apodos y refranes que sobre su aviesa y torcida condición se escribieron entonces? (36). Ninguna tan mordaz y satírica, aunque briosa y verdadera juntamente, admirable aguafuerte del oficio, como la que el gran maldiciente, el doctor Suárez de Figueroa, sacó en uno de sus libros, donde se graba con trazos imborrables la vida del sastre, desde que, pasando primero por los *nobles* comienzos de *aprendiz* y *mesero*, «estado más ínfimo que el del más sarnoso pupilo de escuela de escribir», ascendían por estos trances y grados a la suprema dignidad de su profesión, la de *maestro*, adquiriendo entonces la república «un sastre más, un nuevo cosario en el mar de la Corte, que con las breves armas de una medida, vara, tixerlas, aguja y dedal osa saltar y embestir las más poderosas haziendas» (37).

Numerosas son también las disposiciones de este *Pregón* relativas a la compra, regulación y venta de los más ordinarios mantenimientos: carne, pescado, frutas y vinos; todas son objeto de reglamentaciones muy minuciosas, con el deseo —quimérico las más veces— de poner coto, tasa y medida a los abusos y codicias de regatones, despenseros, tratantes y mercaderes, casta la más ingobernable y dañina que en todo tiempo han conocido las ciudades, por hacer usuraria granjería de aquello que es más necesario e indispensable para la vida, que es el comer; por algo Don Quijote, en aquella carta que escribió a Sancho Panza estando éste en su gobierno, carta merecedora en opinión de su socarrón secretario de estar estampada y escrita en letras de oro, le decía: «para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas... has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos...; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos; *que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que la hambre y la carestía*» (38).

Otra preocupación y empleo grandes de la Sala era la abundancia de pícaros y vagabundos, gente baldía y de mal vivir, que buscaban el suyo, fácil y por artes de Caco las más veces, en la confusión y tráfago de la Corte y en las ciudades populosas; por ello, desde su establecimiento primero en Madrid, luego, más tarde, cuando se trasladó a Valladolid, y finalmente a su retorno definitivo, menudean los autos y toda suerte de medidas, lustro tras lustro, para contener su crecimiento y lograr su expulsión; un libro entero podría dedicar a esta materia, donde con las pragmáticas reales concurriesen las reclamaciones y solicitudes de las Cortes, las voces de los teólogos y moralistas, los arbitrios y propuestas de los

---

(36) Consúltese la sabrosa nota que Rodríguez-Marín les dedica en su novísima edición de *El Ingenioso Hidalgo*. Madrid, 1928, tomo V, pág. 407; y a Joaquín de Entrambasaguas, en su *Lope de Vega*. Madrid, 1932.

(37) Suárez de Figueroa, *Plaza universal*. Madrid, 1615, fols. 223-227.

(38) *El Ingenioso Hidalgo*, parte II, cap. LI.



escritores de política, y hasta las moralidades y comentarios de los novelistas y dramaturgos, unánimes y contestes todos en declarar y reconocer los males, arterias, daños, hurtos, malicias y todo linaje de abusos e irregularidades que de semejantes heces sociales procedían (39). Pero, escarmentados a la postre los alcaldes de la ineficacia de sus mandatos, y vista la escandalosa impunidad de que disfrutaba en puridad de cuentas aquella canalla, acudieron a un remedio heroico, que hoy calificaríamos de cruel en demasía y realmente bárbaro, cual fué crear dos sellos de fuego con sendas señales: uno para los vagabundos y gente ociosa, y otro para los ladrones no reincidentes aún; y, tan pronto como se los cogía en hurto o delito, mandaba el pregón que se les echase, por la primera vez, «el dicho sello debaxo del brazo o en las espaldas, o la parte que más conveniente pareciere, para que sean conocidos, y se sepa que han sido castigados por vagamundos y ladrones», condenándoles a galeras por la segunda vez que se procediese contra ellos (40). Y a pesar de lo inaudito del castigo, tengo para mí, conociendo la rigidez y severidad de los alcaldes que por aquellos tiempos componían la Sala, que no dejaría de aplicarse con frecuencia, y hasta quiero recordar que en alguna de nuestras novelas picarescas se alude también al uso de estos sellos de fuego como medio de identificación de criminales, ya que, en mantillas entonces la ciencia penal, no podía pedirseles a los legisladores de antaño los procedimientos antropométricos de la nueva escuela de Bertillon, aun cuando para algún erudito jurista los tales sellos de fuego pudieran pasar como un primitivo y un tanto bárbaro precedente suyo. La finalidad perseguida era la misma; variaba tan sólo el sistema, y cada época ha tenido su peculiar y propio; y conocida además la severidad y dureza del derecho penal de aquellos siglos, no puede tampoco cogernos de sorpresa en los nuestros esta innovación.

Digna es también de algunos someros comentarios la cláusula del pregón dedicada a la reglamentación de los criados. Sin llegar a aquella «servidumbre corporal, o más bien formal esclavitud», a que se refirió el conde de Schack, con patente error al hablar de ellos (41), por no haber penetrado a fondo en la composición y leyes que presidían a la familia castellana, dentro de la cual se consideraban incluidas a las distintas clases de servidores manuales, que comían en el tinelo de una casa: pajes, escuderos,

(39) Véanse, por ejemplo, todas las obras y opúsculos de Pérez de Herrera, donde invariablemente se toca este tema de la gente vagabunda y superflua en la corte, y en especial el *Memorial* citado, fols. 3-7. Allí propone un registro o empadronamiento forzoso de todos los moradores de la Villa; que a cuantos se autorizase para vivir en ella se les librasen «pólizas de cortesanos», como verdaderos permisos de residencia. Como se verá, no andaba muy descaminado aquel chusco que en nuestros días, y por San Isidro, cobraba de los incautos lugareños que venían a sus fiestas una cédula o permiso para poder entrar en Madrid.

(40) El auto primitivo y original de esta disposición es de 11 de septiembre de 1609 y obra en términos casi idénticos en el correspondiente *Libro de la Sala de Alcaldes*. Sig. 1.200 e, fol. 445.

(41) A. F. Schack, *Historia de la literatura y del Arte dramático en España*. Madrid, 1887, tomo III, pág. 137.



lacayos, camareros, mozos de retrete, galopines, dueñas y doncellas, es innegable que su libertad profesional veíase entonces condicionada y restringida por numerosos y frecuentes mandatos del poder público. La intervención de éste era muy amplia, abarcando desde su admisión en las casas, previa la mediación de los *padres y madres de mozos y mozas*, que suplían a nuestras modernas agencias de colocación, hasta la moderación y tasa de su número, ya que por la ingénita vanidad española alcanzaba a veces éste proporciones excesivas, regulando de paso el sueldo, comida, libreas y forma de despedirse de un señor para poder entrar al servicio de otro (42). Tema obligado, asimismo, de las pragmáticas, capítulos de corte y autos de la Sala, no podía faltar tampoco en la ordenación general de las costumbres madrileñas, a que aspiraba este *Pregón*. Refundiéronse en él numerosas disposiciones legales anteriores con el mismo criterio moral y restrictivo, lo cual, bien mirado, tenía muy lógica y cabal explicación. La plaga de la picardía, la tendencia a la holganza, el desprecio de las profesiones y oficios mecánicos, tantas veces señalados como singular característica de aquella sociedad, no siempre se presenta entonces con modos patentes y descarados: a menudo toma astutamente formas y disfraces para defenderse del poder público, implacable en su corrección, como antes vimos; pues bien, uno de los más acomodados y seguros era proseguir la profesión bribiática, a pretexto de servir a un señor o caballero. De aquí las medidas de prevención y aseguramiento que estas Ordenanzas contienen en materia de criados, y de las que son justificado antecedente los repetidos Memoriales que en las Cortes se leían y las peticiones de sus capítulos, comenzando por aquel de las de 1586 a 1588, en que, quejándose del servicio de los lacayos, aseguraban que «era tan malo y de tantas molestias, que realmente se puede decir no sólo que se les da de balde el salario, más aún, que por él se compran muchas pesadumbres» (43).

Notable es, asimismo, la larga cláusula del *Pregón* dedicada a regla-

(42) De esta clase social traté con alguna extensión en mi edición crítica de *El casamiento engañoso y Coloquio de los perros*. Madrid, 1912, págs. 475-78.

(43) *Actas de las Cortes de Castilla*, tomo IX, pág. 444. En las de 1602-1604 un procurador se quejó del «grande exceso que hay en el número de escuderos, pajes y lacayos y otros criados que los naturales destos reynos tienen para su servicio, que causa vivir los amos pobres y necesitados para sustentarlos, y ocupar en esto muchos hombres que podían ser muy útiles para la labor del campo y para los oficios mecánicos.» (Tomo XX, pág. 38.) Reproducidas estas quejas en las Cortes siguientes de 1603 a 1604, tratóse de moderar su número, «atento a que las haciendas de la gente principal y noble destos reinos ha ido y va en grandísima quebra y disminución, y ser la que más ordinariamente se sirve y tiene criados, y muchos sin poderlo hacer ni sustentar, por no descaecer o hacer lo que sus vecinos, que lo pueden, tienen más criados de los que pueden sustentar»; proponiendo en consecuencia que se limitase el número de criados según la condición de las personas: simples particulares, casados, señores de título, grandes y obispos. (*Actas*, tomos XXI-375 y 376 y XXII-450-51.) Finalmente, entre unas proposiciones que presentó el doctor Pérez de Herrera a las Cortes de 1617 a 1620, y que evidencia su gran talento económico, figuraba también la de que hubiese «infalible número de criados» para excusar gastos superfluos y gente ociosa. (Ibidem, tomo XXXVII-28.) Y omito, para no hacer más extensa esta nota, otro gran número de testimonios de escritores particulares, que anotados tengo sobre la generalidad de este mal entonces.



mentar la excreta de las inmundicias caseras; falto entonces Madrid de alcantarillado, el único régimen posible era el contenido en ella, donde, repitiendo sustancialmente lo que sobre este particular disponía el Bando de 1612, amplíase con algunas otras particularidades y detalles. Por segunda vez leeremos el famoso aviso del *jagua va!*, que durante dos siglos fué el espanto y pesadilla de los noherniegos madrileños, recuerdo humorístico asimismo de las novelas del tiempo, que, por gracioso y socorrido, se sacó también a menudo a las tablas de nuestros corrales dramáticos, para solaz y risa del vulgacho.

Con igual minuciosidad y celo se reproducen en este *Pregón* otros muchos autos de la Sala de Alcaldes sobre diversos puntos tocantes al buen gobierno de la villa promulgados en años anteriores, como los relativos al régimen de los esclavos, a la prohibición de jugar a los naipes en los patios de Palacio, a los baratillos y juntas en la Puerta del Sol, al empleo de broqueles y cuchillos, a la parada de coches en la Puerta de Guadalajara, medidas casi todas que tenían ya su rancio abolengo en las *Ordenanzas de 1585*, donde ya las vimos consignadas, dando a entender con su monótona y porfiada repetición la escasa eficacia que alcanzaban en la ordenación de nuestras costumbres, y la pasiva resistencia de los madrileños a su admisión y acatamiento.

Cierra este *Pregón* con otras cláusulas de menos interés, una muy curiosa y novelesca: aquella que reglamentaba con gran lujo de detalles las famosas procesiones de disciplinantes, que tan en boga y populares fueron por entonces, constituyendo nota típica y abigarrada por extremo en la vida española de antaño. Espectáculo teatral y bizarro, lleno de color, mezcla híbrida y extraña de profunda fe religiosa, con alardes y dejos de vanidad pueril y prurito ostentatorio, donde los llamados *cofrades de luz* mostraban su brío y gentileza al tiempo de alumbrar con sus cirios y hachas la carrera, mientras que los *cofrades de sangre* rasgaban sus carnes sin piedad con el duro azote de la disciplina de abrojos o la de canelones, fueron aquellas procesiones uno de los momentos nacionales más curiosos y sorprendentes que pudieron presenciar los extranjeros que por aquellas calendas venían a España, y así lo dan a entender en sus relatos; verdad es también que, en su esencia callejera y carácter popular, tampoco pueden darse por extinguidas, conservándose y reviviendo con nuevas modalidades de increíble fausto, solemnidad aparatosa y concurrencia entusiasta y numerosísima, en los pasos y cofradías que recorren anualmente las poblaciones andaluzas en las festividades de la Semana Santa. Pero cómo en otro de mis libros traté ya de esta preciosa costumbre, evocando sus rasgos más desconocidos y fieles (44), quédese aquí tan sabroso

---

(44) En mi edición crítica de *El casamiento engañoso y Coloquio de los perros*, páginas 457-460.



tema y hagamos punto con él, que tiempo ha que lo está pidiendo también este profuso artículo.

Desde entonces (1613) y periódicamente, a primeros de cada año, veremos reproducirse este *Pregón* en los *Libros de la Sala de Alcaldes*, con el testimonio escribanil de haberse cumplido los requisitos y ceremonias que requería su promulgación oficial. Reuníanse, al efecto, en la Cárcel de Corte el escribano de la Sala con los cuatro alguaciles más antiguos y los pregoneros de la Villa, y juntos todos, en curialesca procesión, acudían primeramente a la Puerta de Guadalajara «donde está el comercio y trato de los mercaderes y oficiales», como decían las pragmáticas; y luego a la plazuela del Salvador, lugares de la Corte tradicionalmente diputados para la práctica de esta severa formalidad. Allí, los pregoneros públicos de ella, tras el triple y estentóreo grito de *joid, oid, oid!* en altas y no siempre inteligibles voces, daban solemne lectura al pregón. El concurso que lo escuchaba era casi siempre el mismo: pícaros, mozalbetes, mendigos o vagabundos, gente, en fin, ociosa y desocupada, pronta en todo momento a solazarse con la novedad pasajera, con el entremés gratuito, fuese el que fuese. Escasa era, a la verdad, la atención que ponían en la tal lectura, comenzada clara y solemnemente por el pregonero de turno, para acabar en un canturreo monótono y salmodial, sobre todo si, como en este caso, la materia era larga e inamena. Cumplida la ritual ceremonia en la Puerta de Guadalajara, retirabase el curialesco escuadrón, seguido de la turba muchachil y vagabunda, para repetirla en la plazuela del Salvador, como antes dije, con igual indiferencia de los oyentes, y sin que aquellos terribles castigos de azotes y galeras, con que apercibía a los posibles transgresores, hiciesen mella notable en ellos, y menos aún lograsen detener en su carrera al caballero mozo, lindo, galán y presumido, camino del Prado, donde le aguardaba alguna beldad vendible; al negociante genovés, absorto en sus revesadas y provechosas cuentas, o al grave religioso, a quien el tiempo apremiaba para llegar al encargado panegírico en la Victoria o en Santo Domingo. Tan sólo algún leguleyo trampista y tal cual cortesano viejo, gruñón y maldiciente, tomaban tema de él en los patios de Palacio o en aquella famosa librería que había frente a San Felipe, lugar estratégico por extremo, donde el inveterado ocio de sus muchos asiduos no necesitaba pedir licencia a la lengua para sus incesantes habilllas y murmuraciones sobre la corrupción e insolencia de los tiempos. Al pueblo llegaba vagamente su rumor, falseada o exagerada su verdadera realidad, y la vida madrileña, como si nada hubiese ocurrido, proseguía su curso, calma, impasible, monótona y rutinaria, envuelta en la luz infinita y adormecedora del rutilante sol castellano.

AGUSTÍN G. DE AMEZÚA.

De la Academia Española



## DAS PROVENIENZPRINZIP IN DEN PREUSSISCHEN STAATSARCHIVEN

*Im September 1932 statteten wir dem preussischen Staats-Archiv in Berlin-Dahlem einen Besuch ab. Die Direktion stellte uns alle Abteilungen zur Verfügung und gab uns jede gewünschte Auskunft, sodass wir uns ein umfassendes Bild der Einrichtung des Archives machen konnten. Herr Dr. Winter erklärte uns lebenswürdigerweise die gesamte Organisation. Unser heutiger Artikel gibt das Resultat dieses Besuches wieder, der uns noch in bester und angenehmster Erinnerung ist.*

*Wir wiederholen unseren Dank für die freundliche Aufnahme, welche uns die Herren des Dahlemer Archives zuteil werden liessen und möchten auf die Bedeutung der Arbeit des Herrn Dr. Winter, welche unserer Zeitschrift zur ganz besonderen Ehre gereicht, ausdrücklich hinweisen.*

EULOGIO VARELA.

Vor einigen Monaten hatte ich die Ehre und das Vergnügen, einem spanischen Berufsgenossen die Einrichtungen des Geheimen Staatsarchivs, des Zentralarchivs des Preussischen Staates, zu zeigen; dieser Besuch gab die Anregung zu den nachfolgenden Ausführungen. Im ganzen hat Preussen 16 Archive, durchschnittlich eins für jede Provinz, bestimmt zur Aufnahme der Archivalien der regionalen lebenden und vergangenen Verwaltungen; 2 Staatsarchive, die in Posen und Danzig, sind nach dem Weltkrieg verloren gegangen (1). Das Geh. Staatsarchiv in Berlin ist in erster Linie das Archiv für die ehemaligen und jetzigen Zentralbehörden (Ministerien usw.) des Preussischen Staates; aber es nimmt in seine Magazinräume auch die Akten der Provinz Brandenburg auf und die der Provinz Grenzmark Posen-Westpreussen, welche aus den Resten der an Polen abgetretenen Gebiete besteht. Ferner ist dem Geheimen Staatsarchiv auch das Preussische Heeresarchiv eingegliedert; dies enthält die Akten aller militärischen Kommando- und Verwaltungsbehörden im ganzen Staate, von den Anfängen im 17. Jahrhundert bis zum Jahre 1866; die militärischen

(1) Vgl. Dr. Victor Loewe: Das Deutsche Archivwesen, seine Geschichte und Organisation. Breslau 1921. (In Einzelheften heute schon wieder überholt.)



Akten aus der Zeit von 1866-1914 und aus dem Weltkrieg sind in das Reichsarchiv übergegangen. Schliesslich befinden sich im Geheimen Staatsarchiv noch als ein in sich geschlossener Archivkörper die Akten der zentralen Verwaltung des Königreichs Westfalen (1807-1814), eines von Napoleon I. in Norddeutschland geschaffenen und von seinem Bruder Jérôme regierten Vasallenstaates.

In den Preussischen Staatsarchiven gelangen die Akten, die aus den Registraturen (2) der zum Archivsprengel gehörigen Staatsbehörden eingeliefert werden, nebeneinander unter Wahrung der unzerreissbaren Einheit eines Fonds zur Aufstellung. Jedes Provinzialarchiv hat also, schon wenn wir bloss die Behördenorganisation im 19. Jahrhundert ins Auge fassen, mit hunderten von gesonderten Beständen (vielfach Reposituren genannt) zu rechnen, angefangen von dem Oberpräsidium, der Provinzialregierung, dem Oberlandesgericht, und herab zu den Landratsämtern, den Schulen, Förstereien usw. (3). Die Staatsarchive weisen also keinen grundsätzlichen Unterschied voneinander etwa hinsichts des Charakters ihrer Bestände auf, sondern sie sind allein territorial von einander abgegrenzt.

Der Grundsatz der Unvermischbarkeit der einzelnen Fonds — das Provenienzsystem — gilt beim Geheimen Staatsarchiv natürlich auch innerhalb der grossen Archivabteilungen Zentralarchiv, Provinzialarchiv der Provinz Brandenburg, Heeresarchiv usw. Aber der Begriff Provenienz hat im preussischen Archivwesen noch einen anderen, spezifischen Charakter. Nicht nur als in sich geschlossene Einheit kommt die Registratur einer Behörde im Archiv zur Aufstellung, sondern innerhalb einer solchen Repositur werden die Akten in *der* Ordnung und mit *den* Signaturen belassen, die sie im Geschäftsgange der betreffenden Behörde erhalten haben (4). Mit der Aufstellung dieses Ordnungsprinzips im Jahre 1881

(2) Zur Terminologie: wir unterscheiden folgende Trias: 1. Kanzlei — die den Schriftwechsel einer Behörde fertigende Expedition; 2. Registratur — die Sammlungs- und Ordnungsstelle für die im Geschäftsverkehr einer Behörde erwachsenen Akten; 3. Archiv — die zur Verwaltung der nicht mehr laufend gebrauchten Registraturen bestimmte Behörde (diese Definition ist natürlich nicht vollständig).

(3) Das heute etwas geänderte und bedeutend erweiterte Repositurenverzeichnis für das brandenburgische Provinzialarchiv v. J. 1883 s. in den «Mitteilungen der Preussischen Archivverwaltung» Heft 10 (1908), 20 f. In den dort genannten Rep. 5, 6, 7 werden jedesmal die einzelnen Untergerichte, Landratsämter, Domänenämter, alphabetisch nach ihren geographischen Namen (z. B. Arnswalde, Beelitz, Charlottenburg usw.) hintereinander Fonds für Fonds aufgestellt. — Es sei noch erwähnt, dass die Urkunden, die Siegel und Siegelstempel, die Karten meist in besonderen Abteilungen bei den Archiven aufbewahrt werden; eine sehr wichtige Abteilung stellt ferner die Sammlung der sog. (privaten) «Nachlässe» von Politikern und Staatsmännern, hohen Beamten, Offizieren u. dergl. dar.

(4) Vgl. Regulativ für die Ordnungsarbeiten im Geheimen Staatsarchiv vom 1. Juli 1881, § 4, in: Mitteilungen der Preuss. Archivverwaltung Heft 10 (1908), 16 ff. — S. auch P. Bailen: Das Provenienzprinzip und dessen Anwendung im Berliner Geheimen Staatsarchiv, in: Korrespondenzblatt des Gesamtvereins der deutschen Geschichts- und Altertumsvereine, Jahrgang 50 (1902), 193 ff.



schritt die Preussische Archivverwaltung weit über das hinaus, was die Franzosen mit dem respect des fonds gemeint hatten, als sie 40 Jahre früher in den Instructions pour la mise en ordre et le classement des archives départementales et communales ein «classement matériel *par fonds*» vorschrieben (5). Die krasseste Ausgestaltung fand jenes in Preussen proklamierte Ordnungssystem in Holland. Die holländische Archivvorschrift «Handleiding voor het Ordenen en Beschrijven van Archieven», entworfen von den Archivaren *Muller, Feith* und *Fruin*, gilt trotz ihrer Schwerverständlichkeit — sie legt die für Ausländer ja nur mit Mühe verständlichen holländischen Registratur- und Archivverhältnisse zugrunde — als das Standardwerk über ein heute geradezu unantastbar gewordenes archivalisches Gesetz. Die Bedeutung dieses Werkes prägt sich in der Tatsache aus, dass es in mehrere fremde Sprachen übersetzt ist (6). Das preussisch-holländische Provenienzsystem — oder sollten wir nicht deutlicher sagen: Registratursystem! — hat auch in Spanien seine Fürsprecher gefunden. In der Asamblea del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos im Jahre 1923 stand die Frage der Organización y clasificación de los Archivos históricos, nacionales y regionales zur Erörterung. Damals betonte Julián *Paz*, dass jedem Archive mindestens ein Rest der alten Organisation innewohne, der ein besseres Ordnungssystem darbiete, als es ein Archivar erdenken könne; wenigstens müsse man also die Fundamentalstruktur eines Fonds unverändert bewahren. Noch energischer aber vertrat den «Registratur»-Standpunkt Angel González *Palencia*: «Se conservará irremisiblemente la organización que los documentos tenían cuando respondían a organismos vivos». Die Aufgabe des Archivars sei also, «restaurar y conservar los antiguos archivos»; «se utilizarán los registros, inventarios, matrículas o índices antiguos» (7).

Wenn ich im folgenden das französische und das preussische Ordnungssystem in ihrem Kontrast kurz skizziere, so darf ich zwar nicht hoffen, meinen spanischen Kollegen etwas Neues zu sagen; aber vielleicht kann

(5) Zirkular vom 24. April 1841, in: *Lois, instructions et règlements relatifs aux archives départementales, communales et hospitalières*, Paris 1884, 16 ff.

(6) Die erste holländische Ausgabe erschien in Groningen 1898; ein unveränderter Neudruck erfolgte 1920. Eine deutsche Übersetzung «Anleitung zum Ordnen und Beschreiben von Archiven» ist von *H. Kaiser* (Leipzig 1905) bearbeitet; in Italien wurde das Werk von *G. Bonelli* und *G. Vittani* übersetzt: «Ordinamento e inventario degli archivi», Torino 1908; ins Französische wurde es 1910 durch *J. Cuvelier* und *H. Stein* übertragen. — Von ausländischen Aufsätzen über das Provenienzsystem sei hier nur noch die instruktive Abhandlung des dänischen Reichsarchivars *V. A. Secher*: Om Proveniensen- (Hjemmehørs-) Principet, in: *Meddelelser fra det danske Rigsarkiv I* (Köbenhavn 1906-1918), 191 ff. genannt. Vgl. ferner *H. Kaiser*: Aus der Entwicklung der Archivkunde, in: *Archivalische Zeitschrift XXXVII* (München 1928), 98 ff.

(7) *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tercera época, año XXVII, vol. 44 (1923), 462, ff. — *Palencia* forderte sehr richtig: «Sólo cuando esto sea imposible se debe intentar una clasificación nueva, procurando que responda a los fondos, no aplicando una clasificación previa y a priori».



ich zur begrifflichen Klarheit über das Provenienzprinzip beisteuern und damit der Diskussion über die Ordnungsprinzipien in Spanien dienen.

Das «typische» französische System ist nicht in der Organisation der Archives nationales in Paris, sondern in der der Départementalarchive zur Anwendung gekommen; durch das Zirkular vom 24. April 1841 (8) wurde diesen sämtlich ein einheitliches Classement vorgeschrieben. Ein Départementalarchiv ist in zwei Hauptgruppen gegliedert; die erste, die neun Serien A - J aufweist, ist für die Archivalien vor dem Jahre 1790 bestimmt, die zweite mit 15 Serien K - Z dient der Aufnahme der Akten nach 1790 (dabei ist die Serie L den Akten aus der Zeit von 1790 bis zur Errichtung der Präfekturen im Jahre VIII vorbehalten). In den Serien der ersten Hauptgruppe ist die Regel, dass die einzelnen Fonds nicht miteinander vermischt werden dürfen, *im allgemeinen* beachtet. Die «einzige» (!) Ausnahme sollte in der 1. Unterabteilung der Serie A (collection d'édits) stattfinden, indem dort édits, ordonnances, lettres patentes etc. aus den verschiedensten Fonds zu einer Spezialsammlung ineinander flössen. Es ist nicht die einzige Ausnahme geblieben. Clovis *Brunel* weist in seinem aufschlussreichen Aufsatz «Le cadre de classement des archives départementales» (9) u. a. nach, dass durch jenes vom historischen Objekt, nicht vom administrativen Objekt abstrahierte Klassifikationssystem eine grosse Zahl von Fonds einfach zerrissen wurde. Denn weder das Jahr 1790 noch das Jahr VIII bedeuten für die Registraturen vieler Kommunalverwaltungen, Pfarreien, Korporationen und Familien einen organisatorischen Einschnitt; im Départementalarchiv jedoch sind sie nach jenen Stichjahren aufgeteilt worden.

Bei der modernen Hauptabteilung, den «archives départementales proprement dites», ist das einfache Provenienzprinzip, der respect des fonds, von Anfang an nicht gewahrt. Die Vorschrift von 1841 erklärte nämlich: «Ces archives ne forment, à la rigueur, qu'un seul fonds, en ce sens qu'elles appartiennent intégralement au département qu'elles concernent» (10). Damit aber ist das Prinzip der administrativen Provenienz durch das der regionalen Pertinenz verdrängt worden. Die Wirkung jener Vorschrift ist seitdem *die* gewesen, dass man die Akten der in einem Département vorhandenen Behörden — und zwar nicht bloss der eigentlichen Départementalbehörden, sondern auch der allgemeinen staatlichen Verwaltungen (11) — in die zahlreichen, nach Sachbetreffen geschaffenen

(8) Vgl. Anm. 5.

(9) In: *Le Bibliographe moderne*, XV (1911), 20 ff. — Vgl. auch *H. Kaiser*: Das Provenienzprinzip im französischen Archivwesen, in: *Archivstudien* (Festschrift für W. Lippert, Dresden 1931), 125 ff.

(10) *Lois, instructions et règlements...* (Paris 1884), 21.

(11) *Lois, décrets, arrêtés, règlements et instructions concernant le service des archives départementales*, 2.<sup>e</sup> édition (Melun 1931), 35, 43, 136 f., 175 ff.



Unterabteilungen der Serien K - Z verteilt hat, d. h. die Fonds wurden zersplittert. Wo grössere Teile eines Fonds zusammen blieben, wurden sie nach Materien geordnet, deren Stichworte von den Archivaren gewählt waren (12). Und noch weiter gehend auf diesem Wege hat man teilweise sogar Akten verschiedener Provenienz innerhalb der Unterabteilungen miteinander vermischt, z. B. Akten der Souspréfectures mit solchen Dossiers der archives départementales, die denselben Betreff aufwiesen (13).

Das französische Classement beruht auf dem Grundsatz, die Archivalien nach ihrem Gegenstand und nicht nach ihrer Herkunft zu betrachten. Brunel bestätigt dies: «On s'est écarté du classement formelmécanique, qui consiste à laisser groupés les papiers d'une même administration et on est tombé dans l'arbitraire, dans l'appréciation personnelle de chaque archiviste, car le ministère... laisse la liberté du choix. Celle-ci se réduit d'ailleurs à la liberté d'indifférence...» Bei dieser Auflösung der Fonds — und zu einer solchen veranlasst de facto das vorgeschriebene Classement — werden Nachforschungen immer mehr erschwert, die gewiss leichter wären, wenn die Dossiers in der Ordnung verblieben, die ihnen in der betreffenden Registratur verliehen war (14).

Man muss jedoch feststellen, dass diese Verletzung des Provenienzprinzips keineswegs auf das Schuldkonto der jüngeren Archivargenerationen geschoben werden kann, die im Gegenteil beständig derartige Fehlerquellen des Classement zu beseitigen suchen. Wenn man in dem Zirkular von 1841 — mit Recht — den Ausgangspunkt des modernen Archivwesens, eben die Begründung des Provenienzsystems, gefunden hat, so ist andererseits nicht zu übersehen, dass dieser Grundsatz damals doch noch garnicht in seinen logischen Konsequenzen scharf erfasst wurde, sondern mit den alten Vorstellungen von rein schematisch bzw. histo-

(12) Allerdings in Anlehnung an die Geschäftskreise der Verwaltung: «Les papiers modernes ne forment, à vrai dire, qu'un fonds dont les divisions correspondent tout naturellement aux principaux organes de l'administration départementale» (Rapport au Ministre sur l'administration des Archives Nationales, départementales, communales et hospitalières... (Paris 1902), p. LIX).

(13) Vgl. das Zirkular vom 13. September 1852: Lois, instructions et règlements... (Paris 1884), 54 f. Im Rapport au Ministre von 1902 (cf. Anm. 12), p. XXX wird berichtet: «Plus ou moins fréquemment, autrefois surtout, la répartition des versements ministériels entre les subdivisions de cette série [F] s'est accomplie d'après des considérations tirées de l'objet traité et sans un souci suffisant du principe qui devrait être la règle constante, celui du respect des fonds. Il est très régulier de classer les papiers modernes d'une préfecture, non par fonds et par matières, mais seulement par matières; c'est ce que prescrit la circulaire du 24 avril 1841... Réunir dans une collection factice des pièces empruntées à des administrations diverses, comme on l'a fait trop souvent chez nous, c'est dénaturer le fonds, qu'on appauvrit, et c'est dérouter les recherches.» Die Verhältnisse lassen sich aber bei der Starrheit des Classements jetzt nicht mehr ändern; auch das Règlement général des archives départementales vom 1. Juli 1921 (Lois, décrets, arrêtés, règlements et instructions..., (Melun 1931, p. 45) kann im § 59 nur empfehlen: «Dans les cadres de la circulaire de 1841, l'archiviste s'efforcera de sauvegarder autant que possible le principe général du respect des fonds».

(14) Brunel, 1. c., 24 ff.



risch-wissenschaftlich gegliederten Archiven noch unentwirrbar verstrickt blieb. Denn die Wiederherstellung und Berücksichtigung der Fonds als individuelle Einheiten sollte nach der Vorschrift von 1841 gleichsam nur ein Durchgangsstadium auf dem Wege zu dem definitiven systematischen Classement sein. Wenn innerhalb eines Fonds Zusammengehöriges nach Matèrien vereint und dann entweder chronologisch oder topographisch oder alphabetisch aneinandergereiht wäre, so sollte weiterhin die Zusammenrückung aller verwandten Materien — es heisst nicht: verwandter Fonds — zur endgültigen Klassifikation überleiten (15). Was von dem Provenienzsystem bei jenem abschliessenden «classement matériel par fonds» übrigbleiben konnte, war nichts anderes als ein respect des fonds in *dem* Sinne, dass innerhalb einer *Sachgruppe* des grossen cadre Akten verschiedener Provenienz, wenn sie auch und gerade wenn sie sachlich identisch wären, nicht vermischt werden dürften (16).

Die Vorteile und die Nachteile, die ein jedes Klassifikationssystem durch Zersplitterung und Vermischung der Fonds mit sich bringt, sind zu bekannt, auch meines Wissens den spanischen Kollegen aus eigener Kenntnis vertraut, als dass eine längere Erörterung nötig wäre. Zwei Hauptbedenken greife ich nur heraus. In einem Sachschematismus kann unmöglich der Mannigfaltigkeit und Irrationalität zukünftiger Entwicklungen Rechnung getragen werden. Bei der heutzutage ins Riesenhafte anschwellenden Fülle der in die Archive strömenden Archivalien muss auch die Gruppierung der Akten, deren Betreffe übrigens oft nicht bloss zu einer, sondern zu mehreren Unterabteilungen passen, sich immer reicher, d. h. unübersichtlicher differenzieren; nicht bloss die Einordnung, sondern auch das Wiederauffinden einzelner Akten wird problematisch.

Wenden wir uns nun wieder dem preussisch-holländischen Verfahren zu. Nach der preussischen Vorschrift sollen — wie schon angeführt — nicht allein die einzelnen Fonds unversehrt bleiben, sondern in den Archiven

(15) Vgl. Lois, instructions et règlements... (Paris 1884), 17 ff. Das Zirkular schreibt nicht vor, dass die Akten, wenn sie Stück für Stück auf Zetteln verzeichnet seien, nach Fonds gelegt werden müssten; auch sollten die Zettel (bulletins) nicht fondsweise in ein Aktenverzeichnis (Inventory, Repertorium) übertragen werden, sondern es folgen auf die Verzettlung die «Dispositions préparatoires à un classement systématique... On les (bulletins) fera servir encore à effectuer une partie importante des travaux qui doivent préparer le *classement systématique et définitif*. En effet, pour embrasser l'ensemble des *matières* (!),... pour tenter les différents essais de classification, il suffira de séparer ou de grouper les bulletins, et... seulement... on aura besoin de rechercher les articles pour les réunir, les examiner pièce à pièce et les classer en détail. Avant de procéder au classement matériel par fonds...»: im Zusammenhang mit den vorhergehenden Sätzen kann das classement matériel nichts anderes bedeuten, als es oben interpretiert wird.

(16) Wenn in der historischen Section der Départementalarchive (vor 1790) trotzdem die Fonds im allgemeinen konserviert blieben, so deshalb, weil als Stichworte für die Unterabteilungen der Serien A-J die Namen von Institutionen, nicht wie in der modernen Section die Namen von Verwaltungsbranchen ausgeworfen wurden. Im cadre der historischen Section kommt das Provenienzprinzip klarer zum Durchbruch als in den vorerwähnten Vorschriften der Instructions vom 24. April 1841. S. auch *Brunel*, i. c. 24.



auch genau in *der* Weise zur Aufstellung kommen, wie sie bei den verschiedenen Behörden organisch erwachsen sind. Soweit z. B. die Akten des Auswärtigen Amtes schon in das Geheime Staatsarchiv gelangt sind, lagern sie in denselben Sektionen, Unterabteilungen und Reihen, mit den gleichen Signaturen, wie sie in der Registratur des Auswärtigen Amtes angeordnet waren. Die dort noch verbliebenen und die schon im Geheimen Staatsarchiv befindlichen Akten ergänzen sich in ihrer Ordnung also wie zwei Chirographa, cartae dentatae, oder wie zwei Werkstücke eines Metallarbeiters, von denen das eine aus dem anderen herausgestanzt worden ist. Die Aktenverzeichnisse beider Stellen stimmen miteinander überein; in dem des Auswärtigen Amtes sind die an das Geheime Staatsarchiv schon abgegebenen Stücke, in dem des Geheimen Staatsarchivs die noch beim Auswärtigen Amt zurückbehaltenen Akten kenntlich gemacht. Will ein Referent des Auswärtigen Amtes auf ein älteres Aktenstück zurückgreifen, das bereits sich im Geheimen Staatsarchiv befindet, so fordert er es dort mit den gleichen Signaturen an, als wenn er es aus der eigenen Registratur holen liesse (17). Briefftagebücher, Indices usw., die bei einer lebenden Behörde geführt werden, behalten auch im Archiv ihren Wert, da ihre Hinweise infolge Beibehaltung der Registraturordnung stets gültig bleiben. So ist ein modernes Archiv eine *Behörde*, die im steten Konnex mit anderen staatlichen und kommunalen Behörden arbeitet. Daneben allerdings dürfen und brauchen die den Archiven obliegenden *wissenschaftlichen* Aufgaben, insonderheit auf dem Gebiete der nationalen und der territorialen Geschichtsforschung, nicht vernachlässigt werden.

In dem Aufbau der Registratur etwa eines heutigen Ministeriums ist das organische Einssein mit dem lebendigen Wesen der Behörde gegeben; ihre Dynamik kann von einer durch Archivare ersonnenen Ordnung nicht erreicht werden. Die Akten einer Registratur sind nicht nach von aussen herangetragenen historisch-wissenschaftlichen Gesichtspunkten gruppiert, sondern so, wie es ihrem innern entstehungsgeschichtlichen Zusammenhang hinsichts der Materien und der behördlichen Organisation am besten entspricht, wie es für die Verwaltung am zweckmässigsten ist. Eine Zersplitterung solcher Registratur tötet Leben. Die Erhaltung der Registraturverhältnisse aber ist nicht bloss in behördengeschichtlicher Hinsicht von Wert; bei intensiven Nachforschungen gerade in neueren

---

(17) Ich erwähne demgegenüber nur eine Bestimmung aus der französischen Instruction pour le classement et l'inventaire des Archives communales vom Jahre 1926 (Loi, règlement et instruction concernant les archives communales, Melun 1927, p. 26), die damit begründet wird, dass zwischen der Ordnung des Archivs und den Abgaben der Bureaux der Mairie keine Gleichheit bestände: «Il peut être opportun... de parer aux inconvénients d'une trop prompte répartition des versements entre les séries... susceptibles d'être fréquemment demandés. A cet effet, latitude est laissée de conserver durant cinq ans les apports des bureaux en l'état même dans lequel ils ont été versés, c'est-à-dire groupés conformément aux bordereaux.»



Akten wird dadurch oft die Auffindung sonst vielleicht verborgen bleibender Zusammenhänge zwischen scheinbar isolierten Vorgängen der Verwaltung ermöglicht.

Bei Recherchen hat der Archivar eines französischen Départementalarchives eine mehr mechanische Überlegung anzustellen, an welcher Stelle seines vielhundertgliedrigen Classement wohl der gesuchte Betreff eingeordnet sein mag; in Archiven mit «Registratur» prinzip ist die Überlegung eine verwaltungs- und behördengeschichtliche: welche Behörde bzw. welche Abteilung einer Behörde war zu dem gegebenen Zeitpunkt für die Bearbeitung der betreffenden Materie zuständig, bei welchen anderen Behörden wird die gleiche Materie ebenfalls verhandelt sein, und kommen vielleicht Vorgänge verwandten Charakters für die Erhellung des Fragenkomplexes in Betracht? —

Man sieht aus den Archivrapports der Franzosen, dass das Classement und die damit eng verknüpfte Inventarisierung ihrer Archive immer neue Schwierigkeiten und Problemstellungen heraufbeschwören. Aber auch bei Befolgung des Registraturprinzips, dem wir doch im allgemeinen den Vorzug zuerkennen (18), stossen uns viele quälende Fragen auf. Ein interessanter, in seinen Folgerungen allerdings abzulehnender Aufsatz des schwedischen Landesarchivars in Lund, C. G. *Weibull*: *Arkivordningsprinciper* (19) (-Archivordnungsprinzipien), forderte kürzlich zur Selbstbesinnung und Überprüfung des in Preussen üblichen Verfahrens auf. Weibull hält Archivordnungsarbeiten nach dem preussisch-holländischen Provenienzsystem für eine museale, archivalisch-restaurierende Tätigkeit minderen Ranges gegenüber dem französischen System, welchem — wie er meint — wirklich wissenschaftlich-praktische Gesichtspunkte zugrunde lägen. Ihm hatte es vor allem das französische «Dossiersystem» angetan, d. h. die Form der Aktenführung, in der zusammengehörige Materien eines Fonds auch unmittelbar in einem Dossier vereint seien; dagegen hält er die Konservierung von «Serienakten» nach dem preussisch-holländischen Prinzip für unangebracht. In manchen Ländern nämlich (Holland, Dänemark, Schweden usw.) werden vielfach die Akten bei den Behörden serienweise angelegt: die Akteneingänge oder die Konzepte werden lose, Blatt für Blatt, oder buchmässig in chronologischen Reihen gesammelt, nicht nach Materien, sondern nach Absendern oder allgemeinen Artbegriffen unterschieden. In solchen Fällen ist vielleicht tatsächlich nicht die

---

(18) Es ist übrigens durchaus noch nicht allgemein und bei allen Preussischen Staatsarchiven durchgeführt; ältere fehlerhafte Zustände mussten bestehen bleiben, weil die Vorteile einer Rekonstruktion in keinem Verhältnis zu dem nötigen Zeit- und Arbeitsaufwand ständen.

(19) In: *Scandia*, Tidskrift för historisk forskning, Bd. III (1930), 52 ff. Ich habe den Aufsatz eingehender kritisch beleuchtet und dabei über das preussische Provenienzprinzip gesprochen in der Abhandlung «Archivordnungsprinzipien» in: *Korrespondenzblatt des Gesamtvereins der deutschen Geschichts- und Altertumsvereine*, Jahrgang 78 (1930), 137 ff.



Erhaltung des ursprünglichen Registraturzustandes, sondern eine bessernde Ordnung des Archivars (Inventar der Materien) am Platze. Aber das beweist doch nur, dass man zu Wertungen und Entscheidungen über archivalische Prinzipien nur mit Berücksichtigung der bei den Nationen unterschiedlichen Verhältnisse der Aktenführung und Registraturorganisation kommen kann.

Denn wenn Weibull bei seinem Angriff auf das «Registratur» prinzip von den Vorzügen eines nach Materien aufgebauten Dossiersystems ausging, so wusste er nicht, dass im preussischen Aktenwesen der Begriff der dossiers in einer glücklichen Ausführung verwirklicht ist und dass gerade diese Tatsache erst eine einzigartige Voraussetzung für die Durchführung des preussischen Systems darbot. Seit dem 18. Jahrhundert nämlich besteht für die preussischen Behörden die Vorschrift, dass die Eingänge und Konzepte mit einem und demselben Betreff in Aktenheften (Aktenstücken, Bänden, Volumina) buchähnlich zusammengeheftet werden sollten, während in andern Ländern Akten oft nur lose, blattweise übereinander und ineinander gelegt, aufbewahrt werden. Eine Reihe von unsern Aktenheften mit engverwandtem Inhalt bilden eine Gruppe, mehrere Gruppen des gleichen administrativen Charakters eine Abteilung, mehrere Abteilungen, die zum Geschäftskreis einer Sektion einer Behörde gehören, schliessen sich zur Registratur jener Sektion zusammen usw. Man sieht, wir haben es da mit fein differenzierten, sachlich *und* administrativ begründeten Classements zu tun, die vor dem französischen cadre den Vorzug haben, im Archiv organisch-lebendige, nirgends künstliche Bildungen zum Niederschlag zu bringen. Der von Weibull gepriesene und ersehnte Ordnungszustand eines nach dem Dossiersystem aufgebauten Fonds dürfte also sich kaum von der schon vorhandenen Realität einer unserer gut durchorganisierten Behördenregistraturen unterscheiden.

Allerdings — und damit wollen wir einige hauptsächliche Einschränkungen und Besonderheiten unseres Provenienzprinzips ins Auge fassen — allerdings ist das Vorhandensein einer brauchbaren und vernünftigen Registraturordnung oder die Möglichkeit ihrer Wiederherstellung die Voraussetzung für die Konservierung eines Fonds in seiner behördlichen Struktur. Es gibt, zumal in älterer Zeit, Registraturen, deren Aktenführung und Gruppierung durchaus systemlos, töricht und unbrauchbar sind. Dann darf, wie sich jeder Einsichtige sagen wird, der Archivar nicht das Prinzip sozusagen zu Tode reiten, sondern er wird eine völlige Neuordnung versuchen müssen. Das Gleiche kann manchmal zweckmässig werden, wenn von einer Registratur nur trümmerhafte Reste in das Archiv gelangt sind. Besondere Schwierigkeiten bereitet das «Registratur» prinzip dann, wenn die Geschichte der betreffenden Behörde eine wechselvolle war, wenn sich in ihr die Ressorts oft verschoben, wenn häufige Absplitterungen und Zuwächse in ihrem Aufgabenkreise erfolg-



ten. Dann tragen auch ihre Registraturen ein zernarbtes und splittriges Aussehen; die älteren, schon abgeschlossenen Registraturen, weisen oft nur noch Restbestände auf, und die Vielzahl der Registraturstadien — denn die Organisation der Behörde wechselte vielleicht mehrmals in wenigen Lustren — führt zur Unübersichtlichkeit. Unter solchen Umständen ist es die Aufgabe des Archivars, mit schonendster Hand und rücksichtsvollster Beachtung der administrativen Zusammenhänge das Ganze durch sinnvolle Verschmelzung und Aufteilung zu vereinfachen und übersichtlich zu gestalten (20).

Mit einigen Worten möchte ich auch die Frage der sogen. «Vorakten» streifen; dies sind solche Aktenbestände, die eine Behörde aus einer fremden Registratur übernommen hat, sei es, weil gewisse administrative Zuständigkeiten der einen Behörde auf eine andere übergegangen sind, sei es, weil eine neue die Abwicklungsgeschäfte und damit die Akten einer alten, eingegangenen Behörde übernommen hat. Der Archivar wird hier im allgemeinen den Grundsatz befolgen können, dass die alten Akten, wenn sie mit der Registratur der neuen Behörde organisch verschmolzen oder gar blattweise fortgeführt sind, natürlich in dem letzten Fonds verbleiben; wurden sie aber nur in loser Anlehnung an die neue Registratur, als ein unangefasteter, bloss Informationszwecken dienender Komplex aufbewahrt, so müssen die alten Akten im Archiv als ein eigener Fonds aufgestellt oder mit etwa hier schon vorhandenen anderen Teilen der gleichen ursprünglichen Provenienz wieder vereinigt werden. Unsere archivalische Methode muss beweglich sein und darf nicht durch eine starre, formale Anwendung des Provenienzgesetzes zu Verzerrungen des historisch-administrativen Bildes führen (21).

Zum Schluss sei noch auf ein weiteres, in der Praxis öfter auftauchendes Problem eingegangen: die Zerschneidung von Fonds nach regionalen Gesichtspunkten zwecks Zuweisung der einzelnen Bruchstücke an verschiedene Archive gemäss den betreffenden Archivsprengeln. Die territoriale Zusammensetzung Preussens vor 1806 und nach 1815 weist nämlich ausserordentliche Unterschiedlichkeiten auf. Und so sind beispielsweise die Akten einer 1806 aufgelösten Landesverwaltung im 19. Jahrhundert

---

(20) Dass die Magazinlagerung und das Zitieren der Akten von der Konservierung der Registraturordnung in den Archivverzeichnissen (Inventaren) unabhängig bleiben kann, braucht wohl nicht erst betont zu werden. Die Akten können innerhalb eines Fonds nötigenfalls ohne innere Ordnung, allein in der Reihenfolge ihres vielleicht turbulenten Einlaufs beim Archiv niedergelegt werden; man könnte ein jedes Aktenstück dann mit 2 Zahlen zitieren: LXV, 3723 — Fonds LXV laufende Nummer 3723.

(21) Vgl. die Ausführungen von E. Müsebeck (in dem Aufsatz: Der Einfluss des Weltkrieges auf die archivalische Methode) in der Archivalischen Zeitschrift XXXVIII (München 1929), 147 ff.; die entsprechenden holländischen Vorschriften erscheinen strenger und formalistischer. Eine Reihe von Besonderheiten erörtert auch Joh. Schultze in einer Abhandlung «Gedanken zum Provenienzgrundsatz», in: Archivstudien (Festschrift für W. Lippert, Dresden 1931), 225 ff.



auf mehrere, für die modernen Verwaltungsbezirke der Jetztzeit zuständige Staatsarchive aufgeteilt worden, weil die Grenzen der alten Landesverwaltung mehrere heutige Provinzen durchschnitteten. Es ist eine bisher nicht einhellig beantwortete Frage, ob eine solche Aufteilung alter Fonds auf die heutigen Archivbezirke aus praktischen Gründen gerechtfertigt werden kann oder ob es nicht richtiger wäre, einem Provinzialarchiv die Akten von Behörden, deren Sitze jemals innerhalb dieser Provinz sich befanden, *ungeteilt* zuzuweisen, d. h. ohne Rücksicht auf lokale Betreffe, die ausserhalb des Archivsprengels lägen (22). Zu dieser ganzen Problemstellung gehört auch die Überlegung, wie man sich in den Archiven verhalten will, wenn etwa einmal die jetzt gültigen Administrationsbezirke starken Veränderungen unterworfen würden. Auf völkerrechtlichem Gebiet bekennt man sich heute wohl überall, wo nicht Gewalt die Vernunft verdrängt, zu dem Grundsatz, dass bei Gebietsabtretungen nur die in dem fraglichen Gebiet entstandenen (lokalen) Registraturen an den staatlichen Rechtsnachfolger abzuliefern sind, dass aber die einschlägigen Akten in den Registraturen der zentralen, ausserhalb jenes Landesteiles belegenen Verwaltungen diesen ungeteilt verbleiben. —

Das Archivwesen einer jeden Nation trägt einen individuellen, autochthonen Charakter. Und doch: wie die Völker und Rassen über manchem Trennenden auch wieder in allem Sein und Handeln Gemeinsamkeiten aufweisen und sich in gegenseitiger Berührung beeinflussen, so ist auch die Archivwissenschaft ein Gebiet, auf dem sich die Gelehrten der Nationen ohne Voreingenommenheit und in wechselseitiger Förderung begegnen können. An solcher Zielsetzung dürfen vielleicht meine Darlegungen über das seit 1841 international anerkannte Provenienzprinzip in seiner praktischen Ausgestaltung bei den Preussischen Staatsarchiven ganz bescheiden beitragen.

DR. GEORG WINTER.

Staatsarchivrat am Preuss. Geheimen Staatsarchiv  
in Berlin.

---

(22) Vgl. den in Anm. 21 zitierten Aufsatz von *Joh. Schultze* sowie den von *Dr. Rosenfeld*: «Zum archivalischen Provenienzprinzip», im: *Korrespondenzblatt der deutschen Geschichts- und Altertumsvereine*, Jahrgang 53 (1905), 22 ff.



# DESCRIPCIÓN E HISTORIA DEL CASTILLO DE TORIJA

(DE LA OBRA EN PREPARACIÓN *CASTILLOS DE GUADALAJARA*)

Situación e importancia de Torija.—Los templarios, Íñigo López de Orozco y D. Alonso Coronel, señores de Torija.—Las diferentes Marías Fernández Coronel y sus púdicas mutilaciones sexuales.—Los Mendoza, señores de Torija. El famoso cerco de Torija en el siglo xv.—Los vizcondes de Torija y el «Paso honroso».—*El Empecinado* en Guadalajara.—Voladura del histórico castillo.

Al final de estrecho y largo valle, por cuyo fondo asciende suavemente la carretera de Madrid a Zaragoza, sombreada por filas de altos olmos, aparece tras un recodo, asentada en el borde de la meseta alcarreña, la antiquísima villa de Torija, defendida al Norte por el foso natural de un barranco, mientras a saliente y Mediodía se extiende la Paramera, de amplias perspectivas, cerrada a septentrión por la cordillera guadarrameña y sierra del Alto Rey.

A pesar de su pobreza, el caserío, construido con blanca piedra caliza, es de aspecto grato por su vetustez y sobriedad; en el recuesto que mira al valle umbroso, donde los ruiseñores cantan ocultos entre las ramas, dos o tres torreones incompletos se sostienen como por milagro pregonando la solera del viejo pueblecito; a la izquierda alza gallarda al cielo su blanca y clásica silueta la cuadrada torre de la iglesia parroquial, mientras a la derecha atraen al viajero las poéticas ruinas de un castillo, de muros agujereados, de desmochados cubos, y cuya torre del homenaje, hundida de alto a bajo, sin que reste de su robusta fábrica más de una mitad, ostenta todavía la afligranada cornisa donde otrora alzarán al cielo las almenas su puntilla de piedra (fig. 1).

Tuvo Torija en los siglos medios no escasa importancia estratégica, pues el estrecho y prolongado valle a cuyo extremo está emplazada constituye el acceso natural a la meseta de la primera Alcarria, por donde discurría y sigue discurriendo el camino alto de Compluto a Cesaraugusta; de tal suerte que si el del valle del Henares se había interceptado, sólo podía pasarse a Aragón por Torija, a menos de dar un gran rodeo por el valle





Fig. 1. — El Castillo de Forja visto desde el valle



del Tajuña. Desde este punto de vista su situación es admirable, pues desde el borde de la meseta donde tiene su asiento podía vigilarse y defenderse la angostura del valle profundo y de laderas abruptas prácticamente inaccesibles. Por tal motivo su posesión fué tenazmente ambicionada y defendida no sólo en los siglos inquietos y guerreros anteriores a los Reyes Católicos, sino a principios del XIX, durante la invasión francesa, aunque ya entonces carecían de valor (gracias al desarrollo de las armas de fuego y a la táctica maniobrera de los ejércitos) las fortalezas casi inexpugnables en la Edad Media.

\* \* \*

Faltan noticias de Torija en los tiempos que siguieron a la reconquista de la región, y sólo se sabe que la guarda de tan estratégico paso fué encomendada a los caballeros del Temple, que en Torija tuvieron un convento y seguramente un castillo, situado al lado acá del foso o barranco que por Oriente defiende la actual fortaleza; en una era de pan trillar pude apreciar durante una de mis visitas restos de muralla antigua sin conexión alguna con el recinto amurallado del pueblo ni con la fortaleza, cuyas ruinas aún se yerguen altaneras sobre la altiplanicie alcarreña; en una de las esquinas de esa era vi los pétreos peldaños de cierta escalerilla de caracol, quizá pertenecientes al castillo que fué de los templarios.

Disuelta la orden e incorporados sus bienes a la corona, ignoro a quién confiaron los reyes la tenencia del viejo castillo, faltando noticias concretas a este respecto hasta Alfonso XI, quien, para premiar importantes servicios, dió villa y fortaleza al famoso D. Alonso Fernández Coronel, quien se portó valientemente en la batalla del Salado, con cuya victoria quedó Castilla libre para siempre de invasiones africanas.

Era Fernández Coronel pariente muy estimado de doña Leonor de Guzmán, concubina del monarca y madre, entre otros bastardos, de Enrique el de Trastámara, por cuyo motivo fueron premiados los méritos de aquél con largueza; mas ocurrida la muerte de Alfonso XI abandonó el partido de la favorita siguiendo el del rey Don Pedro, quien le hizo señor de Aguilar de la Frontera (Córdoba). No obstante, andando los años se enemistó con el monarca, sumándose al bando de Enrique el bastardo cuando éste se dispuso a disputar el trono a su hermano, y, ansioso de venganza por la defección del magnate el rey legítimo le sitió durante varios meses en Aguilar, hasta que derrocadas las murallas y entrada la villa por fuerza de armas, no obstante la heroica resistencia del bravo Alonso Fernández Coronel, éste hubo de rendirse a sabiendas de que no



por ello salvaba la vida. Todos conocen el estoicismo del valiente caballero, que al caminar donde se encontraba el monarca, que era tanto como caminar hacia la muerte, tropezó con el valido y tornadizo Alonso de Alburquerque, quien le dijo: «¿Qué porfía tomades tan sin pro seyendo tan bien andante en este regno?» A lo que con gesto altivo y digno contestó el vencido: «Don Juan Alonso: esta es Castiella, que face los omes e los gasta.» Conducido a presencia de Don Pedro fué inmediatamente degollado, confiscándosele sus bienes, y entre ellos la villa y castillo de Torija, suceso que aconteció en febrero de 1353 (1).

Aunque algún autor dice que Torija fué dada a la infantita doña Beatriz, poco antes nacida de doña María de Padilla, concubina de Don Pedro el Cruel (2), lo cierto es que villa y castillo fueron entregados al poderoso señor alcarreño Íñigo López de Orozco, por entonces fervoroso partidario de aquél, pero que le volvió la espalda cuando Don Pedro, abandonado de casi todos los nobles y teniendo en su poder el de Trastámara las mejores ciudades del reino, hubo de huir para implorar la ayuda del «príncipe negro», heredero de la corona inglesa.

Volvió a poco el fiero monarca acompañado del inglés y numerosas tropas escogidas; se dió en 1367 la segunda batalla de Nájera, donde fué destrozado el ejército de Don Enrique y preso aquel Beltrán Duguesclín, que tan triste celebridad había de alcanzar por su infamia de Montiel cuando, en 1369, fué asesinado Don Pedro, y ese mismo día de la batalla de Nájera éste dió muerte por su mano al traidor Íñigo López de Orozco, apresado por un caballero extranjero en lo más recio de la pelea; así vengó el rey «justiciero» la ingratitud del magnate a quien, entre otras muchas mercedes, había donado Torija y su castillo, notablemente reparado por D. Alonso el de Aguilar.

La ayuda que el sobrino de Orozco, D. Pero González de Mendoza (3), prestó en aquella guerra al pretendiente derrotado, y el deseo de mantenerlo a su devoción, indujo a éste, cuando, sin serlo todavía, se tituló «rey», a donarle la villa y fortaleza de Torija, secuestradas por Don Pedro a López de Orozco. Ya doña Aldonza Fernández Coronel, hija del ajusticiado D. Alonso, y voluntaria concubina que había sido del rey Don Pedro durante una temporada después de ajusticiado su padre, reclamó del bastardo, cuando antes de la batalla de Nájera se consideraba «rey legítimo de Castilla», la devolución de los bienes secuestrados a su progenitor, reclamación atendida por carta blanca otorgada en 1366; pero sin efecto, por

---

(1) *Crónica del rey Don Pedro*, por el canciller Pero López de Ayala. Año IV, cap. I.

(2) Agustín Sánchez Rael, *La Sociedad Española de Excursiones en la Alcarria*. (Boletín de la mencionada Sociedad, 1925.) Contra lo que éste indica, está harto explícita la *Crónica*, según la cual, a la infantita doña Beatriz dió su padre Montalbán, Mondéjar y otros lugares, pero no Torija.

(3) Véase lo que se dice de este personaje al hablar del castillo de Hita.



haberse pasado Íñigo López de Orozco al bando de Don Enrique (4). Más tarde el «de las mercedes» otorgó otra carta confirmando en la posesión de Torija a los herederos de Orozco, sin acordarse de doña Aldonza (5); pero tampoco esta confirmación debió ser efectiva, quizá por el valimiento alcanzado por D. Pedro González de Mendoza, quien sin duda continuó poseyendo Torija; así debió ser, pues Don Juan I, atendiendo las reclamaciones de doña María Coronel, hermana de doña Aldonza y doña Mayor, ya difuntas, y teniendo en cuenta la indicación testamentaria de Enrique II, por la cual se ordenaba enmendar el yerro de haber tomado los bienes que eran de doña María y dispuesto de ellos, la restituyó el señorío de Torija (6) y su castillo, compensando a su poseedor donándole el Real de Manzanares y su territorio, donación hecha en 1383 y erigida dos años después en mayorazgo en cabeza de D. Diego Hurtado de Mendoza, más tarde almirante de Castilla (7).

Por esta época debió ser alzado el actual castillo de Torija de nueva planta y previa demolición de la pequeña fortaleza de los templarios, pues nada en él acusa que se trate de una reforma tan frecuente en estas antiguas construcciones; la misma donación del Real de Manzanares no se explica como compensación por un señorío detentado muy pocos años con lesión evidente de los derechos de varias familias, como no sea teniendo en cuenta los importantes gastos realizados para alzar la nueva fortaleza; por esos motivos no es atrevida la presunción de que en tiempos de don Pedro González de Mendoza fuera aquélla construída, sobre todo teniendo presente la característica pasión por la arquitectura sentida por tan ilustre

---

(4) Copia en la *Colección Salazar*, tomo D-10. La transcribe Vieyra de Abreu en su opúsculo *Doña María Coronel*, pág. 65.

(5) En el índice del tomo D-10 de la *Colección Salazar*, en el *Boletín de la Academia de la Historia*, se citan los siguientes documentos, que faltan, por haberse perdido las hojas correspondientes: «Merced de Torija a Pero Núñez de Guzmán», «Merced de Torija a Íñigo López de Orozco» y «Confirmación de Torija a los herederos de Íñigo López de Orozco».

(6) En el tomo D-10 de la *Colección Salazar* hay copia de otro documento anterior, cuyo extracto es el siguiente: «Sepan quantos esta carta vieren como nos D. Johan... Vemos una carta de D. Pedro scripta en pergamino de cuero sellada con un sello de plomo colgado en filos de seda, en la qual carta se contenia en como el dho. D. Pedro fizo gracia y donacion a Íñigo Lopez de Horozco e le dió por Juro de Heredat la Villa de Torija con su Alcazar, que y (allí) está e con todos sus términos, segund que mejor e mas complidamente lo habia (tenia) D. Johan, hijo de D. Loys, a quien lo habia dado, e Don Alfon Fernandez Coronel y su muger al tiempo quel dhº Lugar era suio. El qual dhº Lugar dió el dhº D. Pedro al dicho D. Veñigo Lopez con Una fortaleza y con montes y terminos... E agora los herederos del dhº Veñigo Lopez dixieronnos, que como quier quel Rey D. Enrique, nroº padre que Dios perdone, havia declarado ser nengunas las mercedes y donaciones que el dhº D. Pedro havia fecho...; pero que al dhº Iéñigo Lopez y a sus herederos siempre les dejara el dhº Lugar por suio e lo tovieran en su tenencia y en su posesion... E por ende los herederos del dhº Veñigo Lopez pidieronnos merced que les confirmásemos la dicha tenencia e posesion... E nos el sobredicho Rey Don Johan... confirmámosles la tenencia y posesion del dhº Lugar de Torija con la dicha fortaleza...» (Dado en las Cortes de Burgos, a 24 de agosto de 1379.)

(7) Archivo de Osuna, en el Histórico Nacional. Extracta también lo principal de esta institución de mayorazgo el marqués de Mondéjar en la historia de su casa, que se conserva manuscrita en la Academia de la Historia.



familia; gustos demostrados tanto por el primer marqués de Santillana como por sus hijos, la famosa condestabla de Castilla y el gran cardenal Mendoza, como por el duque del Infantado; al hacer la descripción somera del castillo trataré de fundamentar mi suposición.

Como dije al principio, la fortaleza de Torija se alza al Sur del pueblo (partiendo de la misma muralla de circunvalación), frente al valle sombreado por altos olmos, que seis kilómetros a Poniente se abre a la campiña del Henares. Su planta es cuadrada, con cubos en las esquinas, adosándose al del Sudeste la alta y fortísima torre del homenaje, cuyos ángulos flanquean dos delgados torreoncillos cilíndricos y dos muy prolongados garitones más altos que aquélla, contribuyendo con las escaraguaitas existentes en el punto medio de las cortinas a darla esbeltez y majestad.

Sobre la torre y los muros del recinto principal corre a modo de cornisa una saliente barbacana formada por tres órdenes de modillones, unidos los más altos por sencillos arcos, sobre los que se apoyaban las hoy desaparecidas almenas, terminando las hendiduras verticales dejadas entre estos modillones por agujeros comunicantes con el adarve, camino de ronda o paseador, desde los cuales podía batirse todo el muro hasta su pie. Esta cornisa se interrumpe por sendos garitones, situados hacia el punto medio de las cortinas, facilitando con su avance la defensa del flanco; el recinto exterior, del que apenas quedan restos, estaba formado por un muro bajo o barbacana torreado en los ángulos, según puede verse en la pequeña porción que subsiste, y defendido a su vez por el foso natural del barranco hacia Poniente, continuado a Sur y Saliente por otro artificial, hoy cegado (fig. 2).

La disposición interior hay que adivinarla teniendo en cuenta otros castillos torrejones de la misma época: un no muy amplio patio central, con habitaciones en torno, ordenadas en dos pisos; entrada independiente para cada torre esquinera; altas ventanas, con los típicos bancos laterales para recrearse desde ellas contemplando el paisaje. En cuanto a la torre señorial, aislamiento absoluto del resto de la fortaleza para que formara por sí misma un reducto independiente donde extremar la resistencia; puerta de ingreso alta, necesitándose una escalera de mano para subir a ella; habitaciones en número de cuatro, superpuestas, con pequeñas ventanas enrejadas y estrechas saeteras, subiéndose de una a otra por angosta escalera de caracol embutida en uno de los torreoncillos de las esquinas, escalera que trepa hasta la plataforma (fig. 3).

No se distingue el castillo de Torija por el espesor de sus muros, aunque sea en la torre considerable, siguiendo la costumbre de extremar en ella la fortaleza, por destinarse a último y desesperado refugio; sin embargo la obra de fábrica es resistente como pocas, sin que la trabazón de sillarejos, con durísima argamasa, se resienta ni al paso de los siglos ni por la acción demoledora de los agentes atmosféricos; en cuanto a la silueta



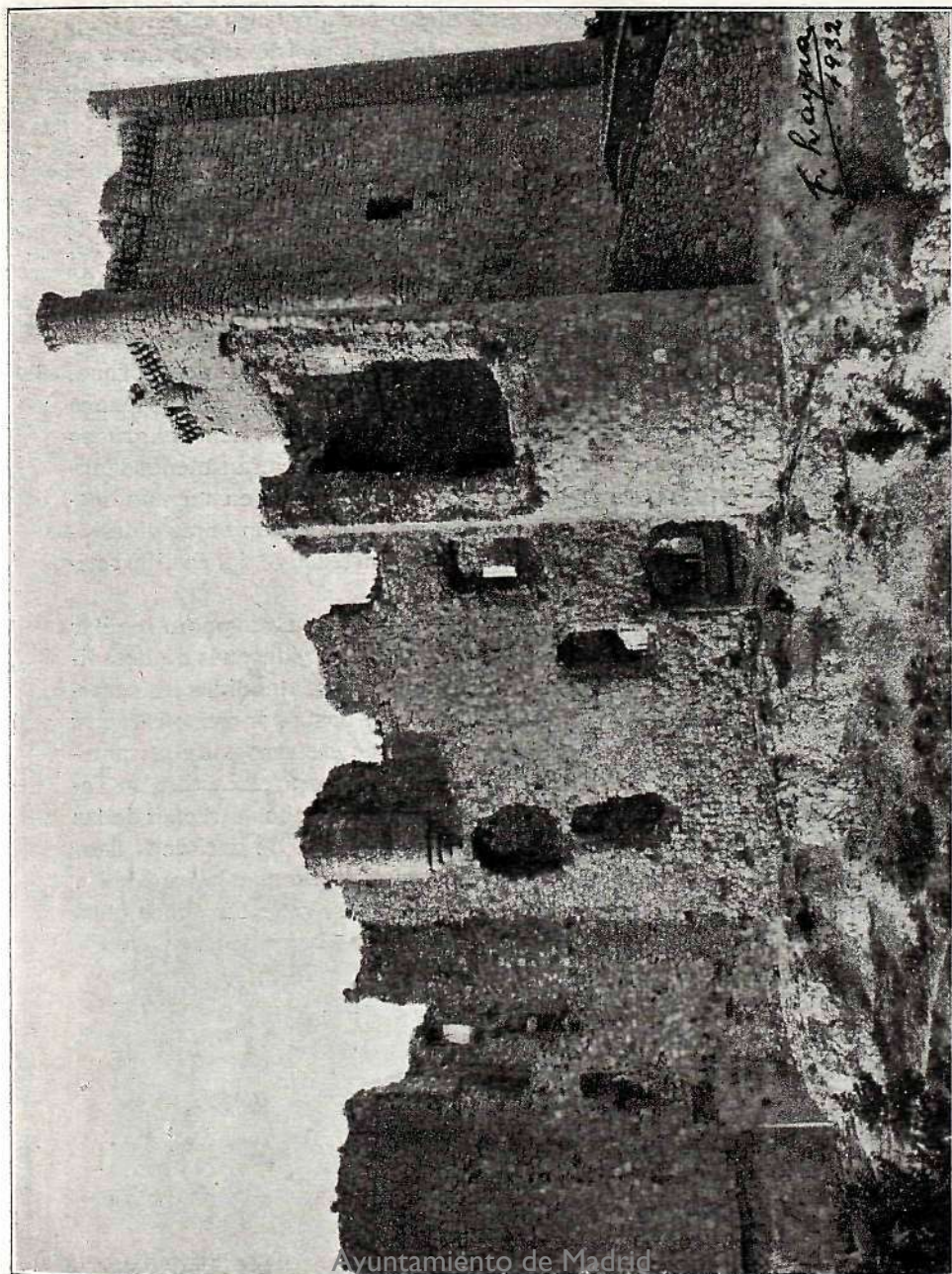


Fig. 2.—Exterior del Castillo de Torija



del castillo, a pesar de su sencillez, no puede ser más altiva y gallarda ni más bella, contribuyendo no poco a tal efecto los torreones salientes, los garitones semicilíndricos apoyados en torneadas repisas de piedra y la grácil barbacana saliente del adarve, desprovista hoy del encaje almenado que antaño la adornara.

Es el castillo de Torija una fortaleza construida en los tiempos de apogeo de la caballería, cuando el modo de combatir daba lugar a que se luciera el valor personal en singulares encuentros y cuando apenas comenzaba a emplearse las armas de fuego para combatir las plazas fuertes; así tiene muy pocas troneras adecuadas al uso de este nuevo elemento de guerra, y esas quizá añadidas después de su erección. Por estos motivos son los muros muy altos, atendiendo a la dificultad de la escalada; no muy espesos, aunque fuertes y sin troneras bajas para los tiros rasantes, porque, construida para resistir la acción de los sencillos «engeños», no se pensó que contra la artillería había de aumentarse extraordinariamente el grueso de las paredes, no construirlas muy altas para que ofrecieran menos blanco, amacizar las bases de las torres, asentar las fortalezas en terreno despejado, sin alturas cercanas dominantes, y protegerlas con obras defensivas muy avanzadas; de ahí que sitúe la época constructiva del castillo torijano antes del siglo xv.

De otro lado, tanto por la elegancia de sus líneas, cuanto por lo regular de su planta, que corresponde a un patrón muy usado, después de detenido estudio, por lo completo de sus medios defensivos, atendidas las características de la organización militar de la época, y hasta por cierto carácter ornamental de que carecen las rudas edificaciones castrenses de las anteriores centurias, hay que rechazar la idea de que fuera el castillo de Torija construido en el siglo xiii, en el que la mayoría de ellos carecían de las elementales comodidades para la vida, como también de garitones flanqueantes y de adarve voladizo, estando las sencillas almenas al ras de las cortinas; por esto último era preciso durante un sitio armar sobre ellas *cadahalsos* salientes de madera (también llamados buhardas, arqueras y balcones) fácilmente destruibles, por lo que, con el transcurso del tiempo, hubo que introducir las modificaciones mencionadas.

\* \* \*

Como he dicho, volvió el castillo de Torija, con su villa, a la familia del ajusticiado D. Alonso Fernández Coronel, consiguiendo la devolución doña María, mujer que fué de Juan de la Cerda, a quien por traidor man-



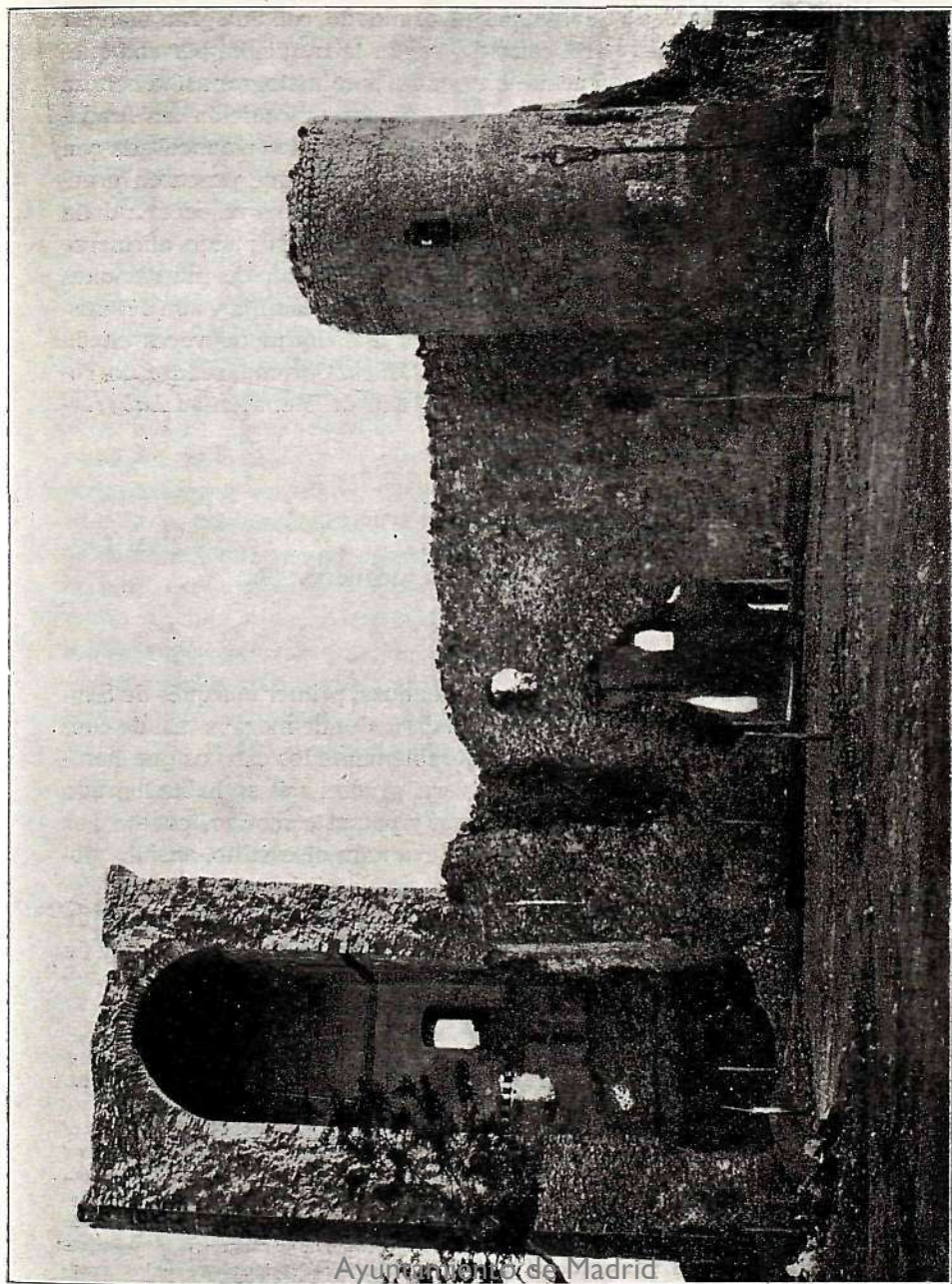


Fig. 3 — Disposición de las estancias en la torre del Castillo de Torija



dó matar el rey Don Pedro (8). La momia de doña María se guarda en el convento de Santa Inés, de Sevilla, por ella fundado, con una gran mancha en la parte izquierda del rostro, causada, según la tradición, por una quemadura voluntaria hecha con aceite hirviendo, para malograr así la belleza que había desatado lividiosa pasión en el monarca; tradición sin fundamento histórico, pues si bien su hermana Aldonza estuvo amancebada con el matador de su padre, en cambio no existen noticias que procuren pruebas siquiera indiciarias acerca de propósitos semejantes respecto a doña María, ni la mancha que en la cara presenta su momia puede afirmarse que obedezca a una cicatriz. Pero las *Crónicas* hablan de mutilaciones sexuales practicadas por varias mujeres de la misma familia y aun del mismo nombre, siendo éste el motivo de que la mancha tantas veces citada haya hecho pensar al vulgo que esta doña María Coronel, señora de Torija, es la aludida por el renombrado poeta Juan de Mena en su *Labyrintho*, cuando dice:

«la muy casta dueña de manos crueles,  
digna corona de los Coroneles,  
que quiso con fuego vencer sus fogueras» (9).

Pasaron los años. D. Íñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana, era el verdadero dueño de Guadalajara, donde moraba casi de continuo, y había logrado ensanchar considerablemente los estados que heredara de su padre el almirante; como se verá, gracias a él se había logrado libertar a Torija de la esclavitud navarra, y por este motivo, cuanto por haber pertenecido a su abuelo, que quizá levantara el castillo, ansiaba poseer plaza tan importante, que redondearía sus dominios en la región. Torija había sido dada a Pero Núñez de Guzmán, que con el título de señor de ella acompañó a Fernando de Antequera cuando fué a coronarse rey de

(8) J. B. Sitges, *Las mujeres del rey Don Pedro*. Madrid, 1910; págs. 413 y sigs.

(9) De tres Marías Fernández Coronel se cuenta parecida historia. Fué la primera mujer del célebre Guzmán el Bueno, y la llamaban «la del tizón», porque para aplacar su «hoguera» sensual aplicó uno ardiendo a sus partes pudendas.

La segunda, nieta de ésta, fué aya de la infanta Isabel, hija del rey Sancho el Bravo, señora de Guadalajara y fundadora del convento de Santa Clara, hace pocos años derruido, conservándose únicamente la iglesia; en ella se guarda la momia de esta doña María Coronel, de la que cuenta Núñez de Castro, en su *Historia eclesíastica y seglar de la noble ciudad de Guadalajara*, que sintiendo en el claustro los invencibles tormentos del instinto sexual, no vaciló en cauterizarse los genitales con un hierro hecho ascua, «para apagar con fuego el fuego de su sangre»; debió quedarle alguna fistula rectal o vesical, y hasta el resto de sus largos días sufrió resignadamente los cruentos dolores de la enfermedad que tal acto la causara.

La tercera María Coronel, nieta a su vez de ésta, es la señora de Torija e hija del estoico don Alonso, señor de Aguilár de la Frontera.



Aragón (10); la heredó Gonzalo de Guzmán, su hijo, conde de Gelves, conquistándola en su tiempo los navarros, según en seguida diré, y en 1453 logró el marqués adquirir Torija de este nieto de Íñigo López de Orozco a cambio de su villa de Alcobendas, con todos sus términos y pertenencias; la escritura se firmó en Guadalajara a 4 de abril del año indicado, legalizándola Juan II por carta fechada en Tordesillas el 12 de mayo del año siguiente (11), mencionando este trueque el mismo marqués en su testamento, fechado en Guadalajara a 8 de mayo de 1455 (12).

En vida de este magnate, poeta, amador y guerrero, y antes de que poseyera la villa, fué cuando Torija dió más que hablar a las gentes y que contar a las *Crónicas*, según sucintamente voy a referir:

Quien haya leído siquiera por encima la historia de España sabe que durante el reinado del abúlico Juan II de Castilla fueron casi continuas las turbulencias, contenidas un tanto durante su minoridad por la honradez y temple de D. Fernando el de Antequera; pero desatadas más tarde por la ambición desmedida de la nobleza, envidiosa de la prepotencia adquirida por aquel buen caballero, amigo de justas y torneos, talentudo, valiente y ambicioso, que se llamó D. Álvaro de Luna. Cuando todavía la prianza de éste no había llegado a su apogeo, los primos del rey (D. Enrique y D. Juan, éste más tarde rey de Navarra y Aragón y padre de Fernando el Católico), bien heredados en Castilla, en su afán de mangoneo promovieron la larga e intermitente lucha conocida en la historia con el nombre de «guerra de los infantes de Aragón»; a ellos aludiría más tarde el delicado poeta y valiente guerrero Jorge Manrique, en su elegía compuesta en memoria de su padre, el maestre de Santiago, en aquellos conocidos versos:

«¿Qué se fizo el rey Don Juan?  
Los infantes de Aragón,  
¿qué se ficiéron?  
¿Qué fué de tanto galán?  
Qué fué de tanta invención  
como truxeron?»

En 1445 los navarros se apoderaron de la fortísima villa de Atienza, sitiaron inútilmente a Brihuega (13) y conquistaron Torija, poniendo en ella

(10) *Crónica de Don Juan II*, año 1414.

(11) En la *Colección Salazar*, tomo M-41, hay traslado de esta real cédula, en la que se transcribe la escritura de trueque; es documento curioso.

(12) Existe copia autorizada de este testamento en el Archivo de Osuna, en el Histórico Nacional; en ella se lee respecto a Torija: «la io ove en troque e por troque de mi lugar de Alcobendas».

(13) Véase, para más detalles, cuanto se dice al tratar de los castillos respectivos.



fuerte guarnición, mandada por el aguerrido y valeroso Juan de Puelles, criado del rey de Navarra; aquel mismo año los nobles y los infantes fueron derrotados en la sangrienta batalla de Olmedo por las tropas de Juan II, comandadas por D. Álvaro de Luna (entre las que figuraba con su hueste nuestro D. Íñigo López de Mendoza); el infante D. Enrique huyó herido a Calatayud, donde murió a poco, y la guerra pudo considerarse terminada por entonces; pero Atienza y Torija no fueron comprendidas en la restitución de plazas cuando las treguas se concertaron, continuando en poder del rey de Navarra, fuertemente guarnecidas.

Siguió un tiempo durante el cual las turbulencias de Castilla estuvieron encalmadas, hasta que se le ocurrió a D. Álvaro reconquistar la importante villa de Atienza, con lo cual nuevamente las pasiones se encrespaban, dando lugar a robos y saqueos causados en la comarca por la guarnición navarra de Torija, hasta tal punto que el rey de Castilla trató de reconquistarla. Era «frontero» de la detentada villa el marqués de Santillana, pues gobernaba la vecina ciudad de Guadalajara, siendo además señor de la cercana e importante villa de Hita; mas comoquiera que D. Alvaro sentía por el marqués cierta ojeriza, por suponerle partidario del infante de Castilla D. Enrique y contrario a su propia persona, la empresa fué encomendada al arzobispo de Toledo, dueño de Alcalá de Henares, procurándole para llevarla a cabo trescientos de a caballo (14).

El famoso arzobispo D. Alonso Carrillo, según se desprende de sus hechos confirmando cuanto dice su biógrafo Hernando del Pulgar (15), a más de «omme alto e de buena presencia», era sin duda alguna «de gran corazón, e su principal deseo era fazer grandes cosas e tener gran estado, por aver fama e gran renombre. Sus pensamientos eran muy mas altos que sus fuerzas, e su gran corazón no le dexaba discernir, ni consentia medir su facultad con las grandes empresas que tomava. Era omme belicoso, e siguiendo esta su condicion plaziale tener continuamente gente de armas, e andar en guerras e juntamiento de gentes». A este clérigo, guerrero y turbulento, o mejor dicho, a este guerrero, en mal hora destinado a la iglesia, fué encomendada la conquista de Torija, donde Juan de Puelles tenía buen golpe de gente aguerrida, aumentada con los que vinieron de Atienza, combatida a la sazón por Carlos de Arellano.

Ocurrían estos sucesos en la segunda mitad de 1449, y aunque el arzo-

---

(14) Trata este episodio la *Crónica de Don Álvaro de Luna*, pero lo refiere con más detalles la del rey Don Juan II de Castilla; de ésta son los párrafos que transcribo más adelante:

Jerónimo Zurita, en sus *Anales de la Corona de Aragón*, también se ocupa de tal asunto sin añadir datos de interés. Los historiadores de Guadalajara (Pecha, Torres y Núñez de Castro), así como el marqués de Mondejar en la historia manuscrita de su casa, apenas si hacen otra cosa que extractar la mencionada *Crónica*. Nada nuevo se debe a los autores modernos, tales como Quadra, en el tomo II de Castilla la Nueva de *España y sus monumentos*, D. Juan Catalina García, en su *Libro de Guadalajara*, publicado en 1881, y Antonio Pareja Serrada, en *Brihuega y su partido*.

(15) *Claros varones de Castilla*.



bispo, luchando al frente de los suyos, multiplicó sus ataques desde Guadalajara a la amurallada villa de Torija y su fuerte castillo, Juan de Puelles y los suyos defendieron la plaza heroicamente, causando no pocas bajas a los contrarios y aun contraatacando a menudo, haciendo replegarse al arzobispo y sus fuerzas al arrabal de Guadalajara, donde tenían el campamento; hasta llegó a acosarlo en su propio real más de una vez, sin que le socorriera el marqués de Santillana, indiferente espectador de la lucha y quizá contento al ver descalabrado a Carrillo por el valiente navarro. Así transcurrió el otoño en luchas estériles y mutuos ataques; el país estaba esquilado; se echaron encima los fríos del invierno, que es extremoso en las alturas alcarreñas, y como el sitio en regla de Torija establecido por orden del rey tampoco dió resultado por estar muy abastecida la villa y defenderse como leones los hombres que la ocupaban, mal de su grado, y con aire de vencimiento, hubo de retirarse el arzobispo al arrabal de Guadalajara, que fué incendiado en una rápida incursión de Juan de Puelles, quien se dedicó a saquear las cercanías sitiando inútilmente a Brihuega y llegando hasta cerca de Sigüenza; tantas fueron las depredaciones y los robos, tal la inseguridad de las gentes, a quienes tenía aterrorizadas el capitán navarro, convertido por los azares de la guerra en salteador, que en las actas capitulares del Cabildo seguntino se leen acuerdos tan curiosos como éstos:

9 noviembre 1449: «... dieron poder especial mandado al honrado don Pedro Alonso Serrano, Arcediano de Molina en la dicha Iglesia de Sigüenza, para que en nombre de los dichos señores de la dicha Iglesia pueda tratar e trate, concordar e concorde, e pueda descendir (decidir) qualesquier actos que convengan por tregua e pas con el noble cavallero Mosen Juan (de Puelles), Capitan de la fortaleza e villa de Torija...»

3 diciembre 1449: «... dieron su poder... para dar e pagar dos mil maravedis al noble cavallero Mosen Juan de Puelles..., e eso mesmo para que el dicho Ferran Gonçales les tome qualesquier salvo conductos e tregua del dicho Mosen Juan» (16). Mientras tanto Carrillo daba cuenta al rey de sus derrotas, y manifestaba que sin más poderosas fuerzas la villa no podía ser recuperada.

No hay para qué decir cuán sonados fueron este sitio y defensa de Torija; el fracaso ruidoso de un arzobispo, a quien su espíritu caballeresco había llevado a intentar la conquista de una plaza fuerte y bien defendida con una hueste de caballería, cual si se tratara de una batalla campal, no podía quedar así, ya que iban en ello el honor de las armas castellanas y la conveniencia del reino, mantenido en constante inquietud en la región alcarreña; por eso al año siguiente, cuando los rigores del invierno toca-

---

(16) Publicados por el docto alcarreño, catedrático del Instituto de Lérida, D. Juan Francisco Yela, en el *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo LXXXI.



ron a su fin, corrigiendo el yerro anterior, mandó el rey Don Juan a don Íñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana, que se «juntase con el Arzobispo e ambos a dos tomasen cargo de cercar la villa e combatirla hasta la tomar». En efecto, unidos a las gentes del prelado los hombres de armas del marqués, más la artillería que éste tenía en Guadaluja (indispensable para batir los robustos muros del castillo y villa de Torija), sitiaron el refugio de Juan de Puelles, que se defendió con su reconocida valentía y tal tesón, que, como refiere la *Crónica de Don Álvaro de Luna*, el rey de Navarra llegó a disponer el envío de tropas, al mando de su hermano bastardo D. Alonso, en socorro de la heroica guarnición, motivando una petición de auxilio del marqués de Santillana, que tuvo como consecuencia el acercamiento a Almonacid de Zorita del príncipe D. Enrique con tropas para acudir en socorro de los sitiadores, si preciso fuera; sabido esto por los aragoneses torcieron en dirección a Cuenca, desamparando Torija, por lo cual el sitio pudo continuar normalmente, si vigoroso en el ataque, tenaz en la defensa. Los de D. Íñigo y el arzobispo «la tovieron cercada asaz dias, combatiendola con trabucos e ingenios e lombardas, con lo cual hicieron tan grand daño en la villa e cerca della (muro), que pusieron en tan grand estrecho a Juan de Puelles, que visto por él que non se podia luengamente defender, ni esperaba ningun socorro, acordó de dar e dió la villa e fortaleza a los dichos Arzobispo e Marqués con cierta conveniencia que entre ellos se hizo; e así Mosen Juan de Puelles se fué para Aragon e la villa e fortaleza de Torija quedó por el rey D. Juan». Por cierto anda equivocada la *Crónica* en tal extremo, ya que, según parece, la capitulación no fué aprobada por el rey de Castilla, marchando a Aragón las huestes de Puelles, pero quedando éste prisionero hasta 1455 en que, hecha la paz definitivamente entre Enrique IV y el monarca aragonés, aquél fué libertado; afirmación que prueban dos documentos existentes en el Archivo Histórico Nacional muy interesantes. Uno de ellos es un compromiso contraído por el arzobispo Carrillo y el marqués de Santillana, acordando guardar tres meses cada uno a Juan de Puelles, hecho prisionero en la toma de Torija, y tiene fecha de 1 de octubre de 1452; el otro es una carta de Enrique IV, fechada en Sevilla el 11 de agosto de 1455, por la cual se encarece a los mencionados la entrega de Juan de Puelles a Juan Ramírez de Arellano para que éste a su vez lo entregue al rey de Navarra, cumpliendo de este modo las capitulaciones acordadas entre ambos monarcas para poner fin a las contiendas entre los reinos vecinos (17). El pacto entre el marqués y el arzobispo, hecho años después

(17) He aquí el extracto del primer documento:

«Conoscida cosa sea a los que la presente escriptura vieren. Por quanto por nos Dn. Alfonso Carrillo... e Dn. Yñigo Lopes de Mendoza, marqués de Santillana... capitanes por el Rey nro. Señor contra los sus desleales e rebeldes que estavan en esta villa de Torija e su fortaleza e mediante la Gracia Divina la dha. villa e fortaleza por nos fue tomada e asimesmo prendiemos a mo-



de la prisión de Juan de Puelles, induce a pensar en el designio de hacerse pagar en su día un buen rescate; que sin duda alegaron los gastos realizados por ellos en la guarda del preso para no entregarlo a la primera orden pruébalo esa carta de Enrique IV, que es un humilde e insistente requerimiento, en el que se extraña de que tal cuenta no haya sido saldada, y ofreciendo liquidarla a la mayor brevedad (18).

Concluye así la *Crónica* este relato de la toma de Torija, aludiendo a

sen Johan de Puelles e a todos los otros cavalleros e escuderos e peones que ende con él estavan al tiempo de su prision e detenimiento del dho. mosen Johan, conoscemos e somos convenidos e igualados e avenidos en la manera que se sigue, conviene a saber, que durante el tiempo de la prision del dho. mosen Johan, que cada uno de nos lo tenga tres meses, e aquellos acabados e complidos lo dé e entregue al otro, e el otro al otro sucesivamente... e otrosí si caso fuese que se aya de tratar de faser rescate del dho. mosen Johan, que aquel en cuyo poder fuese no lo faga ni pueda faser sin el otro, ni el otro sin el otro sin intervenir acuerdo e consentimiento juntamente de amos nos, e que aquel fecho se parta por meytad igualmente entre nos... asimesmo si por aventura el dho. mosen Johan se soltase de la prision, que aquel de cuyo poder se soltase sea tenuto e obligado a nos e cada uno de nos por lo que a cada uno toca y atañe acerca desto, nos obligamos de dar e pagar al otro e el otro al otro realmente e con efecto desde el día que se soltase fasta cinquenta dias primeros siguientes, dos mil florines de buen oro de justo peso de la ley e cuño de Aragon... fecha e otorgada en la dha. villa de Torija, primero dia de otubre, año del nascimiento de Ntro. Salvador Jesu Xpo. de mill e quatrocientos e cinquenta e dos años. Por duplicado por el escribano del Rey y notario público Diego Garcia de Guadalajara, ante los testigos Dr. Tello de Buendia y los bachilleres Diego Gutierrez de Villaysan, Ferrand Gomes de Guadaluaxara y Alonso Fernandes de Centenera.» Archivo Histórico Nacional. Papeles de la casa de Osuna, leg. 1.860, núm. 37.

(18) Se conserva este documento también en el Archivo Histórico Nacional, papeles de la casa de Osuna, leg. 1.860, núm. 37; véase el extracto:

«Yo el Rey enbio mucho saludar a vos Dn. Iñigo Lopes de Mendoça, marques de Santillana, conde del Real e del mi consexo, como aquel que amo e precio e de quien mucho fio. Ya sabeis que yo entendiendo ser asy complidero a servicio de Dios Ntro. Señor e al pacifico estado e tranquilidad de mis Regnos... fueron fechos, firmados e jurados e votados ciertos capitulos de pas e concordia entre mi e el mui yllustre Rey D. Johan de Navarra mi mui caro tío... así sobre la entrega de ciertas villas e logares e fortaleças... como sobre otras cosas de que se fase memoria en los dhos. capitulos, entre los quales se contiene que fuesen sueltos e libres de las prisiones en que están Dn. Godofre de Navarra y mosen Johan de Puelles, e que aquellos fuesen dados e entregados dentro de cierto término en poder de Johan Ramires de Arellano... para quel dicho Johan Ramires me diese e entregase al dho. Dn. Godofre e asimesmo diese e entregase al dho. Johan de Puelles al dho. Rey de Navarra... E sobre esto yo enbí rogar e mandar así a vos como al mui reverendo en Xpo. Dn. Alon Carrillo, arzobispo de Toledo... que luego diésedes e entregásedes al dho. Johan de Puelles, que seyendo mi natural se avia rebellado e alçado contra mi e en mi deservicio con el castillo e fortaleza de Torija, del qual avia fecho muertes e prisiones e rescates de omes e robos e otros males e dannos contra mis vasallos e subditos e naturales en menosprecio de la mi justicia, por las quales cosas lo vosotros teniades preso por mi mandado, el qual por entonces e agora es en nuestro poder, al dho. Johan Ramires, porque eso mesmo le fuese entregado el dho. Dn. Godofre de Navarra e se compliese en esa parte lo firmado e jurado por los dhos. capitulos de pas e concordia, e que si algund sueldo vos era devido del tiempo que estuviérades por mi mandado contra el dho. Johan de Puelles mi rebelde, enviásedes a los mis contadores mayores porque fecha quenta de todo vo lo yo mandase librar e vos fuese pagado, lo qual parece que fasta aquí (no) es fecho ni complido, de lo que yo so mucho maravillado...; el dho. Johan de Puelles non puede ser retenido por vosotros mayormente aviendo seydo preso por cartas e mandado del Rey mi señor e mi padre, cuya ánima Dios aya e estando vosotros a su sueldo... vos ruego... se cumpla lo por mi firmado e jurado... sobre lo qual de cada Día yo soy requerido por parte del dho. Rey de Navarra... fagades por manera que luego sea entregado el dho. Johan de Puelles al dho. Johan Ramires sin dilacion nin escusa alguna... Dada en la muy Noble e Leal cibdad de Sevilla a once dias de agosto, año LV.—YO EL REY.»



la equivocación primera, con estas palabras: «¡O cuan conviene a los Reyes no dar causa a los suyos a errar!..., que por cierto si el rey Don Juan buen consejo oviera, no hiciera tan grande ultrage a cavallero tan noble como el Marqués de Santillana, que morando él en la villa de Guadalajara, oviese de dar cargo de la frontera contra Torija a nengun otro. Que no es dubda si esta capitania él le diera, que con menos gastos e trabajos la villa de Torija se cobrara...»

Famoso se hizo el cerco de Torija, no perdiéndose en muchos años el recuerdo de los hazañosos hechos que en él tuvieron lugar; así, refiere Zurita (19) que, cuando, en 1453, vino como embajador a Castilla el justicia de Aragón se desvió del camino con tal de pasar por Torija, «por ver aquel tan renombrado lugar y adonde tan famosos hechos de Armas se executaron por los capitanes y gente del Rei de Navarra, que segun justificaba el Justicia de Aragon hicieron mas que hombres en haver resistido tanto tiempo, y el Marqués de Santillana estava mui arrepentido por aver derrivado aquella fortaleza». De estas palabras del cronista aragonés deducen a la ligera los autores modernos que el castillo quedó en ruinas, no siendo jamás reconstruido, sin tener en cuenta que la *Crónica del rey Don Juan II* habla de que hicieron «grand daño en la villa y cerca della», mas sin decir lo mismo del castillo, que sin duda sufriría algunos destrozos, aunque no muy considerables, pues continuó habitado y en estado de defensa. Como fortalezas se consideraban las poblaciones muradas, y a la villa deben referirse las lamentaciones del marqués; por si los alegatos expuestos no bastaran, haré constar que, según el propio Zurita (20), en 1452 el arzobispo Carrillo y el marqués de Santillana ocupaban Torija con muy fuerte guarnición, previniendo cualquier entrada de los aragoneses, otra vez en guerra con Castilla. ¿Cómo habían de ampararse en un castillo por completo desmantelado?

El justicia de Aragón siguió desde Torija a Guadalajara con ánimo de visitar al valeroso Juan de Puelles, según refiere también Zurita, pero sin lograr su propósito, pues no le dejaron ver al preso; este detalle confirma el error de la *Crónica* respecto a su libertad cuando entregó la plaza tan heroicamente defendida.

\* \* \*

Falleció el primer marqués de Santillana en sus casas de Guadalajara el 25 de marzo de 1458, sin ser ya por entonces señor de Torija, pues cinco

---

(19) Zurita, en sus *Anales de la Corona de Aragón*.

(20) *Ibidem*, libro XVI, cap. VI.



años antes donó la villa con otros bienes a su cuarto hijo, D. Lorenzo Suárez de Figueroa, quien, según costumbre frecuente en la época, tomó los apellidos de su madre, hija del maestro de Santiago; los servicios prestados a la causa de Enrique IV fueron premiados por el monarca con los títulos de conde de Coruña y vizconde de Torija, que fueron conservados por la familia.

Vivió D. Lorenzo de ordinario en Guadalajara, sonando no poco su nombre en las *Crónicas* de aquel tiempo; pero nada se habla en cambio del castillo de Torija en vida de este caballero, que el 20 de diciembre de 1480, en Guadalajara, instituyó un mayorazgo en cabeza de su primogénito, D. Bernardino de Mendoza, incluyendo en él «la villa de Torija con su castillo fortaleza», justicia, jurisdicción civil y criminal, rentas, pechos, derechos, portazgos, escribanías, martiniega y tierras, «con el molino farinero que dice del Palomar», en término de Hita (21). Por éste fué construida la hermosa iglesia de Torija, erigida en colegiata y panteón de familia de los condes de Coruña. Algunos cronistas mal documentados confunden a la ligera este vizconde de Torija con otro caballero del mismo nombre, famoso hombre de armas y letras, del que he de ocuparme más adelante, no estando de más que el equívoco se deshaga.

Mediaba el siglo xvi y era señor de Torija D. Alfonso de Mendoza, casado con doña Juana Jiménez de Cisneros, cuando tuvo lugar cerca del castillo el que pasó a las historias con el nombre de «Paso honroso de Torija», comparado nada menos en aquellos tiempos con el que mucho antes sostuviera el famoso Suero de Quiñones en el puente del Orbigo (22). En Guadalajara residían muchas familias nobles pertenecientes las más de ellas a la casa de Mendoza, siendo el duque del Infantado una especie de reyezuelo, con su corte de parientes e hidalgos, muchos de ellos más ricos en pergaminos que en doblones; añoraban los tiempos de la caballería; oían hablar de los torneos y las justas poéticas de que fuera mantenedor el llorado primer marqués de Santillana; recordaban muchos las fiestas suntuosas dadas por el duque en su famoso palacio cuando Francisco de Francia, el derrotado y prisionero en Pavía, se detuvo en Guadalajara de paso para Madrid, y queriendo hacer que reviviera la tradición organizaron un «Paso honroso» en el valle de Torija, en su parte más estrecha, desde donde se columbraban las desdentadas almenas del viejo castillo.

Construyóse la tela o liza, rodeándola de tablados para que las damas y sus galanes pudieran contemplar a su sabor los incidentes de la lucha cor-

---

(21) Hay copia en la *Colección Salazar*, tomo M-40, fol. 122.

(22) Refiere con algunos pormenores este suceso el que fué cronista de la provincia, D. Antonio Pareja Serrada, en su libro *Guadalajara y su partido*.

También lo cita Sánchez Rael en su trabajo del *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*.



tés; se instaló una tienda de campaña para cobijo del caballero defensor del paso y otra enfrente para los que acudieran a forzarlo, y a la entrada de la liza una torre de madera con su campana, para que al tañerla el competidor, avisase su llegada, que día y noche era esperada por un caballero armado de punta en blanco dispuesto a no dejarle pasar.

Fueron mantenedores y encargados de defender el paso D. Alfonso de Mendoza, vizconde de Torija, D. Juan de Mendoza y D. Francisco Beltrán de la Peña, acudiendo al torneo multitud de caballeros de toda España y aun de Francia, pues el suceso fué publicado con heraldos y trompeteros por todas partes, viéndose muy concurrida la ciudad de Guadalajara con este motivo. Duró el paso honroso de Torija treinta días, durante los cuales fueron muchos los encuentros habidos, sin que los caballeros alcarreños pudieran ser vencidos ni, por tanto, forzada la entrada del valle, multiplicándose los bailes, los saraos y las comilonas en el palacio ducal del Infantado, en las casas de los demás Mendozas y aun en el vetusto castillo de Torija, cuyos salones desvencijados se arreglaron provisionalmente, cubriendo con tapices las desconchadas paredes y los suelos agrietados con mullidas alfombras, viéndose en él por última vez las damasquinadas armaduras de los justadores y escuchándose las amatorias estrofas de los poetas.

Esto ocurría hacia 1545, alabándose tanto la bizzarria de los contendientes que el propio Carlos V quiso presenciar algunas, llegando cierta mañana con lucido cortejo de caballeros cuando se aprestaban a luchar don Alonso de Mendoza, señor de Torija, y un caballero aragonés llamado Ferrán Gómez, que al fin resultó vencido por el alcarreño.

Hijo de este D. Alfonso fué D. Bernardino de Mendoza, nacido en Torija (seguramente en su castillo), licenciado en Artes y Filosofía en Alcalá de Henares en 1566 (23), trece de la Orden de Santiago, comendador de Alhange, embajador en Inglaterra y Francia, bravo militar, que se distinguió por sus hazañas en las guerras de Flandes, y notable historiador, a cuya pluma se deben, entre otras obras, sus *Comentarios de las guerras de Flandes* y su *Teoría y práctica de la guerra* (24). Quedó ciego siendo muy viejo, pasando los últimos años de su vida en el convento de San Bernardino, en Madrid; falleció a comienzos del siglo xvii, y fué enterrado en el panteón de familia en la iglesia de Torija.

\* \* \*

---

(23) Pecha, *Historia de Guadalajara*, en manuscrito de la Biblioteca Nacional.

(24) *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, tomo CIX, pág. 12.



Cuando se extinguió el ruido del paso honroso de Torija, el viejo castillo volvió a sumirse en la soledad de la decrepitud, habitado por el alcaide y su familia, más las arañas, que tejían sus deleznables colgaduras en las estancias vacías, abandonadas por el alcaide mismo cuando las goteras fueron dando al traste con las techumbres amenazando la integridad personal. Cantaba el buho en la garita donde sonara antaño el alerta del centinela; crujían las maderas de puertas y ventanas al azotarlas el cierzo, y cuando pasaron muchos años, ¡muchos!, todavía, aun pareciendo increíble, dió asilo por unas horas la hidalga y maltrecha fortaleza a una testa coronada y a su séquito brillante de cortesanos y militares; Felipe V descansó unas horas en el castillo de Torija la tarde de la batalla de Villaviciosa, con cuya victoria aseguró en sus sienes la corona de España.

Volvió a transcurrir un siglo, durante el cual nadie se acordó del castillo abandonado; todo hacía creer en el hundimiento lento y progresivo del que antaño fuera posición tan encarnizadamente disputada por castellanos y navarros; nadie era capaz de suponer que todavía había de ser presa codiciada en tiempo de guerra, cuando nuevamente el castillo de Torija, como si no se resignara a vivir tan sólo de recuerdos como un viejo caduco, dió que hablar a las gentes con motivo de la lucha sin cuartel entablada por los españoles contra los franceses en los comienzos de la décimanona centuria. Un palurdo castellano viejo, tan ignorante como patriota, se echó al campo seguido de un puñado de hombres animosos dispuesto a luchar a muerte con los extranjeros, y allá por 1810 escogió como campo de sus operaciones la meseta alcarreña, atacando a pequeñas columnas de enemigos, apoderándose de convoyes, apareciendo hoy en un punto para dar al siguiente día señales de vida ocho o diez leguas más allá, actuando de terrible fantasma que sorprendía a los franceses cuando le creían más alejado hasta hacerles la vida imposible, causándoles una inquietud constante, así como pérdidas cuantiosas en hombres y pertrechos; fué este hombre valeroso y audaz, espanto de los gabachos y héroe popular, aquel que tenía por nombre Juan Martín y por apodo *El Empecinado*.

Era gobernador militar de Guadalajara el general Hugo, padre de Víctor, el famoso novelista francés, y no pudiendo acabar con *El Empecinado* ni en lucha abierta ni comprando traidores entre quienes le seguían, hubo de aprovechar el abandonado castillo de Torija para establecer en él un fuerte retén de tropas que sirvieran de apoyo y enlace a las de Guadalajara y Brihuega; con ello causó no poco mal al audaz guerrillero ya que de este modo la meseta alcarreña estaba mejor guardada, y como Juan Martín no disponía de artillería para batir la fortaleza, pues la táctica empleada por él era incompatible con la impedimenta, que restaba movilidad a sus gentes, hubo de alejarse un tanto buscando en otros rincones de la provincia campo propicio a sus hazañas.



Pero *El Empecinado* no se olvidaba de Hugo ni de la guarnición de Torija, y cuando nadie le esperaba se presentó ante Brihuega con 400 caballos y 1.000 infantes, batiendo en el pueblo a los 1.200 hombres que estaban de guarnición, mas sin poder tomar el castillo, por lo que hubo de retirarse... ¡para volver! El 29 de junio de 1810 fué el ataque semiinfructuoso a Brihuega; el 18 de octubre situó frente a Torija un fuerte destacamento y se lanzó contra un convoy, muy protegido, que había salido de Brihuega, al que alcanzó en las «alcantarillas de Fuentes», apoderándose de él y haciendo una verdadera carnicería en la escolta (25); cuando, cargado de botín, llegó a Torija la guarnición del castillo había huido a Guadalajara, viéndose en una ratonera.

¿Qué hacer con la antigua fortaleza medioeval? Encerrarse en ella o guarnecerla era tanto como condenar a muerte segura a varios desgraciados, ya que el castillo, casi inexpugnable para él, como si viviera en los siglos medios, no podía resistir un disparo de la artillería moderna; abandonarla era dejar a los franceses un fuerte disponible que habría de estorbarle para el porvenir... Y como para Juan Martín nada significaba la tradición caballeresca, decidió inutilizar la que fuera en otros tiempos señorial mansión.

Mináronse los cimientos de la altiva torre del homenaje; se colocaron no pocos hornillos de pólvora al pie de los muros, en agujeros abiertos en la fuerte mampostería de los cubos y en las paredes; se encendieron las mechas, y al poco tiempo, cuando se extinguió el eco de las explosiones, cuando se disipó el polvo y la humareda, del histórico castillo de Torija no quedaron más que unos paredones agujereados, que sin agrandarse ni deformarse pasado más de un siglo, como un pétreo panal, anuncian al viajero la proximidad de la Alcarria, ofreciéndole en sus huecos las mieles de la tradición y de la leyenda.

FRANCISCO LAYNA SERRANO.

---

(25) Anónimo, *Apuntes de la vida y hazañas militares del brigadier Don Juan Martín el Empecinado, por un admirador de ellas*.



## POESÍAS JUVENILES DE QUINTANA

Corrían los días del año 1788, cuando vió la luz pública en la villa y corte un librito que llevaba la siguiente breve portada: *Poesías de D. Manuel Joseph Quintana. Madrid, MDCCLXXXVIII. En la oficina de Benito Cano.*

¿Quién es —se preguntaban muchos— este D. Manuel Joseph Quintana, a quien no conocemos como poeta? ¿Quién es este émulo de *Batilo*, que así se adentra en los secretos del romance y de la elegía? ¿Procede acaso de la insigne urbe salmantina, donde tan diestramente se miden las armas de la poesía?

Otros muchos tenían ya noticia del novel poeta. El año anterior, en la distribución de premios de la Real Academia de San Fernando, había leído una silva de fácil inspiración. Y no se trataba ciertamente de un hombre grave, conocedor del mundo y de la vida, que pudiera fundar en la experiencia las reflexiones filosóficas y arrebatos amorosos contenidos en sus versos. Aquel D. Manuel Joseph Quintana era un muchacho de diez y seis años.

El librito se abría con una dedicatoria al conde de Floridablanca. Precisamente en aquellos momentos, el conspicuo ministro de Carlos III pasaba por las mayores amarguras de su vida. Como si de nada valieran sus desvelos por el menesteroso, su protección a las ciencias y las artes, sus sacrificios por la patria, la envidia y la maledicencia le atacaban sin descanso. De mano en mano corría un papel satírico titulado *Conversación que tuvieron los condes de Floridablanca y de Campomanes el 20 de junio de 1788*, donde se derramaban especies calumniosas contra aquellos dos hombres insignes. La aristocracia y la milicia, especialmente, utilizaban todos los recursos para zaherir al de Floridablanca, mal satisfechas de los decretos en que se reducían sus privilegios.

El joven Quintana, ya orientado en ideas liberales, se dirigía al conde, y en tono resuelto y valiente le decía:

«A ti la luz se debe ilustradora  
en que la ciega Hesperia envuelta estaba:  
tú sostuviste con benigna mano  
las vacilantes ciencias, que un destino  
fatal y triste derribado había  
de sus augustas y sublimes aras:  
tú las volviste a colocar en ellas.»



Todas las composiciones integrantes del tomo superaban con mucho a cuanto pudiera esperarse de un poeta tan joven. Nacido en 17 de abril de 1772, acababa Quintana de cursar en las aulas salmantinas los estudios de Artes y Filosofía, y había iniciado los de Jurisprudencia. En aquellos años de su vida estudiantil recibió también sus primeras inspiraciones poéticas, como lo dice en su oda *A las Artes*:

«Y tú, rabel humilde, que ya un día  
entonaste en las húmedas riberas  
del Tormes abundoso  
las canciones que Apolo luminoso  
alegres me inspiraba y placenteras,  
baxo de alguna cavidad sombría...»

También en aquellos años —¿cómo no?— sintió su pecho herido por los primeros dardos de amor. Incentivo de su pasión fué una joven vallisoletana, que por aquellos días se trasladó a las orillas del Tormes. El poeta, que se llamó *Anfriso*, por no desmerecer de cuantos Batilos, Jovinos, Delios y Dalmiros ilustraban el parnaso salmantino, celebró a su amada bajo el nombre de *Filena*:

«¡Feliz por siempre el día  
en que se oyó a la Fama placentera,  
que de Pincia venía  
a ornar nuestra ribera  
la beldad más amable y lisonjera...»

Filena, si a ella se refiere, como es probable, el romance *A la Esperanza*, correspondió al fogoso mancebo y le juró amor eterno:

«En nada, perjura, en nada  
estimas el juramento  
que de ser mía me hiciste  
en el valle de tu pueblo?  
Decías: querido amigo,  
juro por los altos cielos  
de ser tuya hasta que muera,  
sin conocer otro dueño.»

¿Sería que Anfriso, arrastrado por el amor a Filena, había hecho un viaje para visitarla en el valle del Pisuerga? Así debe creerse.



Las penas de ausencia torturaron intensamente a Anfriso. Tal lo expresa, con fogosos acentos, en las silvas de *La ausencia*:

«Conviéneme morir, pues desterrado  
estoy de aquella luz, que era la causa  
de todo mi contento. ¿Dó se han ido  
aquella gentileza y hermosura  
de todos adoradas? ¿Dónde suena  
la voz encantadora de la boca  
que con sus amorosas expresiones  
tan lisonjeramente me rendía?»

Mas ¡ah! que la ingrata Filena olvidó sus promesas y juramentos, y dió entrada a otro amor en su corazón. Tal nos lo hace saber el romance *A Thirso*:

«Yo, triste amador insano  
de una mujer, que desprecia  
mis amorosos suspiros  
y mis ardientes querellas,  
y que, fina, al mismo tiempo  
su más puro afecto empeña  
en otro, quizá más digno,  
y no más amante della,  
¿qué he de hacer? ¿Por qué no muero?»

Y en el romance *A la Esperanza* increpa con vehemencia a la «ingrata Circe» que despreciaba sus honestos pensamientos y se burlaba de sus cuitas amorosas.

Vemos, pues, que Quintana, a quien siempre se ha acusado de ser insensible a los estímulos del amor, del amor recibió sus primeras inspiraciones. Pero a la verdad no fué muy afortunado en las lides de Cupido, y se explica que muy pronto arrancara de su lira la cuerda erótica. En las *Poesías* que dió al público en 1802, totalmente distintas de estas otras juveniles que aquí reimprimo, insertó dos poesías amorosas: las tituladas *A Célida* y *A Elmira*. Al reeditarlas en 1813, suprimió esta última. Durante aquellos años había pasado Quintana por la tragedia de la infidelidad conyugal, y si *Elmira*, como debe presumirse, era su mujer doña María Antonia Florencia, mal podía reaparecer entre frases de fuego y pasión. No fué tampoco pequeño, si juzgamos por la poesía a ella dedicada, el amor que sintió por Célida; pero es evidente que se frustró también. File-



na... Célica... Elmira... ¿Qué ganas habían de quedar a Quintana para entonar nuevos cantos de amor?

Estas poesías juveniles de Quintana son ya un nuncio de la potente musa que había de señalar una época en el siglo XIX. Raro caso éste de precocidad; porque si han sido bastantes los poetas que a los quince años, y aun antes, han versificado con facilidad y soltura, no muchos más que Quintana serán los que a ese dominio de la forma agreguen la profundidad del concepto y el vigor de la idea. Hay en estas poesías de Quintana, con todas sus inexperiencias, una vitalidad tan notable, que difícilmente se creerían obra de un adolescente.

No puede sorprender que en todas busque un modelo a quien imitar. Así en la *Carta de Matilde, Condesa de Boloña*, sigue la moda que Pope, con su famosa *Epístola de Eloisa a Abelardo*, había difundido en toda la poesía europea, como un eco sentimental de las heroidas ovidianas. Desde que Colardeau la tradujera libremente al francés, y él y otros poetas galos, escribieran otras análogas, el género había triunfado doquier, y en España tenía ya cultivadores como D. José Cadalso. No se ve libre la *Carta de Matilde* del sentimentalismo inherente a tales composiciones; pero con todo y con eso, el novel poeta muestra singular delicadeza en la expresión, y juntamente un perfecto dominio del verso suelto.

En todas las demás poesías del libro predomina la influencia de Meléndez Valdés. Así en la oda recitada en la Academia de San Fernando, remedo de la muy conocida *A las Nobles Artes*, bien que ésta tuviera como precedente otras varias leídas en la misma Academia desde su fundación, con motivo de la distribución anual de premios. La de Quintana no pretende elevar la entonación, antes bien, discurre llana y sencillamente; pero sin caer en los prosaísmos que tales empeños solían acarrear.

La elegía en tercetos sigue muy de cerca la de Meléndez *El deleite y la virtud*, con su correspondiente dialogismo acusatorio y su protesta de anhelos virtuosos. De igual manera la oda *A Filena* es imitación de aquellas otras que *Batilo* fué a buscar en *La flor de Gnido*, y especialmente de la titulada *De la voz de Filis*. Ensayo horaciano, visto sin duda a través de otras imitaciones, es la oda *A un opulento avaro* (1).

En Meléndez inspiró también las silvas y romances. Ello le llevaba a prodigar las notas de melancolía y desesperanza, bien impropias de un poeta mozalbillo. En especial, los romances procuraban aproximarse al modelo, y lo conseguían así en la emoción del tono como en la soltura y flexibilidad del octosílabo.

Se explica, pues, que al publicar Meléndez en 1797 la segunda edición

(1) *El Himno a la Inocencia* se publicó en el *Correo de Madrid*, 20 de agosto de 1788. Iba suscrito de este modo: «Anfriso.—Por el Br. D. M. J. Q. en el C. de la M.» (Esto es, el Colegio de la Magdalena, de Salamanca, donde estudió Quintana).



de sus poesías, considerase a Quintana como discípulo suyo y dijera haber contribuido a formarle «con sus consejos y exhortaciones». El discípulo, sin embargo, había de echar muy pronto por otros caminos que el maestro.

\* \* \*

Tan raros se han hecho los ejemplares que contienen estas poesías, que sólo tengo noticia de que haya dos en el mundo: uno de ellos, que perteneció a Ticknor, en la Biblioteca pública de Boston; otro, en la de *The Hispanic Society*, de Nueva York. Esto me mueve a reimprimirlas. El poeta que alcanzó justamente la preeminencia entre todos los de su época, merece también ser conocido por las primicias de su ingenio (2).

NARCISO ALONSO CORTÉS.

---

(2) A la amabilidad de mi ilustre amigo D. Federico de Onís debo la copia del ejemplar existente en *The Hispanic Society of America*, que me sirve para esta reimpresión.



POESÍAS  
DE DON MANUEL JOSEPH QUINTANA

DEDICATORIA

AL EXCMO. SEÑOR CONDE DE FLORIDABLANCA

Los afectos y lágrimas que exprime  
de los sensibles pechos la desgracia,  
¿a quién irán mejor que al hombre amable,  
que con tanta ternura y complacencia  
socorre y compadece al desvalido?  
¿A quién mejor que al héroe respetable,  
que sosteniendo en su valiente mano  
la mole insoportable de dos mundos,  
sabe en su pecho dar tanta cabida  
a la, por él, feliz literatura?  
Sí, esclarecido Conde, a ti se deben  
los efectos del arte y del ingenio,  
a ti la luz se debe ilustradora  
que acabó de romper las densas nieblas  
en que la ciega Hesperia envuelta estaba.  
Tú sostuviste con benigna mano  
las vacilantes ciencias, que un destino  
fatal y triste derribado había  
de sus augustas y sublimes aras.  
Tú las volviste a colocar en ellas,  
y la santa verdad mostróse entonces  
con todo su esplendor: por ti adorada  
de los Hésperos es. ¿Puede gloriarse  
la república insigne de los sabios  
de mejor protector? ¿Podrá negarse  
a un hombre tan benéfico y amable  
este fruto debido a sus influxos?  
Estas son, Conde ilustre, unas primicias  
que mi ingenio ha formado en otro (3) tiempo

---

(3) Estas poesías se escribieron quando su autor tenía sólo quince años de edad.



en que la amable y dulce poesía  
con sus finos halagos me seduxo;  
pero intentos más altos despertaron  
el ánimo en sus brazos adormido;  
yo de ellos me he arrancado, y estudiadas  
las leyes sacrosantas e inviolables  
que la naturaleza dicta al hombre,  
por mano de la Historia conducido  
al templo fuera de la augusta Themis.  
Allí, con fiel balanza ponderada,  
la justicia y la paz al hombre veo,  
y la felicidad a todas partes  
se difunde de allí; ojalá sean  
mis encendidos votos acordados  
de esta diosa sagrada, y oficiosa  
sus augustos misterios me revele.  
Tú, entre tanto, munífico Mecenas,  
del imperio español digna columna,  
escucha atento los lamentos tristes  
de una infeliz, y si su llanto amargo  
a tu sensible corazón agrada,  
disponde a recibir de mi respeto  
de mis altos estudios las tareas.

Excmo. Señor:  
su más humilde y rendido servidor,

*Manuel Joseph Quintana.*

CARTA DE MATILDE, CONDESA DE BOLONA, A ALFONSO TERCERO,  
REY DE PORTUGAL

ARGUMENTO

Matilde, Condesa de Boloña, casó en segundas nupcias con Alfonso, hermano del Rey de Portugal D. Sancho Capelo. Arrojado éste del Reyno por sus Vasallos, eligieron en su lugar a Alfonso. El entonces repudió a Matilde y casó con una hija natural del Rey de Castilla. La infeliz condesa, después de abandonarse al más furioso dolor, pasó a Portugal para



reconvenir a Alfonso; pero este ingrato esposo la mandó detener quando llegaba ya cerca de Lisboa. Ella, en tan infeliz situación, escribió esta carta, reprehendiéndole su perfidia:

MATILDE A ALFONSO

Ya que desconocido no has osado  
ver mi odiosa presencia, admite al menos  
estas cláusulas tristes mal formadas  
con el amargo llanto y los suspiros.  
Pasa por ellas tus aleves ojos,  
si de ese nuevo Reyno los cuidados,  
o los dulces abrazos repetidos  
de tu adorada amiga no lo estorban.  
No rezeles que el Reyno te arrebate  
de esta enojosa carta la lectura,  
y lo que siento más, está seguro,  
que no te sacará del infiel pecho,  
del olvidado pecho que fué mío,  
de esa mujer injusta la figura.  
¡Ah! No me niegues este don postrero,  
pues tantos yo te he dado en otro tiempo,  
en el tiempo feliz y venturoso,  
quando mi amor con otro amor pagabas.  
¿Cómo así te olvidaste de ti mismo,  
que sin temor de Dios te has entregado  
a vicio tan infame? ¿Has olvidado  
tan pronto aquello que a mi amor debías?  
¿En dónde está el honor? ¿Fúndaslo acaso  
en engañar a una mujer que en nada  
ofendido te había? ¿Quién dixera  
que quando aquel Alfonso se esmeraba  
en amarme y servirme a todas horas,  
ya sobre mi cabeza fulminaba  
los filos penetrantes del engaño?  
¡O tiempo! ¿Dó escondiste aquellos días  
en que con mil suspiros encendidos  
el amoroso aliento me bebía  
el que en brazos ajenos duerme ahora?  
¿Y dónde huyeron las felices horas  
quando con repetidos juramentos  
su constancia en amarme aseguraba?  
¿Quándo gocé de los delicias puras  
de un inocente amor correspondido?



Todo desapareció, qual leve sueño,  
o como pluma que arrebató el ayre.

Inútiles favores, ansias tristes  
que yo por este ingrato he padecido,  
venid a socorrerme, y ya que en nada  
en tan funesto lance me valisteis,  
venid y confundidle con su misma  
ingratitude; el pérfido se vea  
de su misma vileza avergonzado:  
Dad esto a mi clamor, y al punto sea.  
¡Ah! ¿Por qué esta memoria dolorosa,  
que tanto aflige mi sentido pecho,  
no disuelve con fuerza irresistible  
el hilo amargo de mi triste vida?  
Que menor mal entre tan grandes males  
fuera acabar la vida miserable,  
cercada de dolores tan terribles,  
que no estar viendo mis cansados ojos  
cómo goza del fruto que era mío  
esa mujer adúltera y bastarda.

Mas ¡ay, Alfonso! ¿Qué me presta ahora  
qué me presta injuriarla, si gustoso,  
entre suspiros mil y mil caricias,  
su seno besas y en tus brazos ríe?  
Pero ella llorará; llegará tiempo  
en que la desampares, y liviano  
busques otra mujer. Que así los cielos  
vengarán con su afrenta mis afrentas.  
Vuelve en tí, Alfonso, vuelve y no porfies  
en contrastar la voluntad divina;  
yo sola soy tu esposa y la que sólo  
amada debe ser; la Providencia  
a tí me destinó: pues ¿por qué causa  
así tan sin respeto me abandonas?  
¿Tan en breve, cruel, te fastidiaron  
la edad lozana, las riquezas muchas  
y la hermosura grande en que decías  
me aventajaba al sol? ¿Acaso tiene  
más riqueza y beldad la Castellana?  
Tenga más hermosura y más tesoros;  
no te ama más que yo; sus beneficios  
¿osará compararlos con los míos?

Por tí perdí la castidad jurada  
a mi primer esposo, entonces muerto;  
por tí los Boloñeses murmuraron  
de mi poco recato y mis amores;  
por tí dispuesta a abandonarlo todo



estuve siempre, infiel; la vida y honra  
al presentarte tú nada valían;  
y, lo que es más, yo misma loca y ciega  
en las manos te puse el arco duro  
que disparó las venenosas flechas  
con que mi corazón emponzoñaste.

Veniste por mi mano a mis estados,  
pobre, abatido, desvalido y solo,  
para buscar en ellos un asilo;  
lo hallaste, y aún mejor del que pensabas.  
Yo en mi Palacio te hospedé, movida  
de compasión al ver tan abatido  
al hermano de un rey. ¡Nunca lo hiciera,  
ni en mi seno abrigara la serpiente  
que el encendido corazón devora!  
Yo te amé, y me perdí; tú falsamente  
me mostrabas amor, y ya más fácil  
que lo que ser debiera, a los combates  
de la pasión cedí, rendí mi mano  
a un falso engañador que me ha burlado.  
¡O pasión! ¡O pasión! ¿Quántas desdichas  
a mi pecho has causado? ¡Nunca hubiera  
visto tal hombre! Y antes que aportase  
en mis riberas, me tragase el suelo.  
Yo me dexé engañar; las blandas voces  
con que falso mi amor lisonjeabas,  
el linage y la fama que traías,  
todo sirvió para cegarme, y todo  
para precipitarme en mi locura.  
¿Pues quién, tras tanto y tan dichoso tiempo,  
tan súbita mudanza imaginara?  
Nadie lo pudo imaginar, yo sola  
soy la culpada en mis desdichas tristes.  
Mas ¡ay! ya se estremece la memoria  
al acordarse del aciago día  
en que arrancado de mis brazos fuiste;  
la fama publicaba, que a tu hermano  
por su grande inacción, del trono regio  
los portugueses arrojado habían,  
y por rey elegirte deseaban.  
¡Triste de mí! Partiste a fomentarlo,  
quedando yo desamparada y sola.  
¡O partida funesta! ¡Quántos daños  
a mi suerte feliz acarreaste!  
Por tí me vino el fin de mi ventura,  
por tí el principio de mis crudos males.  
Al fin llega la triste despedida.



¡Ah! ¿Cómo al acordarme no fallezco,  
al acordarme de las dulces voces  
con que de mí se despidió el infame?  
Dime, Alfonso cruel: ¿en qué pensabas  
quando tales palabras me decías?  
«Adorada Matilde, sólo sea  
causa para apartarme de tus brazos  
el ir a recibir una diadema  
que sólo ceñirá tus bellas sienes;  
presto daré la vuelta...» Así decías,  
y llorabas también, y me abrazabas,  
adorado traidor. Yo, sorprendida  
con el dolor agudo, apenas pude  
decirte a Dios; a Dios, me respondiste  
y subiste a la nave. ¡Qué violento  
el Céfito soplabal! ¡Qué velero  
era el casco fatal, que me llevaba  
el solo y grande bien que yo tenía!  
Todo se conjuraba a arrebatarte,  
desdichada Matilde, tu ventura.  
Al cabo ya los vientos el navío  
apartan de mi vista, y al instante  
de obscuridad mis ojos se cubrieron,  
los vacilantes muslos me faltaron  
y en la tierra caí; tres largas horas  
dicen que estuve sin sentido alguno,  
y que después, volviendo en mí, furiosa,  
la rubia cabellera me arrancaba,  
y con horribles gritos exclamaba:  
«¡Desconocido Alfonso! ¿Dó te has ido?  
¿Por qué me desamparas? ¿No pudiera  
esta desventurada esposa tuya,  
¡ay! partícipe ser de tus fortunas?»  
Así el dolor entonces desahogaba;  
pero después que a la razón dió treguas  
aquel primer calor, y serenóse  
la mente, hasta aquel tiempo arrebatada,  
a Dios eterno, que en los cielos mora,  
humildemente tu salud pedía,  
y con ardientes lágrimas rogaba  
que feliz a mis brazos te volviese.

No tardó mucho tiempo el extenderse  
la agradable noticia de que el reino  
portugués era tuyo, y que tu hermano  
por la Castilla fugitivo andaba.  
¡Oh! cuánto me alegré. Los cielos saben  
cuánto gusto y placer sentí al oirlo.



¡Qué gracias dí! ¡Qué galas no me puse!  
En mí misma de gozo no cabía.  
Los boloñeses todos se ocupaban  
en públicos festines y teatros  
por complacer a su feliz condesa ..  
¡Mas, ay de mí! La mano se entorpece,  
el llanto brota, y la cuitada carta  
de borrones y lágrimas se llena.  
En medio de mis dulces alegrías  
viene la fatal nueva de que Alfonso,  
a su amada Matilde abandonando,  
a una muger bastarda se entregaba.  
¡O fatal golpe! ¡Golpe inesperado,  
que derribó mis esperanzas todas!  
¿Es este proceder acaso digno,  
amado Alfonso, de la ilustre fama  
que antes que te casases te seguía?  
¿Son acaso los príncipes exentos  
de las obligaciones que contraen?  
¿O es que con la mudanza del estado  
te mudaste también? ¿Aquese reyno,  
ese reyno fatal, que destinado  
sólo fué para hacerme desdichada,  
tanto pudo cegarte, que rompiste  
aquel nudo feliz que nos unía?  
¿No soy la misma yo que ser solía?  
¿No soy yo la Matilde que en un tiempo  
tanto te enajenaba? ¿Quántas veces,  
infiel, no aseguraste, que primero  
hacia su madre volvería el Jane  
que olvidarme un instante de tu vida?  
Vuélvete, Jane, atrás; vive y me olvida,  
y me deja por otra el crudo Alfonso,  
que así cumple el traidor sus juramentos.  
Mas, Matilde infelice, no te canses  
en persuadir a Alfonso sus deberes.  
¿No es ese mismo que feroz y altivo  
retroceder te manda, y no permite  
que en su presencia la razón le expongas  
de tu amargo dolor? Pues sienta, sienta  
tu rigor el tirano, ya que infame  
no quiso agradecer tus beneficios.  
Sí, cruel, yo seré la que conmueva  
los príncipes christianos en tu daño.  
El sagrado pontífice movido  
de mi justo dolor y tus delitos,  
fulminará terribles anatemas



contra tu obstinación. De aquese reyno,  
de ese reyno que tanto te ha cegado,  
el justo juez de las humanas obras  
te quitará el dominio. Entonces todos  
contra tí se armarán; y tú, hecho presa  
de todos, morirás infelizmente  
como cerdoso jabalí, que herido  
de ponzoñosos hierros, y acosado  
del rabioso lebel, rinde la vida  
a los botes sangrientos de una lanza.  
Entonces ¡ay! repetirás en vano  
el nombre aborrecido de Matilde;  
ansioso entonces volverás los ojos  
hacia la Francia, de tu muerte ansioso,  
suspirarás y cerraráslos luego,  
para no abrirlos más. ¿Te burlas de esto?  
No burlarás de Dios que desde el cielo  
ya te amenaza con la aguda espada  
de su justicia y su furor violento.  
Estremécete, infiel, tiembla, tirano,  
al acordarte del castigo horrendo,  
que te espera por premio de tus días.  
¡O Dios omnipotente! Tú que has visto  
la santa llama del amor más puro  
ceder al interés, y los sagrados  
vínculos con que el cielo a los amantes  
une, con tal protervidad romperse,  
¿por qué un rayo del cielo no aniquila  
tan injusto traidor? ¿Pero qué digo?  
Tú eres justo y darásle competente  
pena a su horrible y detestable crimen;  
de esa muger infame a quien adora  
despojarásle; sus estados todos  
al dominio vendrán del que primero  
los ocupare; y él, atormentado  
con mil remordimientos, abatido,  
y de todos los hombres despreciado,  
vivirá hasta que llegue el triste día,  
en que le arrojes al eterno fuego,  
do entre horribles suplicios y castigos  
perpetuamente atormentado sea.



ODA RECITADA EN LA REAL ACADEMIA DE SAN FERNANDO

En la Junta pública que tuvo el día 14 de julio de el año de 1787 para distribuir los premios concedidos por el Rey, nuestro señor, a los discípulos de las tres nobles Artes.

Noble entusiasmo, ven; tú que levantas  
el ánimo del hombre, atravesando  
con tus rápidos vuelos  
a la parte más alta de los cielos,  
ven fácil a mi voto, acompañando  
aquel sagrado fuego con que encantas  
el alma del poeta que te implora;  
ven, noble fuego, ven, que quiero ahora  
los divinos primores  
de las artes cantar y sus loores.  
Y tú, rabel humilde, que ya un día  
entonaste en las húmedas riberas  
del Tormes abundoso  
las canciones que Apolo luminoso  
alegres me inspiraba y placenteras  
baxo de alguna cavidad sombría,  
de un alto fresno quedarás pendiente,  
en tanto que celebra heroicamente  
la cítara atrevida  
la gloria de la patria esclarecida.  
De la patria feliz que, coronando  
la frente de laureles inmortales,  
añadió a su grandeza  
de las divinas artes la belleza,  
sus renombres famosos ensalzando  
sobre la antigüedad; ellas iguales  
a la naturaleza son; por ellas  
mejoradas se ven sus formas bellas,  
el espíritu encantan  
y a la virtud sublime le levantan.  
Pero de ti, Diseño celebrado,  
de ti diré, primero fundamento  
y basa de las artes,  
cómo la bella proporción repartes,



la enérgica expresión al noble intento  
del artista constante y aplicado.

Tú de los entes los contornos muestras,  
y tú la mano y el pincel adiestras  
para pintar perfectos  
de la naturaleza los efectos.

Mas dime ¿con cuál arte soberano  
distingues los afectos y facciones  
del niño delicado,

de las de el mozo altivo y arriscado,  
y los miembros perfectos de varones,  
de los del corvo y arrugado anciano?

¿Cómo en un mismo plano poner osas  
los astros y la mar y quantas cosas  
el Criador produjo?

¿A tanto alcanzas, celestial Dibuxo?

Sobre ti sus hermosos pies fixando  
sube a la perfección más peregrina  
la gracia encantadora.

Con su delicadeza se mejora  
el universo ser, y a la divina  
eloquente expresión acompañando,  
a los sentidos roba enagenados.

Por ella serán siempre celebrados  
los graciosos pinceles  
del Alegri divino y grande Apeles.

Pero ya la Pintura ante mi vista  
se presenta de lienzos rodeada,  
y al contemplarlos veo  
la belleza ideal; mírola y creo  
los encantos del Arte, y animada  
la tinta dulcemente me conquista.

Unidos a la gran naturaleza  
el Gusto, la Verdad y la Belleza,  
aquí el odio me excitan,  
y allí con el amor mi pecho agitan.

De un medroso terror mortificada  
el ánima se halla, quando miro,  
¡o Miguel inflamado!  
en tu *universal juicio* el rostro ayrado  
del juzgador severo: Yo suspiro  
al ver el fuego con que está expresada  
la confusión en unos, la vergüenza  
punzante en otros reos, y comienza  
a temblar la alma mía  
viendo presente tan tremendo día.



Mientras que la Escultura duradera  
ante mis ojos pone a *Ganimedes*  
sobre el ave ligera,  
que la remonta a la celeste esfera.  
¿Cómo, cincel agudo, tanto puedes?  
Brilla en su cuerpo la risueña aurora  
de la juventud tierna, sus xugosos  
miembros están qual de azucena hermosos,  
y en su rostro se mira  
el susto y turbación con que respira.

Entretanto, la noble Arquitectura  
se halla en empresas grandes ocupada.  
Ya entre sus obras veo  
la planta del magnífico *Museo*  
donde natura fixe su morada  
para enseñanza de la edad futura.  
¡Dichosa España, y tiempos más dichosos!  
en que se ven intentos tan grandiosos,  
intentos, que a lograrlos  
se empeña el grande y el augusto Carlos.  
El grande y sabio Carlos, que alentando  
las ciencias y artes generosamente,  
de sus vasallos fieles  
le concilia el amor, y de laureles  
coronada su noble excelsa frente  
le irán los venideros celebrando.  
Y a ti, su gran ministro, el cielo quiera  
concederte una vida duradera  
para ser en el suelo  
el honor de las artes y el consuelo.

### ELEGÍA

En un abismo de pecar contino  
voy confundiendo mi cansada vida,  
siempre olvidado del poder divino.

En vano la razón enflaquecida  
gime, llorosa, y a arrancar me incita  
la inmunda planta al corazón asida:

Que mientras más en mi interior me grita,  
yo estoy con más tesón eslabonando  
la cadena del vicio, que me agita.

Y Dios por otra parte, sustentando  
mi vida criminal con su clemencia,  
de mayor confusión me está llenando.



Acabe, acabe tan fatal demencia,  
acabe tan funesto devaneo,  
tan infame maldad, tanta insolencia.

¿Y estos los frutos son de mi deseo?  
No hagáis, inmenso Dios, más desdichada  
la horrible situación en que me veo.

De la santa virtud la sombra ayrada  
parece que a mi vista se presenta,  
y me confunde con su faz sagrada.

Que la ultrajada Religión, sedienta  
de mi sangre y mi ruina, fulminando  
sus rayos viene contra mi violenta.

Y a este otro lado con furor gritando  
una espantosa voz hiere mi oído,  
y mi espíritu aflige así exclamando:

«¿Infame, siempre en la maldad sumido  
has de vivir? ¿Y siempre abandonado  
tras del engaño y el error perdido?

¿El torpe y vil placer no te ha saciado?  
¿No te ha saciado el mundo? ¿Y aún suspiras  
porque un placer no encuentras que has buscado?

¡Infeliz, estremécete! ¿no miras  
que aquella mano augusta de quien pendes,  
te va a hacer el objeto de sus iras?

Mas tú entretanto con furor enciendes  
el devorador fuego, que a abrasarte  
va envuelto con el vicio, y no suspendes  
el continuo pecar. ¡Ay! guarte, guarte,  
de la saña de Dios terrible y fiera,  
que nadie puede a su furor librarte.

Tú acaso tienes esto por quimera,  
y entregado de nuevo al vano mundo,  
la eternidad desprecias que te espera.»

¿La eternidad?... ¡Oh Dios! Yo me confundo,  
yo me confundo cuando en ella pienso  
abandonado a mi dolor profundo.

¡O voz, no truenes más! Un humo denso  
ocupando mi vista al entenderte,  
me aflige a par de mi dolor inmenso.

¿Que ya por siempre en desdichada suerte  
rabiando he de vivir? ¿Siempre perdido  
y envuelto en los horrores de la muerte?

Mas ¡ah! que bien merece estar sumido  
en el mayor horror de los pesares,  
el que a tan grande Dios tanto ha ofendido.



A aquel que hizo de estrellas los millarés,  
que remueve los montes de su asiento,  
y registra los hondos de los mares.

Con vil y descarado atrevimiento  
el lodo, el lodo infame insultaría,  
¿y él había de ocultar su sentimiento?

¡Oh qué terrible confusión la mía!  
Parece que a mis pies se abre la tierra,  
y que me esconde en su caverna umbría.

Que la naturaleza me hace guerra  
con todos sus esfuerzos, impelida  
de la grande impiedad que en mí se encierra.

¡O vida en el pecado envilecida!  
¿Por qué antes de este punto no acabaste,  
en que llegas a serme aborrecida?

El dulzor de que tanto me colmaste,  
y aquella muchedumbre destructora  
de los deleytes en que me anegaste,  
¿de qué le sirven a mi pecho ahora,  
sino de pasto a la inquietud maldita,  
que mis sentidos y razón devora?

Ya, Dios tremendo, veo la infinita  
hondura de tus juicios, y en mi mente,  
la rabia advierto que a morir me incita.

Veo con claridad cuán vanamente  
en tu grande bondad mi maldad fía,  
que los delitos juzgarás clemente.

Y advierto en mi exaltada fantasía  
todo el funesto horror representado  
del juicio horrendo del postrero día.

Tú en tu tremendo Tribunal sentado...  
tus ojos..., tus palabras de ira llenas...;  
yô confuso..., aturdido..., avergonzado.

Veo que eternamente me condenas  
a ser pasto del fuego del infierno,  
entre voraces punzadoras penas.

¡Qué horrible entonces el dolor interno  
rasgará mi interior, al ver ayrada  
la faz del poderoso y el eterno!

¡O Señor! antes de hora tan cuitada  
arrojad a esta infame criatura  
al abismo insondable de la nada...

¿Qué desesperación mi pecho apura  
hasta obligarme a blasfemar rabioso,  
y me oprime feroz con mano dura?



¡Ah! Ya advierto mi error, Dios bondadoso,  
y de tu luz un rayo manifiesto  
me conduce a la gracia y al reposo.

Conozco mi maldad, y la detesto,  
y aparto el labio de la copa de oro  
bebido habiendo su licor funesto.

Yo espero en Dios, y si mis males lloro  
sabrá apartarme del infiel camino  
su providencia, que rendido adoro.

Yo espero en mi buen Dios, el que benigno,  
nunca niega su auxilio poderoso  
al que aturdido a su poder divino  
piedad en su pecar demanda ansioso.

## ODA I

A UN OPULENTO AVARO

¿De qué te sirve, di? ¿De qué te sirve,  
vil avariento, el oro?

¿De qué te sirve el pálido tesoro  
en escondidas arcas encerrado,  
y con fuertes cerrojos resguardado,  
en obscuro aposento,  
donde jamás el sol le dé, ni el viento?

¿De qué el costoso y eminente alcázar,  
¡infeliz!, te aprovecha?

¿De qué la reluciente casa, hecha  
no para descansar, para cuidados?

¿De qué los techos y artesón dorados,  
con barras de oro unidos,  
y sobre el mármol pario sostenidos?

Nada de esto te sirve, miserable,  
para que más fortuna  
tengas, o goces excepción alguna;  
el oro tan brillante y tan lustroso,  
¡quán difícil de hallar y qué costoso!  
Y aun después de alcanzarlo  
¡quánto trabajo cuesta el conservarlo!

Ese anhelar inquieto por tesoros  
que tu pecho devoran,  
esas ansias infames que desdoran



la virtud y el honor, ¿qué te adquirieron?  
¿Acaso un poco de oro? Nada hicieron.  
Por mucho que poseas,  
es aún mucho más lo que desees.

Mas supongo que encierres en tus arcas  
todo el oro del mundo;  
• que te sirva su pesca el mar profundo;  
que poseas los quadros soberanos  
de famosos Apeles y Ticianos;  
y en fin, que el orbe entero  
tu mandato obedezca con esmero.

¿Pensarás, miserable, por ventura,  
que con tal poderio  
más felice serás? ¡o desvarío!  
Mientras más poder tengas, más cuidados;  
y con tantos tesoros encerrados  
jamás estás contento;  
¡miserá condición del avariento!

Envidia sólo causarás al triste  
que tenga por ventura  
lo que los sabios juzgan desventura;  
a aquel que en la quietud halle sosiego;  
o bien al otro misero, que ciego  
en torpe vicio yace,  
y jamás de obrar mal se satisface.

¡Mas, o cuánto se engañan y te engañas!  
Ni el mando, ni el dinero,  
saben dar un descanso verdadero;  
sólo la virtuosa medianía  
darlo puede; y en tanto que en el día  
disfruto mil placeres,  
tú niégate a tí mismo tus haberes.

## ODA II

A F I L E N A

Ya que vuestra severa  
virtud, desdeñe recibir ahora  
mi voluntad sincera,  
tened piedad, señora,  
de este rendido amante que os adora,



De este amante abrasado  
al fuego de la gracia y hermosura,  
que próspera os ha dado  
la admirable Natura;  
pues todo su poder en vos apura.

Mas ¡ay! el desdén fiero  
que tiene por mí mal fortalecido  
vuestro pecho severo,  
está firme al gemido,  
qual roca inmóvil al viento enfurecido.

¡Ah! ¡quién, a gracia tanta,  
aunque fuera de mármol resistiera?  
¿Y la triste garganta  
al yugo no rindiera,  
si vuestras prendas con cuidado viera?

Yo quedé enagenado  
al enredar la vista en el cabello,  
para mí mal rizado;  
y al mirar aquel cuello,  
que suspende y encanta en sólo vello.

En vuestros ojos via  
el fuego para arder las almas hecho,  
y después advertía  
en lágrimas desecho,  
la blanca nieve palpar del pecho.

La dulce... ¡Ay! Yo me olvido  
de aquella desdenosa compostura,  
que unida al encendido  
rayo de la hermosura,  
templar sabe el rigor y la dulzura.

Y tú, virtud divina,  
tú, que en su pecho tienes digno asiento,  
a su planta encamina  
este dulce lamento,  
y de mi tierno amor el sentimiento.

De este amor inefable,  
jurado sólo a vuestra hermosura,  
o Filena adorable,  
desde que mi ventura  
a conocer me dió vuestra luz pura.



¡Feliz por siempre el día  
en que se oyó a la fama placentera,  
que de Pincia venía  
a ornar nuestra ribera  
la beldad más amable y lisonjera!

El Padre Tormes luego  
amansaba sus ondas cristalinas  
en plácido sosiego;  
y a sus Ninfas divinas  
de rosas adornaba y clavellinas.

Y el amor desprendióse  
del seno de su madre y baxó al suelo,  
os miró y admiróse.  
Advirtió mi desvelo,  
hirióme el corazón, y se fué al cielo.

## SILVA I

### A UNA GARGANTA

A tí mi vista se dirige ahora,  
garganta encantadora.  
Yo atónito en tí veo  
un no sé qué de gracia y hermosura,  
que enciende mi deseo.  
¿Quién es el que en tí puso  
para mi mal la celestial blancura,  
que junto al encarnado de la rosa,  
al amante suspende que te mira?  
Tú eres principio del nevado seno,  
de ese nevado seno, donde unida  
la honestidad con la virtud se anida.  
Tú añades magestad y gentileza  
a la hermosa cabeza,  
que augustamente sobre tí sostienes;  
quiso Naturaleza  
echar el resto a su poder un día,  
y el modelo formó de la belleza  
en vos, señora mía.  
Sacó las perfecciones  
de las más excelentes producciones



que en el mundo existían,  
y en sola vos las puso: dió a la frente  
aquel albor que alegra la mañana,  
a los ojos la luz abrasadora  
con que Febo en su carro el suelo dora...  
Pero hermosura tanta  
colocó en la garganta,  
que al mirarla acabada,  
Naturaleza atónita y pasmada  
se quedó contemplando su belleza;  
el Amor con extraña ligereza  
voló a verla, y al verla, enagenado,  
*aquí haré mi mansión eternamente,*  
dixo, de ella abrazado.  
¡Ay! si Amor y Natura  
admiran la hermosura  
de esa garganta bella,  
¿qué hará un amante al vella?  
Ya mis ojos ardientes se extravían,  
ya miran cuál se enciende y cuál se agita  
la rosada cerviz, luego reparan  
entre los lazos y delgadas gasas  
cómo palpita el delicado pecho.  
Alzo después la vista, y la garganta  
otra vez me suspende y enagena;  
y al mirarla no puedo contenerme,  
no puedo contenerme, y a mí mismo  
me digo enardecido: *si a aquel cuello*  
*abrazado te vieras,*  
*enagenado, Anfriso, ¿qué te hicieras?*

## SILVA II

### LA AUSENCIA

Ansia tirana, pues con tanta priesa  
me quieres acabar, afloja un poco  
ese furor infausto.  
Déxame suspirar la causa aciaga  
que a tan vil situación me ha reducido.  
De la cumbre mayor en que se vido,  
cayó mi gloria derribada al suelo;  
¡ay, fiero desconsuelo!



¿Cómo tan presto se han desvanecido  
aquellos regocijos y alegrías  
que gocé en otros días?  
¿Cómo en tan breve tiempo tal mudanza,  
y mudanza tan fiera? ¿Qué delitos  
contra tí he cometido, cielo augusto,  
para que tan tirano me castigues?  
En nada te ofendí; mis desventuras  
nacieron de un amor, de un amor puro  
debido a la inocencia y la hermosura.  
¿En qué, pues, delinquí para que ahora  
despeñándome ¡ay triste! de la cumbre  
de mi dulce ventura,  
a desdichas tan tristes me abandones?  
¡O ausencia, el más terrible de los males  
que inventó el amor fiero contra el hombre!  
¿Quién te ha dado el poder con que destruyes  
la más firme esperanza? Tú concluyes  
con el contentamiento y alegría  
que al amante da vida. En un instante  
conviertes en acíbar las delicias  
que más dulzura causan en el mundo.  
Tú haces, triste ausencia,  
que aun el más firme espíritu vacile  
en la fe de su amante. Tú hiciste  
que los rabiosos celos  
contigo comparados  
fuesen breves desvelos  
en un punto acabados.  
Por tí me miro en este vil estado  
muy más duro mil veces que la muerte;  
en él aun a mí mismo yo me ignoro;  
en sólo puesta el alma en lo que adoro,  
no atiendo a lo demás. ¡Ay! ¿Quién creyera  
que en amargura tal se convirtiera  
lo que entonces tan dulce se mostraba?  
¿Y quién pensara que de aquel contento,  
que tanto mi pasión lisongeaba,  
viniese a proceder este tormento,  
que así me aflige el corazón? ¡Maldita  
y execrable pasión, que a tal estado  
conduces a los hombres! Busco ansioso  
en esta para mí triste morada,  
aquel grande reposo y alegría  
de que privado estoy; mas vanamente  
los buscas, infelice: ¿qué hallar puedes  
en este sitio sin los bellos ojos,



que con tanta ternura y complacencia  
mirarte acostumbraban? Ojos bellos,  
¿con que ya no he de ver aquella lumbre  
que escurecer el sol a mediodía  
bien puede? ¿Aquella lumbre, donde el fuego  
de mi pasión violenta se encendía?...  
Conviéneme morir, pues desterrado  
estoy de aquella luz, que era la causa  
de todo mi contento. ¿Dó se han ido  
aquella gentileza y hermosura  
de todos adoradas? ¿Dónde suena  
la voz encantadora de la boca  
que con sus amorosas expresiones  
tan lisonjeramente me rendía?  
¡Ay! ¡ay triste de mí! ¿Qué me ha quedado  
de aquel alegre y venturoso estado?  
Nada más que memorias infelices,  
que con mis crudos y rabiosos males  
para acabar mi vida se han unido.  
Yo quedaré con ellos batallando  
hasta que el alma a los livianos vientos  
vaya, y el cuerpo en este triste valle  
quede, para escarmiento de amadores...  
Y acabaré al furor de mi destino,  
pues así las estrellas lo quisieron,  
que sólo por mi mal alimentaron  
pasión tan triste, tan funesta y brava.

Así Anfriso en su ausencia se quejaba.

## ROMANCE

### A THIRSO

En este escondido valle  
cercado de espesas sierras,  
do testigos de mis ansias  
son solamente las peñas,  
al dolor abandonado,  
y devorando mi pena,  
maldigo de mi destino  
con mil rabiosas querellas.  
Así está, Thirso, tu amigo:  
aquel que las zagalejas



por alegre coronaron  
en sus envidiables fiestas.  
¡Venturoso tú mil veces  
que gozas con alma exenta  
de su inocente alegría,  
y sus gracias placenteras!  
Y desdichado del triste,  
a quien la grave cadena  
los fieros hados echaron  
oprimiéndole con ella.  
¿Por qué ha de nacer el hombre  
si ha de estar su alma sujeta,  
hora a una cruda desdicha  
y hora a una amarga miseria?  
¿Por qué después de perdido  
en tal laberinto, niega  
a la reflexión divina  
sus ofuscadas potencias?  
¡Mas ah! Yo pierdo estas voces,  
mientras que la aguda flecha,  
en el corazón clavada,  
de desventura me llena.  
En vano con mano débil  
voy a arrancarla; me apremia  
más y más, cada momento,  
y respirar no me dexa.  
Yo triste y desesperado  
llamo a la muerte, mas niega  
la impía muerte a mis plegarias  
sus despiadadas orejas.  
Anfriso infeliz, ¿qué haces?  
¿Tienes cerradas las puertas  
a la esperanza, y con todo  
en tus pasiones te anegas?  
¿Aliviarte en tus dolores  
podrás si te desesperas?  
¿O en el despecho y la rabia  
encontrar consuelo piensas?  
Sólo a la virtud divina  
encargó la Providencia,  
que fuese el común asilo  
de las humanas miserias.  
Así discurro unas veces;  
otras se me representa  
aquel tiempo tan dichoso  
que contigo yo viviera.



¡Ah Thirso! ¡Quién a unos días  
tan agradables volviera!  
¿Dónde huyó aquella ventura  
tan plácida y lisonjera?  
Mas ¡ay! vino la malicia,  
corrió el velo a la inocencia,  
y con ella se escaparon  
aquellas horas tan buenas.  
Quedó el pecho descubierto,  
y las pasiones violentas  
lanzáronse como tigres  
a hacerle funesta guerra.  
De él crudas se apoderaron,  
y yo en desdicha tan fiera  
a las ciencias acogime  
y me burlaron las ciencias.  
Volví a la beldad mis ojos,  
juzgué que sus alhagüefías  
perfecciones servirían  
de salud al alma enferma.  
Engañéme. ¡Oh! ¡nunca, nunca  
mis ojos tristes yo abriera!  
¡Nunca engañarme dexara  
de sus falsas apariencias!  
Amo, y en vez de contento  
hallo las penas acerbas  
que una gran pasión causa  
sin poder satisfacerla.  
Yo triste, amador insano  
de una muger, que desprecia  
mis amorosos suspiros  
y mis ardientes querellas,  
y que, fina, al mismo tiempo  
su más puro afecto empeña  
en otro, quizás más digno,  
y no más amante della,  
¿qué he de hacer? ¿Por qué no muero?  
Violenta pasión, sal fuera,  
sal, ¿por qué me despedazas  
el corazón? ¿Por qué aquejas  
tanto un infeliz? ¿Por qué  
no haces que apagada sea  
esta llama abrasadora  
que discurre por mis venas?  
Y tú, implacable Destino  
a quien complace y deleyta  
el ver penar a los hombres,



que a desdichados condenas,  
¿por qué me afliges tan crudo?  
¿Por qué un momento siquiera  
no mitigas los rigores  
que me punzan y atormentan?  
Mas tú te burlas de todo;  
y apretando la cadena  
de la fiera desventura,  
mi agudo martirio aumentas.  
¡Ay de mí! Las ansias crecen.  
La ponzoña se alimenta  
de las entrañas, y al cabo  
mi fin desdichado llega.  
¿Tanto las pasiones pueden  
en el pecho que envenenan?  
¡Ay! En mis amargas ansias,  
querido Thirso, escarmienta.

## ROMANCE

### A LA ESPERANZA

Malogradas esperanzas,  
si en vuestros dulces deseos  
engañadas habéis sido  
por unos vanos afectos,  
no desamparéis ahora  
ni dexéis en desconsuelo  
con vuestra triste partida  
este lastimoso pecho.

Por vosotras he vivido,  
por vosotras me mantengo,  
y si me dexáis vosotras  
feneceré sin remedio:  
de tantas tribulaciones  
sed el único consuelo,  
y dexad que mis desdichas  
con vuestro quedar sean menos.  
Que aunque aquella ingrata Circe  
tan poco caso haya hecho  
de mi fe y de mis palabras,  
no por eso desespero;  
mas, ¡ay!, quien tanto desprecia  
mis honestos pensamientos,  
¿qué hará de reconvenciones?



¡Infeliz, ya no hay remedio!  
Dime, bella infiel, ¿qué causa  
pude dar a tu desprecio?  
¿Ni qué razón tener puedes  
para tal procedimiento?  
¿Mudanzas e ingratitudes,  
son el merecido premio  
de dolores tan crueles  
y de tan duros tormentos?  
¿En nada, perjura, en nada  
estimas el juramento  
que de ser mía me hiciste  
en el valle de tu pueblo?  
Decías: Querido amigo,  
juro por los altos cielos  
de ser tuya hasta que muera,  
sin conocer otro dueño.  
¡O palabras!, ¡o semblante!,  
tan traidor como alhagüño.  
¡O servicios mal gastados!,  
y ¡o mal pagados deseos!  
¿Quién pensará que se encierra  
un ánimo tan perverso  
en un cuerpo tan hermoso  
y en un semblante tan bello?  
¿De qué, infeliz, me han servido  
aquellas torres de viento  
que en mi cabeza formaba  
tan sin tino y sin provecho?  
De nada más que amarrarme  
con más gusto al grave peso  
de la terrible cadena  
que me tiene tan sujeto,  
ofuscadas las potencias,  
esclavo el entendimiento  
y rendida la razón  
de una muger al imperio.  
¿Qué haré, infeliz, en tan triste  
y lamentable suceso?  
¿Desataré las cadenas  
que de este modo me han preso?  
Mas, ¡ay!, que el alma responde  
en lo interno de mi pecho:  
Muere, miserable, muere,  
que ya no puedes hacerlo.  
Y pues ya sin esperanza  
de recobrar mi sosiego



cautivo y encadenado  
infelizmente me veo,  
idos con Dios, esperanzas,  
que desesperado muero  
en brazos de mi desdicha  
y a manos de mi despecho.

## HIMNO

### A LA INOCENCIA

Vuelve, don divino,  
cándida inocencia,  
e inspira a los hombres  
tus decretos santos.

Desciende del cielo,  
donde eterna moras,  
y esparce en la tierra  
tus luces sagradas.

Ahuyenta del mundo  
los fieros engaños,  
las guerras infaustas,  
que tanto destruyen.

Infunde en el hombre  
aquel candor puro  
que de fiera horrible  
le transforma en ángel.

Así de su seno  
huirá la malicia,  
madre de los odios  
y de las traiciones.

Los pechos horribles  
de rencor armados,  
tornaránse dulces,  
blandos y suaves,  
y la tierra toda  
sentirá tus dones,  
la tierra asolada  
con tantas maldades.

Pues cumple mis votos;  
ven, santa Inocencia,  
y entrando en el mundo  
de dichas le colma.

¿Por qué no le vuelves  
la edad venturosa,  
que fué por tu causa  
llamada de oro?

No así se buscaban  
los hombres entonces  
con hierros sanguinos  
para apedazarse.

No cupo en sus pechos  
la codicia infame,  
ni la vil envidia  
vertió su veneno.

En plácidos juegos  
las horas pasaban,  
las horas que ahora  
tan molestas huyen.

Nunca en los esposos  
reynó la falsía,  
que siempre leales  
y tiernos se amaron.

Nunca fué a la guerra  
el joven robusto,  
ni fuertes arneses  
su espalda agobiaron.

Sin zelos, envidias  
ni murmuraciones,  
la tierna zagala  
con él se reía.

Todo era delicia,  
todo paz dichosa,  
en que se embriagaban  
las almas sensibles.

¡Edad venturosa!  
¡Edad envidiable!  
¡Qué felices fueron  
los que te gozaron!

¡Tú, santa Inocencia,  
solamente puedes  
volvérsele al mundo:  
¿pues qué te detiene?



## MISCELÁNEA LOPISTA

### I

#### UN PRETENDIDO ROMANCE DE SALINAS CONTRA LOPE

En nuestros *Apuntes para una bibliografía* de Lope de Vega (*Revue Hispanique*, LXXIV, 476) dimos razón de cierto romance del Dr. Juan de Salinas contra Lope de Vega, y respuesta de éste, a que Gallardo (*Ensayo*, tomo II), aludió al hacer un *Índice* de los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid. Después hemos vuelto a tratar del asunto en nuestro libro *Sobre la génesis del Quijote*, Barcelona, Araluce, 1930, págs. 122-123 y otras.

La cuestión, tal como la dejábamos planteada, revestía particular interés para el estudio de las disputas entre Lope y Salinas, se relacionaba también con la paternidad del *Entremés de los romances*, y podía tener repercusión en el problema de los primitivos orígenes del *Quijote*. Ello nos determinó a estudiar los manuscritos de dicha Biblioteca a que se hacía alusión. No tuvimos tiempo en aquel entonces para redactar esta pequeña nota —lo que, con los documentos originales a la vista, hubiera sido más fácil— y hoy tenemos que hacerlo a base de los apuntes que tomamos.

Dos manuscritos hay en la Biblioteca Nacional relacionados con el asunto, según el índice alfabético de la sección de manuscritos. El primero, el aludido por Gallardo, es el número 3.985 (antiguo M. 152): el *Índice* de la sección da cuenta, bajo el acápite: *Salinas*, de que en su folio 190 aparece un *Romance contra Lope* (del cicho Salinas) y *respuesta de éste* (de Lope). El otro es el número 3.948, en cuyo folio 34 v. figura —según se indica bajo el mismo acápite— una *Poesta de Salinas contra Lope*.

Descartemos primeramente de la cuestión el número 3.948, manuscrito que comprende solamente obras de Salinas. En el texto, la composición de que se trata: «Canónigo físgador», sólo va precedida del título *Romance*, y nada se dice allí de que se dirija *contra* Lope, ni contra nadie. Para nosotros es evidente —como ha de quedar patente después— que esa indicación se puso en el índice de la sección, en vista del contenido del otro códice, número 3.985.



El otro manuscrito (el mencionado número 3.985) sí que da lugar a dudas. Pero ya veremos como quedan resueltas satisfactoriamente.

En el comienzo (columna *a*) del referido folio 190 vuelto, aparece la terminación de cierto romance en *to*:

- [117] «mucha mano de nogal  
con su sebo de cabrito,  
tijera de tundidor  
que la huntan con tocino...»

Terminada esa composición se inicia otra (fin de dicha columna *a* y toda la columna *b*):

*Burla de Salinas*

«Canónigo figgador,  
pícaro descomulgado,  
que de bonete a bonete  
me saludaste de llano...»

Se trata, como vemos, de un romance asonantado en *ao*. Pasando al folio 191 recto, sus dos columnas semejan continuar esa composición, y lo mismo la columna *a* del folio 191 vuelto, en la que parece que termina. En seguida se lee:

*Respuesta de Lope de Vega*

- [1] «Bien parece, padre Tajo,  
que vuestros humildes hijos...»

Ha sido esta disposición de ambas composiciones —que aparentemente se continúan— lo que ha dado lugar a que Gallardo, al examinar rápidamente el códice, creyese que la segunda contesta a la primera, que estaría entonces dirigida por Salinas contra Lope.

No es así, sin embargo. Diremos en primer lugar que el contenido de la una nada tiene que ver con el de la otra. Examinemos además el precitado folio 191 recto, y veremos *que no es continuación* del anterior folio 190 vuelto, sino que por el contrario *debía preceder a éste*. La columna *a* comienza:

- [41] «que si tiene por milagro  
que da humor a tanto olivo,  
vos tenéis vagas famosas,  
copiosas de rubios trigos...»



En cuanto a la columna *b*, principia así:

[125] «la boca oliendo a azahar  
y la camisa a polvillos,  
porque dicen que lo feo  
enamora siendo limpio...»

Sigamos ahora con el folio 191 vuelto y veremos que se inicia de este modo:

[[21]] «Vos que en las sierras de Cuenca,  
mirad qué humildes principios,  
nacéis de una fuentecilla  
adonde se orina un risco...»

Es ya al terminar esta composición cuando aparece la

*Respuesta de Lope de Vega*

[1] «Bien parece, padre Tajo...»

hasta:

[40] «yerta, adelfas y lentiscos.»

En realidad, pues, entre los dos títulos: 1.º, *Burla de Salinas*, y 2.º, *Respuesta de Lope*, se entremezclan versos de tres composiciones, a saber:

a) El romance en *ao*: «Canónigo fisgador, | pícaro descomulgado», *Burla de Salinas*, pero que no está dirigida contra Lope de Vega, sino contra otro personaje, tal como se indica en el epígrafe que lleva este romance en otro manuscrito, el número 2.856, folio 74 v.: «Del Dr. Salinas al canónigo S. [la S va seguida de un rasgo que podría ser *n* o *r*: *Señor o San*, más probablemente esto último] Martín, de Burgos, a una burla que le hizo».

b) Otro romance en *io*, titulado en el código: *Respuesta de Góngora*: «A vos digo, señor Tajo, | el de las ninfas y ninfos», cuyo comienzo puede verse en el folio 150 v., columna *b*, de donde pasa al folio 191 v., columna *a* del código. Hemos indicado la numeración de sus versos, con dobles paréntesis cuadrados, en el margen izquierdo [[ ]].

c) Otro, también en *io*, titulado: *Respuesta de Lope de Vega*: «Bien parece, padre Tajo, | que vuestros humildes hijos», el cual comienza en



el folio 191 v. y sigue en el folio 191 recto. La numeración de los versos de este romance la indicamos con paréntesis cuadrados [ ].

La expresión, pues, *Respuesta de L. de V.* se refiere al otro romance, de Góngora, según el código, y que está reconocido como auténtico por el manuscrito Chacón (*Obras de Góngora*, edición Foulché-Delbosc, I, 153). Hemos aclarado perfectamente la escaramuza literaria entre Lope y Góngora, a que se alude, en nuestro mencionado libro *Sobre la génesis del Quijote*, Apéndice III, donde están copiados ambos romances, uno enfrente del otro; y anotados debidamente. La atribución a Lope del romance «Bien parece, padre Tajo», que hicimos a base conjetural, aunque evidentísima, recibe ahora la confirmación de un manuscrito del tiempo.

Lo que no dijimos entonces, puesto que sólo podía averiguarse por el estudio del tal manuscrito, es que la pelamesa comenzó con anterioridad. Un romance que en el código comienza: «De las nieves sacudidas | del fiero viento de marzo». (*Romancero general*, parte IV, folio 107, aunque aquí se inicia «De las nubes sacudidas»), el cual se copia en el folio 150 recto, atribuyéndolo a Lope, suscitó —no sabemos por qué— el enojo de Góngora, que redactó acto seguido, como *Respuesta* a él, el romance *b*, al que replicó Lope con el otro *c* y con el trozo de la comedia *La noche toledana*, a que nos referimos en nuestro libro *Sobre la génesis del Quijote*, página 169 y siguientes.

## II

### UN ROMANCE DESCONOCIDO DE LOPE DE VEGA

Bien ajenos estábamos nosotros de que la relación de algunas disputas literarias, del todo desconocidas hasta entonces, entre Góngora y Lope, que hicimos a título conjetural, aunque evidentísimo, en nuestro libro *Sobre la génesis del Quijote* (Barcelona, Araluce, 1930), iba a recibir bien pronto confirmación documental en alguno de sus extremos.

Dábamos cuenta allí (págs. 169-177 y otras), de cierto romance dirigido por Góngora contra Toledo en 1591:

«A vos digo, señor Tajo,  
el de las ninfas y ninfos,  
boquirrubio toledano,  
gran regador de membrillos...,

que puede verse en la edición de las *Obras de Góngora* por Foulché-Delbosc (I, 153) y en el *Romancero general*, parte IV, folio 105; así como de otro



romance anónimo del *Romancero general*, parte VI, folio 173, que allí, lo mismo que el anteriormente citado, copiábamos:

«Bien parece, padre Tajo,  
que vuestros humildes hijos,  
lejos de aquestas riberas  
viven en campos elíseos...»

Atribuíamos a Lope este último romance, y sosteníamos que (lo mismo que cierto pasaje de la comedia de Lope, *La noche toledana*, en *Biblioteca de Autores Españoles*, XXIV, 215-216) constituía una respuesta al otro de Góngora.

En otra notita, análoga a la presente, que hemos titulado *Un pretendido romance de Salinas contra Lope*, puede verse demostrado cómo un antiguo manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid (el núm. 3.985), cuyos folios han sido mal ordenados desde muy antiguo, relaciona ambos romances entre sí, titulado el primero: *Respuesta de Góngora*, y atribuyendo a Lope el segundo: *Respuesta de Lope*. Sólo quedaba por aclarar el carácter de respuesta que se asigna al romance de Góngora, y ello también resulta factible, ya que en el mismo códice se atribuye a Lope cierto romance: «De las nieves sacudidas», que en el *Romancero general* de 1600, en la misma parte IV en que está el de Góngora (fol. 107) comienza: «De las nubes sacudidas». Ese romance constituye, pues, el primer antecedente de la cuestión, ya que fué, según parece, lo que determinó la agresión de Góngora. Uno y otro se refieren a alguna avenida del Tajo ocurrida hacia 1591, en el mes de marzo de ese año o de alguno de los inmediatamente anteriores.

Vamos a copiar el romance aludido (que no fué incluido por Durán en el *Romancero general* de la *Biblioteca de Autores Españoles*) tal como figura en el códice, hasta el verso 26 inclusive. Como ahora no tenemos el códice a la vista, hemos tomado el resto hasta la terminación (versos 27 a 132) del *Romancero general* de 1600. Modernizamos la ortografía y la puntuación y anotaremos al final las variantes de alguna importancia que ocurren en los 26 primeros versos. Sólo nos resta añadir que el romance en cuestión no había sido atribuido hasta ahora a Lope (véanse nuestros citados *Apuntes*).

Helo aquí ahora:

Lope

- 1 «De las nieves sacudidas  
del fiero viento de marzo  
y con el agua de Piscis,  
salió de su madre Tajo,



- 5 que una vez inobediente  
pensó cubrir lo más alto  
del Alcázar de Toledo  
y del *Plus Ultra* de Carlos.
- 9 Desde las sierras de Cuenca  
bajó furioso a los llanos,  
donde Jarama su amigo  
le suele apretar los brazos,
- 13 y más perdido el respeto  
que si fuera luterano,  
saqueó de su ribera  
los más antiguos sembrados.
- 17 Hasta en hacienda del Rey,  
(que fué sacrilegio humano)  
como inglés la roba y quita  
de jardines y palacios,
- 21 y cual se vido otro tiempo  
la fiera mar de Lepanto,  
ya de riquezas cubierta,  
o ya de cuerpos humanos,
- 25 allí nadaba el escudo,  
allí la escopeta y frasco,  
la destroncada cabeza,  
el pendón turco y cristiano,
- 29 así ven venir agora  
por el Tajo volteando  
más varias cosas que tiene  
algún mercader gabacho:
- 33 molduras, mármoles fuertes,  
ninfas, sátiros y faunos,  
conchas, vidrios y relojes,  
pórfidos y jaspes varios,
- 37 muchos almendros en flor  
que no darán fruta hogaño,  
pareciendo a mi esperanza,  
que en flor se la lleva el diablo.
- 41 Las ruedas de los molinos  
que no resistieron canto  
huyendo van de sus quicios,  
desherradas como esclavos,
- 45 las cepas van por el agua  
y por el campo los barcos,  
que ya no hay arenas de oro,  
sino ripios y guijarros.
- 49 Y por vengarse una vez  
del vino, su gran contrario,  
sacó de ocultas bodegas  
los instrumentos de Baco.



- 53 Aguadas a su pesar  
(sin aguardar a la mano  
del tabernero ladrón)  
vienen tinajas rodando.
- 57 Las márgenes del diluvio  
señaladas por peñascos  
quiere cubrir por apuesta  
y azota sus pies bramando.
- 61 De los cobardes conejos  
venganza toma el tirano,  
cual cazador sin hurón,  
que es muy de hidalgos un galgo,
- 65 porque el río, que visita  
los bosques siempre vedados,  
en sus propias madrigueras  
los sepulta en agua y barro.
- 69 Ya no halla su acogida  
entre la zarga el lagarto  
y a su pasar la culebra  
aprende a nadar sin brazos.
- 73 A los montes convecinos  
huye el ciervo, y corre el gamo,  
y tras la oveja medrosa  
el corderillo balando.
- 77 La cabra rumia la yerba,  
el tomillo y el mastranzo,  
silva el pastor, ladra el perro  
y no responde el ganado.
- 81 Lo que descubre el molino  
es solamente el tejado;  
vese el ratón envidioso  
del ave que va volando,
- 85 que de los hurtos de noche  
hoy le pone el cielo en pago,  
a la vergüenza del día  
sin atalle pies ni manos;
- 89 mira el Sol que nunca ha visto  
(astrólogo por su daño)  
y con el agua a la boca  
su culpa confiesa el gato,
- 93 que del molino también  
ocupa el tejado blanco:  
que la adversidad a veces  
hace amigos los contrarios...
- 97 Oh Tajo, mayor que el Nilo,  
que dos veces en el año  
su verde ribera inunda  
fertilizando su campo,



- 101 como aquesta vez ha sido  
el equinoccio de marzo  
cuando el Sol enciende el oro  
del Tusón turco y cristiano,  
105 Amaltea vierte el cuerno  
por los árboles tempranos,  
brotan pimpollos de nácar  
de esmalte dorado y blanco.  
109 ¡Oh, qué ha de haber de membrillos!  
amacenaz y duraznos!  
¡Poder de Dios, qué de endrinas,  
cuatro libras en un cuarto!  
113 Para leña en el invierno,  
más que de fruta en verano,  
valdrán los árboles llenos  
de humor por los troncos bajos.  
117 Con esta fertilidad  
¿cuál será aquel mentecato  
que se espante de que haya  
tantos poetas hogaño?  
121 Bendigaos el cielo, amén,  
académicos del Tajo,  
dadles botín a las Musas,  
hilen y canten a ratos.  
125 En un monte dijo Ovidio  
que dió una cox un caballo,  
de que ha salido una fuente  
donde beben tantos asnos.  
129 ¡Mirad que mucho que engorden,  
quedando agora el Parnaso  
con la creciente del río  
cubierto de yerba y cardos!»

VARIANTES. Título, *Otro romance* (R. G.); verso 1, «De las nubes sacudidas» (R. G.); verso 5, y «una vez...» (R. G.); verso 11, donde Jarama su amiga (R. G.); verso 15, «le sacó de sus riberas» (R. G.); verso 16, «antigos» (*códice*), «antiguos» (R. G.); verso 17, «Hasta la hacienda de reyes» (R. G.); verso 22, «el fiero mar de Lepanto» (R. G.); verso 24, «y ya» (R. G.); verso 25, «aquí» (R. G.); verso 42, «que no resistieron canto», así en R. G.: quizá es «tanto».

JUAN MILLÉ Y GIMÉNEZ.



## VARIEDADES

---

### **El Puente de Toledo.—D. Juan Alonso Villabrille y Ron, autor de las estatuas de San Isidro y Santa María de la Cabeza**

El Puente de Toledo, uno de los monumentos más típicos de Madrid, en el corto espacio de cincuenta años hubo de ser objeto de diferentes ruinas y reedificaciones.

Por documentos que se guardan en el Archivo Histórico Nacional sabemos que, habiéndose reconocido el que existía en 1672, se le encontró intransitable, y se decidió fabricarlo de piedra y ladrillo conforme a la planta hecha por los maestros arquitectos, calculándose su importe en 100.000 ducados.

Poco después se resolvió construirlo de piedra, presupuestando para ello hasta 300.000 ducados que, como en el anterior proyecto, habían de pagar por repartimiento los pueblos de los reinos de Toledo, Sevilla, Córdoba, Jaén, Murcia y Granada, juntamente con la villa de Madrid, sus principales usuarios.

Estando ya acabado las grandes avenidas ocurridas en 1680 lo arruinaron hasta en los cimientos, por lo cual fueron condenados los maestros a la devolución y entrega de cantidades hasta 140.000 ducados.

En 1684 comenzaron las nuevas obras, siendo nombrado su intendente el licenciado Antonio Ronquillo Briceño, a quien en 1687 se confiere la superintendencia con facultades omnímodas para allegar recursos y acabar la fábrica del puente por todos los medios.

Otra nueva ruina padeció en los comienzos del siglo XVIII, hasta que en los años 1718 al 1724 fué fabricado el actual bajo la dirección de D. Pedro de Ribera, teniente de maestro mayor de Obras y Fuentes de Madrid, siendo representante de la Villa el doctor Francisco de Salcedo, marqués del Vadillo.

No se conserva hoy el puente en toda su integridad. De las cuatro fuentes que adornaban su entrada y salida, las primeras se hallan en estado lamentable y las últimas han desaparecido. Otros adornos acusan claramente la mano del restaurador.

Las estatuas de San Isidro y Santa María de la Cabeza son obra de don Juan Alonso Villabrille y Ron, escultor de gran mérito, que aparece muy confusamente tratado por los historiadores de arte, al punto de que Ceán



Se ha de dar a la villa de Alor, y los fijos de los conde  
para el fisco de la casa de Guipúzcoa, de los señores de Alor  
y de los señores de Alor, y de los señores de Alor.

18. y Febrero 1872

Donde se esta deuchazando en ta Com<sup>a</sup> de  
Aguente, y estando executadas las Ofi<sup>as</sup> de  
los Despache Libram<sup>to</sup> de su Leng<sup>a</sup> =  
Dn Juan de Soto

[illegible]

1894  
 1895  
 1896  
 1897  
 1898  
 1899  
 1900  
 1901  
 1902  
 1903  
 1904  
 1905  
 1906  
 1907  
 1908  
 1909  
 1910  
 1911  
 1912  
 1913  
 1914  
 1915  
 1916  
 1917  
 1918  
 1919  
 1920  
 1921  
 1922  
 1923  
 1924  
 1925  
 1926  
 1927  
 1928  
 1929  
 1930  
 1931  
 1932  
 1933  
 1934  
 1935  
 1936  
 1937  
 1938  
 1939  
 1940  
 1941  
 1942  
 1943  
 1944  
 1945  
 1946  
 1947  
 1948  
 1949  
 1950  
 1951  
 1952  
 1953  
 1954  
 1955  
 1956  
 1957  
 1958  
 1959  
 1960  
 1961  
 1962  
 1963  
 1964  
 1965  
 1966  
 1967  
 1968  
 1969  
 1970  
 1971  
 1972  
 1973  
 1974  
 1975  
 1976  
 1977  
 1978  
 1979  
 1980  
 1981  
 1982  
 1983  
 1984  
 1985  
 1986  
 1987  
 1988  
 1989  
 1990  
 1991  
 1992  
 1993  
 1994  
 1995  
 1996  
 1997  
 1998  
 1999  
 2000  
 2001  
 2002  
 2003  
 2004  
 2005  
 2006  
 2007  
 2008  
 2009  
 2010  
 2011  
 2012  
 2013  
 2014  
 2015  
 2016  
 2017  
 2018  
 2019  
 2020  
 2021  
 2022  
 2023  
 2024  
 2025  
 2026  
 2027  
 2028  
 2029  
 2030  
 2031  
 2032  
 2033  
 2034  
 2035  
 2036  
 2037  
 2038  
 2039  
 2040  
 2041  
 2042  
 2043  
 2044  
 2045  
 2046  
 2047  
 2048  
 2049  
 2050  
 2051  
 2052  
 2053  
 2054  
 2055  
 2056  
 2057  
 2058  
 2059  
 2060  
 2061  
 2062  
 2063  
 2064  
 2065  
 2066  
 2067  
 2068  
 2069  
 2070  
 2071  
 2072  
 2073  
 2074  
 2075  
 2076  
 2077  
 2078  
 2079  
 2080  
 2081  
 2082  
 2083  
 2084  
 2085  
 2086  
 2087  
 2088  
 2089  
 2090  
 2091  
 2092  
 2093  
 2094  
 2095  
 2096  
 2097  
 2098  
 2099  
 2100  
 2101  
 2102  
 2103  
 2104  
 2105  
 2106  
 2107  
 2108  
 2109  
 2110  
 2111  
 2112  
 2113  
 2114  
 2115  
 2116  
 2117  
 2118  
 2119  
 2120  
 2121  
 2122  
 2123  
 2124  
 2125  
 2126  
 2127  
 2128  
 2129  
 2130  
 2131  
 2132  
 2133  
 2134  
 2135  
 2136  
 2137  
 2138  
 2139  
 2140  
 2141  
 2142  
 2143  
 2144  
 2145  
 2146  
 2147  
 2148  
 2149  
 2150  
 2151  
 2152  
 2153  
 2154  
 2155  
 2156  
 2157  
 2158  
 2159  
 2160  
 2161  
 2162  
 2163  
 2164  
 2165  
 2166  
 2167  
 2168  
 2169  
 2170  
 2171  
 2172  
 2173  
 2174  
 2175  
 2176  
 2177  
 2178  
 2179  
 2180  
 2181  
 2182  
 2183  
 2184  
 2185  
 2186  
 2187  
 2188  
 2189  
 2190  
 2191  
 2192  
 2193  
 2194  
 2195  
 2196  
 2197  
 2198  
 2199  
 2200  
 2201  
 2202  
 2203  
 2204  
 2205  
 2206  
 2207  
 2208  
 2209  
 2210  
 2211  
 2212  
 2213  
 2214  
 2215  
 2216  
 2217  
 2218  
 2219  
 2220  
 2221  
 2222  
 2223  
 2224  
 2225  
 2226  
 2227  
 2228  
 2229  
 2230  
 2231  
 2232  
 2233  
 2234  
 2235  
 2236  
 2237  
 2238  
 2239  
 2240  
 2241  
 2242  
 2243  
 2244  
 2245  
 2246  
 2247  
 2248  
 2249  
 2250  
 2251  
 2252  
 2253  
 2254  
 2255  
 2256  
 2257  
 2258  
 2259  
 2260  
 2261  
 2262  
 2263  
 2264  
 2265  
 2266  
 2267  
 2268  
 2269  
 2270  
 2271  
 2272  
 2273  
 2274  
 2275  
 2276  
 2277  
 2278  
 2279  
 2280  
 2281  
 2282  
 2283  
 2284  
 2285  
 2286  
 2287  
 2288  
 2289  
 2290  
 2291  
 2292  
 2293  
 2294  
 2295  
 2296  
 2297  
 2298  
 2299  
 2300  
 2301  
 2302  
 2303  
 2304  
 2305  
 2306  
 2307  
 2308  
 2309  
 2310  
 2311  
 2312  
 2313  
 2314  
 2315  
 2316  
 2317  
 2318  
 2319  
 2320  
 2321  
 2322  
 2323  
 2324  
 2325  
 2326  
 2327  
 2328  
 2329  
 2330  
 2331  
 2332  
 2333  
 2334  
 2335  
 2336  
 2337  
 2338  
 2339  
 2340  
 2341  
 2342  
 2343  
 2344  
 2345  
 2346  
 2347  
 2348



y lo firmó junto conmigo para que conste y sirva de cumplimiento a su obligacion.—Madrid y henero doze de mil setecientos y veinte y tres años.—D. Pedro de Rivera.—Rubricado.—Don Juan Alonso V.<sup>a</sup> Abrill y Ron.—Rubricado.»

«Madrid y Febrero 4 de 1723.—Pongasse esta declaracion en la Contaduria del Puente, y estando egecutadas las efigies se le despache libramiento de su importe.—Dr. Francisco Salcedo.—Rubricado.»

«En virtud de la horden antezedente, zertifico: Yo, Dn. Pedro de Rivera, están concluidas y puestas en sus ninchos las dos efigies de Sn. Isidro y Santa Maria de la Cabeza, arregladas a los modelos que para ello se hizo y eligieron por el Sr. Marques del Vadillo, y antes bien, en lo que cabe, adelantadas en su conclusion; por cuiu rason se le podra despachar el libramiento que por la horden arriba se manda.—Madrid y Noviembre veinte de mill setezientos y veinte y tres años.—D. Pedro de Rivera.—Rubricado.»

«D. Juan Alonso Villa Abrille y Ron, Professor del Arte de la escultura, puesto a los pies de V. S., Dize que de su orden a egecutado las dos efigies de San Isidro y Santa Maria de la Caveza para el puente de Toledo, cuiu importe trató el suplicante con Don Pedro Ribera, en que, además del aprieto y cortedad con que lo hizo, hubo la equibocazion de quedar el suplicante en la ynteligencia de que se le havian de dar por su trabajo diez y seis mill rreales, y el dicho Don Pedro Ribera en que solo quinze mill rreales, como parece se lo manifesto a V. S., de que a resultado el perjuicio al suplicante de mill rreales, pues aun con ellos no puede sacar el coste que le a tenido de ofiziales y otros gastos, por haverse esmerado con excessu en su fabrica, como lo muestra las mismas efigies, en cuiu consideracion A V. S. suplica se sirva de mandarle dar la ayuda de costa que fuere servido para resarzir el agravio conozido o por bia de guantes; grazia que espera el suplicante de la gran justificacion de V. S.»

«Madrid, Diziembre 3 de 1723.—Don Pedro de Rivera, Theniente de Maestro mayor de Obras de Madrid y Puente de Toledo, de los caudales aplicados a ella y que entraren en su poder, pagará en virtud de este a Dn. Juan Villa arville quinientos rreales para ayuda de costa y gratificacion de las hechuras de Sn. Isidro y Sta. M.<sup>a</sup> la Caveza, dando recibo.—Dr. Francisco Salcedo.—Rubricado.»

F. GIL AYUSO.

(Del Archivo Histórico Nacional.)





## Más sobre «Bautistas y Evangelistas»

El Sr. Millé y Giménez ha anotado eruditamente en esta REVISTA (1) cierto pasaje de la *Vida del Buscón* alusivo a la divertida contienda sobre la primacía de los dos santos Juanes, que dividió durante siglos a diversas comunidades religiosas de España.

Con su donosura habitual ridiculizó el pleito Cristóbal de Castillejo, hablando de monjas, en su *Diálogo de mujeres*:

«Sus conquistas  
de las unas por baptistas,  
a que son aficionadas,  
suelen llegar a puñadas  
contra las evangelistas,  
sus contrarias.

Ved si fueron los San Juanes,  
al cabo de sus afanes  
y fatigas ordinarias,  
bandoleros;  
mas, si no son caballeros,  
a las monjas no les placen  
y de esta causa les hacen,  
después de muertos, guerreros  
con espada» (2).

En el cancionero de Sebastián de Horozco hay también unas coplas tituladas *El auctor a unas monjas reprehendiéndolas por las parcialidades de Baptistas y Evangelistas*.

En el manuscrito 3.968 de la Biblioteca Nacional, copiado en el siglo XVI, se halla la siguiente redondilla contestando a *dos monjas que preguntaron qual fue mayor sancto de los dos sant Juanes*:

«Fueron tan de gracia llenos,  
que en un ser faltó compás;  
cada qual dellos fué más  
y ninguno de ellos menos.»

---

(1) Juan Millé y Giménez, *Miscelánea erudita* («Bautistas y Evangelistas»), en REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid, 1932, pág. 307.

(2) *Clásicos Castellanos*, tomo LXXII, pág. 227.



Un soneto político del siglo xvii, en el manuscrito 4.256, empieza con este cuarteto:

«Ya parecemos monjas en Castilla  
según con los dos Juanes nos portamos,  
pues si con el Bautista algunos vamos  
tiene el Evangelista su cuadrilla...»

Finalmente, en el cancionero intitulado *Jardín divino, hecho el año de Christo de 1604* (Ms. 4.154), que contiene en gran parte poesías del interesante autor franciscano fray Diego Murillo (1515-1616), se hallan dos composiciones de éste con los siguientes epígrafes: *Paz de monjas en alabanza de los dos Joanes, Batista y Evangelista*, y *Paz de monjas en alabanza de entrambos Joanes yguallando las vidas en lo posible para apaçiguar dos competidoras*. Ninguna de las dos composiciones está recogida en el rarísimo libro *Divina | dulce y | provechosa poesta | compuesta por el P. Fr. Diego Murillo. | Dispuesta y sacada a luz por Fr. Juan Calderón*. Zaragoza, Pedro Cobarte, 1616, ni en la nueva edición hecha en Valencia en 1916 por fray Antonio Navarro.

J. DOMÍNGUEZ BORDONA.

---

## Estampas madrileñas en el teatro tonadillesco

Abundan las tonadillas escénicas de la segunda mitad del siglo xviii, donde se satirizaban con aguda intención y fino ingenio las costumbres madrileñas a la sazón imperantes. En nuestros libros dedicados al estudio de ese género lírico dimos no pocas muestras que lo comprueban así; y hoy proseguiremos la materia recogiendo dos producciones, inéditas aún, que no dejan de tener interés. Sus títulos son *La buhonera* y *El modo abandonado por el lujo o los perdigueros de Madrid*.

*La buhonera* lleva música de Blas de Laserna. Aunque no figura la referencia del año en que se la estrenó, ello debió de ocurrir entre 1784 y 1787, pues la cantó Rosa Pérez, comedianta que permaneció en las escenas madrileñas durante esos años. También consta que después fué cantada esta misma obra por «La Orozco». La introducción dice:

«Pues que el comercio  
en que contrato  
no admite grato  
este lugar,



luego a la Isla  
de la Prudencia  
con diligencia  
quiero marchar;  
que como mi caudal no consideran,  
en Madrid hay muy pocos que lo quieran.

Porque si con este traje  
piso el suelo de esta tierra,  
soy más de lo que parezco,  
aunque parezco buhonera.

Porque yo no vendo  
lujo ni arrebol,  
sino entendimiento,  
conciencia y pudor.

Y en señal de que mi ausencia  
no es aborto del capricho,  
los motivos que la causan  
decir quiero en este sitio,  
haciendo presente,  
con sinceridad,  
lo mal que he vendido  
cuanto traje acá...»

Las «coplas» que siguen inmediatamente son bien expresivas. Dicen así:

«Fuí a vender vergüenza al Prado  
y la venta fué muy mala,  
porque allí encontré infinitas  
que la venden muy barata.

De conciencia he despachado  
por todo Madrid gran copia,  
excepto junto a la Plaza,  
que me han comprado muy poca.

También a vender silencio  
entré ufana en la Comedia,  
y todos de él me tomaron,  
a excepción de la cazuela.

Aunque los celos baratos  
ofrecí dar a diversos,  
me dijeron que en España  
no era ya moda el tenerlos.

Al ver mi hado insano,  
un discreto anciano  
me dijo sagaz:

«Con silencio y vergüenza,  
conciencia y celos,



sacarás en la corte  
poco provecho.  
Vende locura,  
que de ese modo puedes  
hacer fortuna.»

Con la venta de escarmiento  
no gané en las calles nada,  
por haber en la de Atocha  
tres tiendas acreditadas.

Aunque ansiosa, el «¿qué dirán?»  
pregoné entre los maridos,  
por el «¿qué se me da mí?»  
le dejaron infinitos.

De modestia en los adornos,  
aunque vendí mucha parte,  
más fué en mujeres humildes  
que en mujeres de carácter.

Aunque me pagaron muchos  
muy bien el entendimiento,  
infinitos mayorazgos  
ni de balde lo quisieron.

Al ver mi hado insano,  
el discreto anciano  
repitió sagaz:

«¿Qué dirán? Escarmiento,  
juicio y recato  
no traigas a la corte,  
que es contrabando...»

Según norma usual, esta producción concluye con unas seguidillas ajenas al asunto desarrollado, donde se hablaba de Cupido.

\* \* \*

También a solo —como la tonadilla que acabamos de transcribir en extenso, aunque no íntegramente— está escrita la que se titula *El modo abandonado por el lujo o los perdigueros de Madrid*. Púsole música Esteve, sin que figure el año; pero puede afirmarse que ello sucedió en 1781, al saberse que la cantó Rafaela Moro.

Después de unos versos introductivos entraba la tonadillera de lleno en el asunto, cantando lo que sigue:



«Está Madrid, señores,  
en tal estado,  
que por el lujo el modo  
se ha abandonado.

Por vestir muchas madres  
bien a sus hijas,  
suelen gastar anteojos  
de larga vista.

También varios casados  
su modo pierden  
por dejar ir profanas  
a sus mujeres...»

Las «coplas» venían a demostrar estas afirmaciones. He aquí su contenido, siendo de advertir, por otra parte, el interés que ofrece su estructura métrica:

«Por querer una artesana  
lucir como petimetra,  
suele quitar al marido  
el honor y la paciencia.

¡Ay, lili; ay, lili; ay, lili!

¡Ay, lilá; ay, lilá; ay, lilá!

Que la fantasía,  
si es con demasia,  
es perjudicial.

¡Ay, lilá!

Y por eso lloran  
muchas su deshonra  
en este lugar.

¡Ay, lilá!

Por lucir con exceso  
los pies y piernas,  
tiene cogido el diablo  
mil petimetras...

Por querer muchas hidalgas  
lucir más de lo que deben,  
suele el mundo equivocarnos  
con mujeres de otra especie.

¡Ay, lilá; ay, lilá; ay, lilá!

¡Ay, lili; ay, lili; ay, lili!

Que por lucir tanto  
su mismo aparato,  
suelen deslucir.

¡Ay, lili!



Y este lucimiento  
es el detrimento  
de algunos de aquí.  
¡Ay, lili!

Por seguir tanto el lujo  
muchas mujeres  
dejan nombre de locas  
eternamente...»

También eran de tipo anacreónico las seguidillas que daban fin a esta producción tonadillesca, y por tanto ajenas al asunto desarrollado en la misma y al carácter satírico con que se habían revestido en su introducción y parte central las dos obritas que hemos tenido el gusto de transcribir.

JOSÉ SUBIRÁ.



## RESEÑAS

PRATS, ANTONIO.—*El Castillo de la Mota de Medina del Campo*. Intento de «huída» de Doña Juana *la Loca*. Contribución a las aclaraciones de su historia. Madrid, Tipografía de Archivos, 1933. 19 páginas + 6 láms., 4.º

Confesemos todo el interés que nos merecen los escritores no profesionales. Tienen *su sabor* a cosa selecta, que muy rara vez alcanzan cuantos han hecho de la pluma una necesidad. Y si además de no profesionales son cultos, entonces se triplica la sugestión que fluye de sus escritos, porque no escriben más que cuando tienen algo importante —o sin importancia, pero bello— que decir. El arquitecto y magnífico artista de la fotografía que es D. Antonio Prats, pertenece a ese núcleo selecto que hemos alabado. Y en ese núcleo destaca con singular relieve por su extraordinaria erudición, por su correcto estilo y... porque siempre tiene *algo nuevo* que decir.

Antonio Prats trabaja desde hace mucho tiempo en el castillo de la Mota, en unas investigaciones de las que guarda aún el secreto, pero que seguramente conseguirán el favor de cuantos amamos todo lo relativo a las llamadas —con frase vulgar ya— mansiones de la raza. Hasta que llegue el día oportuno de la revelación total, el gran artista nos adelanta, en un folleto editado con primor, algunas de sus notas sobre temas de gran interés, atinentes al plan general de su investigación. ¿Fué palacio, además de castillo, según muchos han negado, la Mota? ¿Estuvo *recluida* en él Doña Juana *la Loca* por imperio de su madre? ¿Intentó evadirse la princesa? ¿Intervino en esta fuga fracasada el arzobispo de Toledo? ¿Fué dicho conato, conforme la tradición apoya y muchos escritores admiten, *una especie* de escena de melodrama con ayes, suspiros, gritos, ruido de armas, fracaso de rejas? A todas estas interrogaciones pone su acertado comentario —que es como *la última palabra* que se debe decir sobre ellas— Antonio Prats. Desde luego es una linda exageración asegurar que la desdichada princesa llegó a salir del castillo y casi estuvo en las puertas de la ciudad. La verdad fué que no salió de su recinto. Como verdad que por entonces la reina Isabel se encontraba en el palacio de Medina, y no en Segovia, afirmación muy corriente en doctos escritores. Antonio Prats ha llegado a la primera conclusión con el estudio detallado de la topografía del castillo.



Por si los apuntados no fueran motivos suficientes de aprecio, el estilo de Antonio Prats tiene garbo y limpieza bien probados; en los puntos de su pluma no riñen por triunfar las expresiones escuetas de la erudición y las expresiones ágiles de primor literario. Casi siempre aquéllas ceden el paso a éstas para regocijo de cuantos le leemos.

La ya numerosa bibliografía sobre castillos en España queda enriquecida con *este adelanto* del arquitecto, historiador y magnífico señor de la fotografía que es D. Antonio Prats.

S. DE R.



HISPANIC REVIEW. — Published by the University of Pennsylvania Press. Philadelphia. Vol. I, enero 1933.

Acaba de aparecer esta interesante revista, dedicada a investigaciones sobre temas españoles. El primer cuaderno consta de los artículos siguientes: Henry R. Lang, *The Text of a Poem by King Denis of Portugal*, páginas 1-23. Rudolph Schevill, *The Education and Culture of Cervantes*, páginas 24-36. Karl Pietsch, *Zur spanischen grammatik: Einzelheiten zum Ausdruck des konzessiven Gedankens*, págs. 37-49. Aubrey F. G. Bell, *A portuguese Mystic: Frei Thomé de Jesús*, págs. 50-54. J. R. Spell, *The Theater in México City, 1805-1806*, págs. 55-65. Una sección varia, con las notas que se citan: W. Meyer-Lübke, *Spanisch 'toca' Mütze*, pág. 66. A. Haggerty Krappe, *The 'Tuti-Nameh' in Spanish Folk-Lore*, págs. 67 y 69. Completan estos trabajos reseñas de revistas muy útiles.

E. V. H.



MATILLA, AURELIO.—*Olózaga, el precoz demagogo*. Compañía Ibero-americana de Publicaciones. Madrid, 1933. Un vol., 278 págs.

Si hubiéramos de clasificar al historiador de D. Salustiano Olózaga en una sola de las profesiones a que su actividad le ha conducido, seguramente la perplejidad impediría un juicio exclusivo. Militar y ensayista, abogado y literato, D. Aurelio Matilla preséntase ahora como biógrafo de la figura más próxima a su ideología, a su propia personalidad, y, como hubiera aconsejado Carlyle, una discreta simpatía corre por las páginas del libro en torno a esta figura apasionada y en su tiempo apasionante.

La vida de Olózaga es, entre figuras de generales de camarilla palati-



na, un anecdotario pintoresco rico en matices de diversidad. Desde lo humorístico a lo novelesco en pleno período romántico. Los *Caballeros de la Cuchara* y Sor Patrocinio, como contrastes destacados, se ofrecen en ella, y en cada momento de la existencia política, y aun en la privada, del personaje ha sabido encontrar su biógrafo materia abundante para sutiles comentarios en que atinadamente presenta al «precoz demagogo» con su valor real de inspirador oculto de trascendentales resoluciones del general en turno.

Con precisos y vigorosos trazos desfilan por los capítulos de la obra Espartero y O'Donnell, Prim y Narváez, tan logrados históricamente en sus rápidos bosquejos como Pucheta, Cánovas, Candelas y González Bravo; pero más claramente se advierte en este primer ensayo del biógrafo su técnica peculiar en las síntesis de sucesos complejos que aparecen expuestos para servir de escenario a un gesto, a una frase del político, del diplomático.

Fué Olózaga para su comentarista un producto de una época teatral y artificiosa. Sus palabras, sus ademanes se brindaron siempre a conseguir un efecto o a quedar como recuerdo entre sus contemporáneos. Por eso Matilla no fia demasiado en sus descripciones autobiográficas, y atinadamente se limita, al hablar, por ejemplo, de la impresión que en don Salustiano produjo la visita a las cárceles de la Inquisición, recién abolida a reproducir unos párrafos del político incipiente, en que éste no sale de masiado bien librado, si se comparan con la graciosa y a todas luces veraz narración que del mismo hecho escribiera en sus *Memorias* Mesonero Romanos, e idénticamente podría establecerse una comparación entre los dos personajes del siglo XIX en el episodio, acertadamente descrito por el autor de *Olózaga, el precoz demagogo*, de las andanzas de los milicianos en 1823, en que más que nunca resalta este contraste entre la honrada sobriedad del escritor madrileño y el retórico abogado de Arnedo.

Producción interesante, con datos poco conocidos, refleja la complejidad del autor en la diversidad de los juicios serenamente expuestos, que añaden al valor divulgador, que principalmente se quiso darle, un relieve crítico, que hace más digna de encomio la labor de D. Aurelio Matilla.

LUIS DE SOSA.



VERA, FRANCISCO.—*La cultura medieval española*. Datos biobibliográficos para su historia. Tomo I. (A.-G.) Madrid, Imprenta Góngora, 1933. 362 págs. + 1 hoja, con facsímiles. 25 pesetas.

Hasta hace muy pocos años la línea divisoria estaba perfectamente marcada. De un lado, los escritores *de ficción*, poco cultos, aun los más esclarecidos, dedicados a entretener a las gentes. De otro, los eruditos,



muy documentados, dueños de un estilo seco, cuyo gran estímulo era la propia aridez de sus obras y, quizá, el desdén por la literatura de mucho público. No aseguraremos que ahora ya se borró ese límite. Desdichadamente la división aún existe y divide a un noventa y cinco por ciento de los aludidos escritores. Pero... desde hace una docena de años no sabemos si es que algunos literatos han logrado descubrir el secreto de la erudición, o algunos eruditos los que han conseguido hallar el truco de la literatura... El caso es que, para mejoramiento de ellos y bien del público, ya existe un cinco por ciento de escritores capaces de redactar una investigación —todo lo sería que quieran ustedes—, en la que lo intrincado y lo áspero de la cultura esté compensado con lo ágil y lo agradable de un estilo *de ficción*. En este cinco por ciento figura con singular valor Francisco Vera. Ensayista, matemático, historiador... y novelista. Más de aquello que de esto; esto precisamente lo preciso para que la forma de aquello tenga color, plasticidad, alacridad y simpatía. Francisco Vera acaba de publicar el primer tomo de su diccionario biobibliográfico de la cultura medieval española, que ya nos era conocido, por haberse ido entregando en la revista del mismo título dirigida por el propio Vera.

Labor gigantesca la exigida por esta obra. Pero lo dicho: para lograrla, paciencia, cultura, *don* de investigación, método preciso; para ofrecerla al público, *todo eso* diluido en el jarabe de la amenidad.

El libro de Francisco Vera, muy decorosamente presentado —con facsimiles en el texto de las páginas y de los dibujos más interesantes de muchos códices medievales de interés extraordinario—, comprende una extensa introducción, que es una bellísima síntesis de la *posición* cultural de España al iniciarse la Edad Media; una tabla cronológica de los sucesos más importantes acaecidos en España durante esa época, que se relacionan con su cultura —tabla que nosotros pondríamos de texto en segundas enseñanzas mejor que muchas historias—, y las papeletas biobibliográficas; una breve y exacta referencia a la vida del escritor, el enumerado de sus obras y la bibliografía atinente al escritor referido. De la soltura, garbo de prosa, cúmulo de investigación derrochado por Francisco Vera, nada más queremos insistir. Pero advertiremos, para así recalcar el valor del esfuerzo, que la letra A, dedicada casi a nombres árabes, ocupa la mitad del libro. Como precisamente *los que no pueden faltar* son los libros que faltan en toda biblioteca, no colocaré el disco de esta frase hecha en mi altavoz, sino otro muy distinto: *«La cultura medieval española» se debe buscar en todas partes.*

S. DE R.







# BIBLIOGRAFÍA

POR

AGUSTÍN MILLARES CARLO, JENARO ARTILES Y AGUSTÍN G. IGLESIAS

Archiveros bibliotecarios

- 130.—ARTILES (J.): *El códice visigótico de Álvaro Cordobés*, en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, tomo IX (1932), págs. 201-219.
- 133.—DOMÍNGUEZ BORDONA (Jesús): *El arte de la miniatura española*, con 24 láminas. Madrid, Editorial Plutarco [1932]. (Índices de Cultura española.)

- 131.—[BLANCO BELMONTE (M. R.) Y WHITE (M.)]: *El maestro Ibarra*. Madrid, Fundición Tipográfica Richard Gans, 1932, 92 págs. y facsímiles.

- 132.—DIEUDONNÉ (A.): *L'Ordonnance ou règlement de 1315 sur le monnayage des barons*. Paris, *Bibliothèque de l'École des Chartes*, tomo XCIII (1932), págs. 5 y siguientes.

Aunque de interés principalmente numismático, la ordenanza es de gran valor paleográfico. Hay dos copias de ella, ambas del siglo xiv. Dieudonné ilustra su estudio con cuatro láminas, conteniendo cada una de ellas dos reproducciones de fragmentos del manuscrito con texto y dibujos de monedas.

El Sr. Domínguez Bordona, director de la Biblioteca de Palacio, nos ofrece en esta obra un extracto claro, sucinto y acertadísimo de su conocida y admirable obra *La miniatura española*. El presente resumen, a pesar de su corta extensión, comprende en líneas generales todas las fases por que ha pasado el arte de la miniatura en España, remontándose a sus primeras manifestaciones del período visigótico, llegando a su última fase en la segunda mitad del siglo xvi. Durante este estudio, el autor se detiene especialmente en los focos y obras más característicos, tales como la producción catalana de las famosas Biblias de Roda y Farfa, las obras de Beato, el libro de los Testamentos de Oviedo, etc., etc. No descuida tampoco las noticias relativas a las tintas, materia, etc. Es, pues, como puede deducirse, una visión rápida,



pero utilísima, del arte de la miniatu-  
ra española.

No puedo dejar de mencionar ni la aportación bibliográfica que añade ni el singular acierto en la elección de las láminas que completan este breve, pero valioso volumen.

ESPERANZA GUERRA.

- 134.—DUPONT-FERRIER (Gustave): *Les Institutions de la France sous le règne de Charles V.* Paris, *Journal des Savants*, noviembre de 1932, págs. 385-400; diciembre 1932, págs. 433-445.

A propósito del estudio que anuncia el título, M. Dupont-Ferrier trata de la fijación definitiva de la corte en París, desligándose poco a poco el centro del reino de la persona del rey, por la tendencia de éste a fijar su residencia en París o en la región de París a través de los siglos XI y XII.

Trata luego de la estructura de la *Curia regis*. La antigua curia estuvo dividida, por lo menos hasta 1350, en tres secciones: Parlamento, Cámara de cuentas y Consejo.

Se ocupa luego de la división administrativa de Francia y de las relaciones legislativas y políticas del rey y de la administración central con los barones y con los señores.

- 135.—ESTIENNE (J.): *Charte donnée par la Commune de Péronne en 1151*, en *Bibl. de l'École des Chartes*, tomo XCIII (1932), páginas 105-110.

El interés de este documento estriba en ser, hasta el presente, el

acta más antigua de una cancillería comunal de Picardía; a pesar de ello era completamente desconocida, lo cual era tanto más extraño cuanto que estando incluida en el cartulario de la abadía de San Nicolás de Arronaise, que fué estudiado por Henry Michel (*Inventaire sommaire du cartulaire d'Arronaise*, en *Bull. de la Soc. des Ant. de Picardie*, tomo XXVIII (1917-1919, páginas 251-272), pasó por ella sin parar la atención en su existencia. Se trata de un extracto hecho unos cincuenta años después de expedido el original.

M. Estienne lo publica juntamente con el de un acta episcopal de 1152, de Beaudoin de Boulogne, obispo de Noyon, contenida en el mismo cartulario y casi transcripción literal de la anterior.—A.

- 136.—FIGUERA PACHECO (F.): *Imprentas levantinas. Impresiones de la provincia de Alicante*. Alicante, Imprenta Lucentum, 1931, 31 págs., 8.º

- 137.—FROISSART (J.): *Chroniques de...* Troisième livre, publié pour la Société de l'Histoire de France, par Léon Mirot, tomo XII, 1356-1388. Paris, Honoré Champion, 1931. LXXVII + 391 páginas, en 8.º

Conviene advertir que el tomo XI, anterior al actual, de las *Crónicas*, apareció en 1899.

En el tomo XII se narra el viaje a España y Portugal y la guerra entre los dos estados, el sitio de Lisboa y la batalla de Aljubarrota, el 15 de agosto de 1385.



138.—*Fuero de Madrid*. Reseña por el P. Fr. M. de la Pinta Llorente, en *Archivo Agustiniiano*. Madrid: El Escorial, tomo XX (1933), página 154.

Con facsimiles de documentos. Vergara, «El Santísimo Rosario», 1931, 4.º, LXXXI + 447 páginas.

139.—HILL (R. R.): *Reforms in shelving and numbering in the Archivo General de Indias*, en *The Hispanic American Historical Review*, tomo X (1930), páginas 520-524.

144.—MAZA SOLANO (T.): *Fuentes documentales para la historia de la Montaña*. Archivos particulares. Documentos del Archivo de las Casas solariegas de Escalante y la Obra, en la villa de Laredo, y de Mori, en Colindres. Santander, 1931, 27 págs., 4.º

140.—LAMBERT (A.): *Jean Parix, imprimeur en Espagne (1472-1478?), puis à Toulouse, en Annales du Midi (Toulouse)*, tomo XLIII (1931), págs. 377-391.

145.—MILLARES CARLO (Agustín): *Tratado de Paleografía española*. Segunda edición, corregida y aumentada. Librería general de Victoriano Suárez, 1932. Dos volúmenes. (I, texto, 536 págs. con 53 figs; II, 121 láms.)

Estudio de un gran interés para nuestra imprenta incunable, y llevado a término con la erudición y claridad en el método característicos del sabio benedictino de Coggallada.

Con piedra titular ha de señalarse la aparición de esta obra; de ello se ha encargado la Academia Española al otorgarle unánimemente el premio Fastenrath, reconociendo así oficialmente el mérito singular de la obra de Millares Carlo, que viene a llenar un vacío en la bibliografía nacional. La *Paleografía* de Millares es obra verdaderamente española y nacional; es la que necesitábamos.

141.—LISINI (A.): *La contesa palatina Margherita Aldobrandeschi, e il suo matrimonio con il Conte Guido di Monforte*. Siena. *Bullettino Senese di Storia patria. Rivista dell'Istituto d'Arte e di Storia del Comune di Siena*. Año III (tomo XXXIX de la colección, 1932), págs. 1-48.

Su autor la ha denominado *Tratado de Paleografía española*, y el título, al que responde escrupulosamente la realidad, muestra claramente la gran labor y perfecto método con que el autor ha dispuesto esta obra, que seguramente durante muchos años será definitiva para nuestros estudiosos.

142.—MANN (M.): *Introduction to cataloging and the classification of books*. Chicago, 1930, XV + 424 págs., 16.º

La obra no es plenamente nueva, pues se trata de una segunda «edi-

143.—MARTÍNEZ (E.): *Colección diplomática del Real Convento de Santo Domingo de Caleruega*.



ción» lograda a pocos años de la primera (Labor, 1929); puede, sin embargo, casi decirse «nueva» comparada con la primera. Nueva es, si comparamos los facsímiles de ésta con aquélla; nueva si atendemos a su espíritu y desarrollo, cuanto al texto. La edición de Labor venía obligada por el tamaño (reducidos facsímiles) y por el criterio (orientación general) a que respondió el «ensayo de una historia de la escritura», como Millares Carlo denominó a su manual elemental (primera edición).

En su nueva edición nos ha dado una obra nueva en sus facsímiles, en su presentación, en su densidad, en sus proporciones, en su línea, perfecta en todos los aspectos. Ya no se trata de un ensayo ni de un *Manual*; es una obra que, orientando a los principiantes, aconseja y plantea problemas, cada uno en su situación actual, a los ya iniciados; es un *Tratado de Paleografía española*. La primera edición de Millares respondía, aun siendo ya algo más, a lo que fueron para Francia las primeras ediciones de la obra de Prou; la actual edición del catedrático de Madrid responde españolamente a las ediciones tercera y cuarta de la obra del nunca olvidado Director de l'École des Chartes. Millares Carlo es el Prou español, y confiamos que con sus próximas publicaciones ha de reunir en sí, desde el punto de vista español, las características de Prou (Paleografía) y Giry (Diplomática), en Francia.

Este nuevo carácter de *Tratado* explica la densa y selecta bibliografía con que el autor completa todas las cuestiones, conveniente y necesaria para los estudiosos. No es un afán inmoderado el bibliográfico

que distingue a Millares; cita lo que ha leído y lo que es de valor probado, cuando no definitivo, que es imposible en los estudios históricos. ¡Ojalá todos los que citan obras lo hicieran con el rigor científico que caracterizan las citas de Millares!

Hemos dicho que Millares llenaba con su *Paleografía* un vacío... Razonemos el aserto. A su tiempo celebramos todos la obra del padre Z. García Villada, así por la singular autoridad de su compilador como por el lujo con que el Centro de Estudios Históricos rodeó la edición. Aquella *Paleografía* llenó su cometido, compilando y exponiendo claramente para la parte visigoda los trabajos de Ewald, Loewe, Hartel, Upson Clark, añadiendo datos propios de investigación personal; no fué ya tan completa tal obra al estudiar el siglo XII y siguientes, en que principalmente se limitó a reproducir a Muñoz Rivero, que indudablemente fué modelo, pero para su época. En los facsímiles procedió fragmentariamente, lo cual a veces no orienta suficientemente al que se ha de formar aún, y en las transcripciones, queremos creer que por descuidos de imprenta o de corrección de pruebas, hay lecturas que no responden a la realidad del texto y desorientan a los que trata de enseñar.

Millares Carlo ha sorteado todos esos obstáculos hasta en la edición de los facsímiles, todos completos y muy claros; los fragmentarios quedan reducidos a la parte ilustrada del texto. No son lujosos los facsímiles de Millares, pero son de un tamaño suficiente y de una nítida claridad a la que nada más se puede pedir.

No hemos de recorrer uno por uno los capítulos de la obra de Mi-



llares. Aceptada y explicada para cada escritura, aparte de la mayúscula, la tradicional clasificación en minúscula y cursiva, Millares estudia en todo momento sus peculiaridades, ya con referencia a cada época, ya con aplicación a singulares documentos, siendo varias las páginas (y numerosos los lugares de referencia) en que examina dichas clases de letras, dentro de cada clase más general, en su constitución, evolución y diversas relaciones. Millares va más allá que los paleógrafos que escribieron hasta ahora: se ocupa también de la minúscula semicursiva.

Ordenada y metódicamente, con trabajo siempre personal, estudia el empleo de las varias clases de letras en cada región y período de la historia cultural (paralela de la política), analizando separadamente la escritura que aparece en códices y en documentos. En esto sigue Millares el criterio —que no es de clasificación de letras, sino de método y orden en el estudio— del maestro Prou; el criterio es científico, y sobre todo es metódico. Tal criterio no autoriza a atribuir poco escrupulosamente a Millares desconocimiento de la clasificación tradicional, de que se halla saturada su obra. Esta ha de leerse seriamente en su contenido y no superficialmente por solos los títulos de la misma.

A partir del siglo XII Millares nos presenta por primera vez, nos referimos a los tiempos modernos, una Paleografía «española» fundada en el conocimiento perfecto y directo de las varias fuentes documentales y literarias y en el dominio pleno de los problemas que suscitan o suponen.

Habría de alargarse esta reseña

si nos ocupáramos de los capítulos nuevos, ya con referencia a la primera edición, ya en comparación con los paleógrafos tradicionales que Millares presenta. No podemos seguir más. La Academia ha procedido a conciencia y en justicia. La obra de Millares Carlo es la que esperábamos y necesitábamos. Será definitiva por mucho tiempo.

PASCUAL GALINDO ROMEO  
Vicerrector de la Universidad  
de Zaragoza.

146.—MILLARES CARLO (A.) Y VARELA HERVÍAS (E.): *Documentos del Archivo general de la Villa de Madrid*. Reseña crítica por Fr. M. de la Pinta Llorente, en *Archivo Agustiniano*. Madrid-El Escorial, tomo XX (1933), páginas 154-155.

147.—PEDREIRA (A. S.): *Bibliografía puertorriqueña*. Hay reseña en *Rev. de Filología*, 1932, páginas 87-88.

148.—PÉREZ BALSERA (José): *Los Caballeros de Santiago*, tomo I. Madrid, 1932. *Biblioteca Histórica y Genealógica*, tomo III. Estanislao Maestre, editor, 376 páginas.

Propónese el autor publicar los fundamentos de la hidalguía de los Caballeros de la Orden acudiendo principalmente al estudio de los expedientes de pruebas, de los que extrae cuantos elementos útiles le ofrecen, resultando una obra aprovechable no sólo para la Genealogía, sino igualmente para la Biografía.



fía y la Historia general. La exposición, dispuesta por orden alfabético a la manera del *Índice*, de Vignau y marqués de Laurencín, empieza en Abad Catalán y Villegas (Fernando Sancho) y finaliza en Aguilar Tablada Henestrosa y Cabrera (José de). Tres índices: uno de Caballeros estudiados, otro de apellidos nobles y otro onomástico general, facilitan el manejo de esta meritoria y voluminosa obra.

- 149.—PEETERS (F.): *Les différents systèmes de classement des manuscrits*, en *Revue de l'Université de Bruxelles*, tomo XXXVI (1931), págs. 466 y sigs.

Exposición clara y metódica de un problema tan lleno de dificultades.

- 150.—PEETERS (F.): *La question des origines de la minuscule caroline*, en *Revue belge de philologie et d'histoire*, tomo X, 1931, páginas 1288-1305.

Hemos de ocuparnos de este artículo en un estudio especial acerca de tan oscura y debatida cuestión.

- 151.—*Procesos inquisitoriales de los catedráticos hebraístas de Salamanca* (continuación), por M. de la Pinta Llorente. Madrid-El Escorial. *Archivo Agustiniiano*, tomo XX (1933), págs. 117-148.

En este número del *Archivo* se transcriben gran cantidad de documentos relativos al proceso de Gaspar de Grajal seguido por la Inqui-

sición de Valladolid en 1574. Entre las piezas publicadas está la respueta autógrafa del maestro Grajal «a las proposiciones y a la acusación fiscal».

- 152.—SAMARAN (Charles): *Lectures sous les rayons ultraviolets: «Chanson de Roland»* (Ms. d'Oxford), en *Romania*, 1930, tomo LV, págs. 401, 410 y 606.

- 153.—SAYONS-ANDRÉ (E.): *Le rôle des Génois lors des premiers mouvements réguliers d'affaires entre l'Espagne et le Nouveau-Monde (1505-1520), d'après des actes inédites des archives notariales de Séville.* Paris, Académie des Inscriptions et Belles-Lettres. Comptes rendus de séances. Fasc. de julio-sept. 1932, págs. 287-299.

- 154.—SCHRAMM (Albert): *Der Bilderschmuck der Frühdrucke. XIV. Die Drucker in Mainz (Fust und Schoeffer, Johann Neumeister, Peter Schoeffer).* Leipzig, Hiersemann, 1931, fol., 8 páginas y 208 láms.

- 155.—SOLMI (Arrigo): *L'amministrazione finanziaria del regno italico nell'alto medioevo, col testo delle «Honorantie civitatis Papie», e con un appendice di XVIII documenti.* Pavia, Biblioteca della Società Pavese di Storia Patria, 1932, XVI-287 págs.

Los documentos que, además del texto de las *Honorantie*, publica Sol-



mi en esta obra, son de entre los años 715 a 1190.

El interés del libro radica en el de los *Honorantie* para el estudio de la economía y del derecho en Italia en la alta Edad Media, concretamente del tiempo comprendido entre Ugo y Lotario y Enrique II.

Con motivo de su estudio, Solmi analiza la estructura y funcionamiento de la cancillería palatina, cuyo *Camerarius*, al mismo tiempo que jefe supremo de la cancillería,

tenía jurisdicción sobre el monetario.

156.—SORRENTO (L.): *Medio Evo, il termine e il concetto*, en *Anuario della Università Cattolica del S. Cuore*, 1930-31.

157.—VITTANI (G.): *Nozioni elementari di Paleografia e di Diplomatica*. Milán, G. Toconi, 1931, 166 págs., 8.º



